

Karina Soto Abarca

El país de las carpas

Horizonte DE SUCECOS



Karina Soto Abarca

El país de las carpas

Prólogo de
Pedro José Cabrera Cabrera

Datos CIP recomendados por la Biblioteca de la UdG

CIP 364.682.42(83) SOT

Soto Abarca, Karinna, autor

El País de las carpas / Karinna Soto Abarca ; prólogo de
Pedro José Cabrera Cabrera. – Girona : Documenta Universitaria :
Oficina Edicions UdG, 2024. – 1 recurs en línia (145 pàgines pàgines).
– (Horizonte de sucesos ; 4)

Bibliografía: pàgines 143-145. – Descripció del recurs: 18 desembre
2024

ISBN 978-84-9984-699-6 (Documenta Universitaria). ISBN 978-84-
8458-709-5 (Oficina Edicions UdG)

I. Cabrera Cabrera, Pedro José, escritor d'un pròleg 1. Indigència – Xile
2. Llibres electrònics

CIP 364.682.42(83) SOT

Revisión lingüística: Documenta Universitaria

- © del prólogo: Pedro José Cabrera Cabrera
- © de los textos y de las imágenes: Karinna Soto Abarca
- © de la imagen de la cubierta: Karinna Soto Abarca
- © de esta edición: Documenta Universitaria

ISBN

978-84-8458-709-5 Oficina Edicions UdG

978-84-9984-699-6 Documenta Universitaria

DOI: 10.33115/b/9788499846996

Girona, 2024



Los textos e imágenes publicados en esta obra están sujetos –excepto que se indique lo contrario– a una licencia Creative Commons de tipo Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada (BY-NC-ND) v.4.0. Se puede copiar, distribuir y transmitir la obra públicamente siempre que se cite el autor y la fuente, y siempre que no se haga un uso comercial ni obra derivada de la misma. La licencia completa se puede consultar en: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Para Santiago y Valentina Paz,
ellos son mi mejor futuro.

Índice

Presentación.....	11
Prólogo	13
Introducción.....	17

Parte 1. El mar

La edad de la inocencia	21
Katherine.....	25
Fernanda.....	33

Parte 2. El cielo

La primera muerte	45
Tomás	51
Edinson y Marlene	53
Jaime y Fabián.....	63
Eduardo y Lupercio.....	71
Rosa e Ignacio.....	81

Parte 3. La tierra

Los descartados.....	91
Esteban	95
Robert	97
Patricio	107

Cristian	109
Luis	119
Fidel.....	121
Lucho.....	129
Isabel.....	131

Personajes	141
Entrevistas.....	143
Bibliografía.....	145

«Tengo el doloroso privilegio de conocer la calle y sus faltas.
Una vereda oscura, unas historias escondidas, una niñez truncada,
unas puertas bien cerradas, más nunca solo miseria.»

Presentación

El impulso que debemos dar a cualquier objeto para que escape de la atracción gravitatoria de otro objeto depende de dos factores: la masa del objeto que lo atrae y la distancia que los separa. Cuanto más lejos de la fuente de gravedad y menos masa del cuerpo que atrae, menos velocidad necesitará el objeto para ser liberado.

Un objeto sin propulsión propia situado en la superficie de la Tierra necesita una velocidad superior a once kilómetros por segundo para escapar de su atracción. En el caso de las estrellas de neutrones, uno de los cuerpos más densos que se conocen, sería necesaria una velocidad de la mitad de la velocidad de la luz, la velocidad límite insuperable conocida. Estaríamos, pues, ante un elemento del que es difícil escapar.

La atracción gravitatoria también afecta a los haces de luz. Puede haber objetos tan densos que ni la luz pueda escapar de ellos, ya que la velocidad que necesite para hacerlo supere la de la propia luz. Son los conocidos agujeros negros donde cualquier cosa que se les aproxime puede quedar capturada por su gravedad. Si cualquier objeto pasa cerca, afecta a su trayectoria y, en el caso de acercarse lo suficiente, ya no podrá escapar de ella.

El punto exacto donde ocurre este fenómeno irreversible se llama horizonte de sucesos. Esta superficie que rodea el agujero negro,

no es una superficie real, pero transitarla convierte en imposible la tarea de volver atrás, ni siquiera es posible enviar señal alguna hacia afuera. Suponiendo que, milagrosamente, hubiéramos sobrevivido a las inmensas fuerzas de la marea, si estuviéramos situados en un horizonte de sucesos ya no nos podríamos comunicar con el exterior y desde el exterior no verían... ni siquiera la luz. Seríamos un objeto totalmente negro.

Las disciplinas sociales dedicadas a la atención de personas en situación de grave exclusión social a menudo transitan espacios límite. Espacios fronterizos también teóricos entre el desarrollo de la propia vida y el de las vidas ajenas. Siguiendo la llamada del misterio de esos horizontes de sucesos humanos, nos sumergimos en las sombras de las realidades donde las fuerzas invisibles de la desigualdad distorsionan la trayectoria de las vidas de las personas. En ese espacio buscamos destellos de esperanza, sabiendo que cada encuentro con la luz es un triunfo sobre la oscuridad.

Prólogo

Pedro José Cabrera Cabrera

Este es un libro deslumbrante. A mí, al menos, me ha deslumbrado. Y llevo más de medio siglo leyendo todo tipo de textos sobre pobreza y pobres, exclusión y excluidos.

Hace casi cincuenta años que, estudiantillo imberbe, empecé a echar una mano en un comedor madrileño para personas extremadamente pobres, muchas de ellas viviendo en la calle. Por aquel entonces yo estudiaba sociología en la universidad y trataba de entender cómo era posible que tanta gente viviera en la más absoluta miseria en medio de una sociedad de abundancia. Sigo todavía intentando entenderlo, y sin conseguirlo nunca del todo.

A veces creí poder explicar alguna cosa, resolver algún porqué, describir el funcionamiento de ciertos mecanismos que parecían estar detrás de buena parte del fracaso que representa vivir en un país rico, con millones de viviendas vacías y unas cuarenta mil personas durmiendo a la intemperie. El año que viene se cumplirán cuarenta años desde que defendí mi tesis doctoral en la Universidad Autónoma de Madrid. “Huéspedes del aire”, la titulé. Pensaba entonces que la solución, siquiera en Madrid, llegaría a hacerse realidad, más pronto que tarde (¡valiente infeliz!) siguiendo la estela de la exposición tan detallada, minuciosa y fundamentada del sinhogarismo madrileño que había logrado hacer en aquella investigación.

Es cierto que no todo siguió igual y que algunas cosas cambiaron desde entonces hasta ahora. Mejoró la comprensión del problema. Se armonizaron algunas definiciones administrativas. Se le hizo un hueco al asunto dentro del Plan Estadístico Nacional que nos permitió poder mostrar periódicamente la dimensión cuantitativa del mismo. Mejoraron las condiciones y la metodología de los servicios de alojamiento, restauración o escucha. Se ampliaron las plantillas de trabajadores sociales y profesionales. Creció el número de voluntarios, se multiplicaron las entidades sociales que lidiaban con las peores consecuencias de la vida en la calle... Finalmente, quedó también la palabra (el término *sinhogarismo* fue aceptado por la RAE en noviembre del año pasado). Pero, sin embargo, las cifras siguieron creciendo. Creció el número de personas viviendo sin techo y, sobre todo, creció el número de viviendas vacías, sin usar. Es verdad que ha crecido la conciencia de muchos, pero mientras tanto se han mantenido la insensibilidad, el desinterés y la indiferencia de la gran mayoría de la población. En ese sentido, los políticos, dicho así, en general, no hacen sino acomodarse cada cuatro años a las exigencias y prioridades que les demandan sus potenciales votantes.

Para continuar luchando, habrá que ir entonces a encontrarse con personas que sean algo más que profesionales de la política, o electores desentendidos y apáticos frente al mal ajeno.

Hace algo más de quince años que conocí a mi amigo Benito Baranda, por aquel entonces director de la Obra social del Hogar de Cristo. Viviendo ambos en Madrid pude acompañarle en su tesis doctoral, trabajar con él en los recuentos madrileños de personas sin hogar y poco tiempo después viajar a Chile por primera vez conocer el trabajo del Hogar de Cristo, visitar otras entidades y corporaciones como Nuestra Casa, América Solidaria, dar cursos, organizar congresos, impulsar iniciativas ciudadanas, trabajar para el recién creado MIDES, y años más tarde pude colaborar con la puesta en marcha de la RedCalle Latinoamericana, mediante un trabajo de investigación e incidencia política que aún perdura. Chile pasó a formar parte inseparable de mi vida. En Chile me he encontrado con muchas personas en situación de calle que me

han enseñado mal que bien a “hablar chileno”. Junto a ellas, he tenido también el privilegio de conocer gente maravillosa, solidaria, inteligente, comprometida, estimulante. Personas como Karinna Soto, con las que he podido moverme por muchos lugares del país, y visitar desde el Palacio de la Moneda o el Congreso hasta la penúltima hospedería abierta en Punta Arenas; apoyando la aparición de nuevos proyectos como los Programas Calle, Noche Digna y tantos otros que sin duda han contribuido a mejorar las condiciones de vida de las personas en situación de calle en Chile.

Una sociedad muestra su verdadero rostro por la forma en la que trata a sus miembros más destituidos. Trabajar por la dignidad de las personas en situación de calle, es tanto como trabajar por toda la sociedad chilena, española, europea o norteamericana. Y hay que trabajar sin desalentarse, a pesar de que los logros que alcancemos queden siempre por debajo de los objetivos que nos habíamos planteado al principio. No importa, hay que seguir, pensando, luchando, cambiando, renovando, imaginando, creando iniciativas innovadoras, convocando a nuevos actores, rompiendo barreras, tendiendo puentes, entre lo público y lo privado, la academia y la acción directa, los de lejos y los de cerca, los que se han ido y los que aún permanecen instalados.

Probablemente, el estímulo más necesario para seguir trabajando, para no decaer y tirar la toalla, nos tiene que venir siempre de los propios excluidos. Este libro de Karinna Soto, nos acerca el rostro y los nombres de personas concretas, sujetos activos y protagonistas de su propia biografía. Unas biografías que transcurren en un tiempo y un espacio bien definidos, situadas en este momento histórico a caballo entre dos siglos, ubicados entre el mar y la cordillera, protagonistas de una peripecia vital y humana que resume, refleja, y responde a muchas de las cuestiones y retos que afronta actualmente la sociedad chilena. Hablan como chilenos, viven como chilenos, sueñan como chilenos. Son vidas chilenas como las que más. Si en algún momento quedaron fuera, o fueron puestos afuera, nunca han dejado, sin embargo, de ser parte, y una parte esencialmente importante, de la sociedad chilena. Nadie que se sienta chileno o ame a Chile, podrá sentirse indiferente ante el paisaje humano que se

nos muestra a través de esta ventana privilegiada que ha entreabierto para todos nosotros Karinna Soto. Lo ha hecho, además, sin dejarse a ella misma fuera del foco, sino que también se ha incorporado, ha incorporado su biografía como una más, a esa corriente de vidas que, junto a alguna que otra sombra, se nos muestran siempre como poderosas portadoras de luz. Una luz deslumbrante, una luz que nos ilumina la mente y el corazón.

Todas las personas presentes en este libro, iluminan y hacen aparecer ante nosotros el camino que debemos seguir recorriendo, la senda que discurre entre el país de las carpas y el país de la decencia y la dignidad de todos.

Introducción

Un país con la población del tamaño de Brasil, Bangladesh, Japón o Rusia donde sus habitantes viven a la vista de todos queriendo esconderse, sobreviviendo en la mitad de las ciudades, internados en ellos mismos. En este siglo inventamos una manera de nombrarlos: personas en situación de calle. Este rótulo chileno se extendió por Latinoamérica, un eufemismo que ha servido para nombrar a los no habitantes, a los que están en las postales urbanas, pero no en el censo nacional, a los cuarenta mil seres humanos que viven la crisis humanitaria más brutal del Chile moderno. Son ignorados en el tránsito loco de la vorágine citadina, acostumbrados a los crímenes de odio que se hicieron habituales, mientras somos ciegos a su desgracia y también a su maravilla.

Desde hace 25 años visito el país de las carpas donde aprendí a ver el mundo con un filtro especial. Allí desarrollé la capacidad para distinguir la pena de la desventura, el abandono de la indiferencia, la fragilidad de la locura, la confianza sobre los prejuicios.

Una noche de invierno del año 1998, en pleno centro de Santiago, en la calle Sotomayor número 737, bajo un antiquísimo poste de madera, el chirrido de una puerta de hierro fue la entrada a un país que no conocía hasta entonces.

Desde ese momento he conocido cientos, quizás miles de historias de vida que me han llevado a lugares inaccesibles desde otros espacios de la sociedad. Quien está en la calle lo ha perdido casi todo. El desenfado de saberse pobre es la honestidad del desnudo que no intenta vivir bajo un espejismo propio. La creatividad de la sobrevivencia diaria es también la fortuna de guarecerse en el humor y en la ternura, dones humanos infinitos, gratuitos y de inigualable belleza.

Este texto es el camino de un caracol que, a través de muchas conversaciones, va señalando un camino misterioso donde sus personajes llevan su vida a cuevas habitando este: el país de las carpas.

Karina Soto Abarca

Santiago de Chile

Mayo de 2024

Parte 1. El mar

«El mar es el vientre de la madre tierra, el origen primigenio de la vida. En sus profundidades yacen los misterios del universo, el nacimiento de los mundos y el secreto de todas las existencias».

Herman Melville

La edad de la inocencia

«La verdadera patria del hombre es su infancia»

Hermann Hesse, 1927

En agosto de 1958 nació Ignacio, el más pequeño de cinco hermanos, en el centro de Santiago. Ahora vive con su amiga Rosa que, con sus 60, es su compañera de penas y alegrías. Debe ser por el humor que heredó de su abuelo Cachorro en el campo donde se crió.

Un invierno antes nacieron Fidel y Jaime. Fidel es hijo de una pareja joven, estudió en una buena escuela de Puente Alto donde tuvo amigos y un patio grande para correr. De los 61 años que ahora tiene, ha pasado casi la mitad en la calle. No se le han quitado las ganas de tener amigos, de levantarse temprano y de buscar la vida como él quiere vivirla. Nació justo el año en el que miles de personas se conmovieron con el discurso de un hombre que le dijo al mundo «I have a dream» e instaló un anhelo colectivo, consecuente y renovado. Ese mundo fue el que recibió a Fidel.

Jaime, en cambio, es un hombre de familia, es una de las cosas que hace muy bien. Es papá, aprendió tanto de su abuelo grande y buscavidas que nunca le ha faltado para comer, ni trabajo, ni a quien cuidar. Cuando niño vivió en una toma que después fue la población San Gregorio, siempre lleno de hermanos, amigos, primos y vecinos. Antes de los 18 años salió de la casa materna, escabullido en los tiempos de la dictadura chilena, y en esas vueltas dentro y fuera del país se quedó en la calle, a veces más de lo que hubiera querido.

Cinco años después, en el tiempo que mataron al Che Guevara, en esos meses vino al mundo Luis. Lo inscribieron en la comuna de Padre Las Casas, pero no sabe bien si fue ahí o no su verdadero nacimiento. Vivió con sus padres y su hermana hasta que a los 11 años su mamá le contó que fue adoptado después de que lo dejaran en la maternidad del hospital, apenas nació. A sus 56 años, aún no ha logrado saber quiénes son sus padres biológicos o quiénes podrían ser sus parientes cercanos. Un espacio vacío en su historia que espera resolver con los tribunales.

La algarabía que vivió Chile a inicios de los años 70 ha sido tema del cine, la literatura y el teatro. En el sur del país nacieron, solamente con unos meses y pocos kilómetros de distancia, Eduardo y Lupercio. Se criaron en el campo, uno de ellos sin padre conocido, el otro arando la tierra desde muy niño. Ambos son habilidosos, trabajadores y por Dios que aprendieron a ganarle a las dificultades propias de una mala cosecha, de una temporada de lluvias o de vacas flacas. Se conocieron en un universo paralelo cuando ambos tenían un poco más de 20 años y no se han separado más.

En la misma época, Edinson y Marlene llegaron a dos mundos muy distintos en la misma ciudad de Santiago. Él nació de una familia con dificultades para cuidar de él, de su educación y de su salud mental. Ella nació en una familia de comerciantes que pudieron darle buena educación y oportunidades. La vida los juntó y, enamorados, han vivido su historia de maneras muy particulares y admirables.

A fines de los 70 o principios de los 80 nacieron Robert, Isabel, Katherine y yo. La generación X de esta crónica calza con la descripción que hacen de nosotros y nosotras. Somos independientes, renegamos de las generaciones anteriores, queremos una familia tanto como el trabajo, nos hemos tenido que adaptar y lo sabemos hacer y; aunque no es nuestra naturaleza, aprendimos a usar la tecnología a nuestro favor. Robert en el Perú, nosotras en Chile. Ellas son las hijas menores de sus familias de origen y yo la mayor de nueve. Una de ellas tiene cuatro hijos y, la otra, ocho sobrinos a quienes ama con locura. Ninguno de los tres se vió nunca. Tuve la suerte de conocer a ambas y de oídas a Robert. Los percibo como mis pares

en este pedacito de la historia. Robert se fue de Chile en mitad de la pandemia, la Isa pasó todo ese tiempo en la calle trabajando y la Kathy, la Kathy decidió empezar de nuevo en ese mismo período.

Veinte años después, aunque se había instalado guerra sobre guerra, amenazas sobre misiles, aviones sobre rascacielos, en esa época nació Fernanda. La masificación de la internet, avances increíbles en la medicina y en el centro de la capital nació una niña que tuvo una mamá cariñosa de la que aún se acuerda cuando mira las fotos. Esa misma Feña tiene un poco más de 20 y muchas veces me ha parecido estar hablando con una niña pequeña, frágil, astuta, soñadora y empoderada.

Y yo, yo nací en Rancagua o en Coya, no lo tengo muy claro, es parte de las dudas que rondan la historia de mi venida al mundo. Mis padres eran adolescentes. Fui su primera hija. Aunque no me conocieron mucho, he sabido de ellos, por lo que miré de lejos porque nunca me acerqué mucho. Tuve miedo, desazón, desilusión, desaliento y una serie de palabras que comienzan con «des». No he sabido de mi origen más que por lo que me contaron en varios pedazos de historias distintas.

Katherine

«Son las cuatro de la mañana del 22 de marzo del 2021. No me aguanto, tengo que consumir, no tengo hambre, nunca tengo hambre, aún tengo papelillos, fumo. En dos horas mi vida cambiará por completo. Es el cuarto parto al que me enfrento, llego la posta con la bolsa rota, alcanzo a subir a la camilla segura de que tengo que buscar un lugar para dejarlo cuando todo acabe. Me inyectan algo. Todo lo que escucho está lejos, muy lejos. Vengo de lejos. He caminado tanto que me perdí en la ruta. En unos minutos más, un pequeño niño saldrá de mí y envuelto en trapos tricolores lo acercarán a mi pecho. Ya no habrá vuelta atrás. En dos días más miraré de frente a otra mujer, que me ofrecerá un cupo en un centro de rehabilitación con mi guagua. No serán las hormonas. Seré yo diciendo que sí: puede haber una nueva vida.»

Este es parte del relato que dibuja el clímax personal de una mujer de casi 40 años. Katherine Giovanna Lavín Rivas tiene una inteligencia aguda, una voz grave y pausada, unas facciones hermosas, algunas pecas en la cara y un arito de metal rojo en su nariz. Con el nombre de su hija Scarlett, tatuado en su mano izquierda, muestra que ha tomado decisiones, ha sabido de sus consecuencias y ha querido volver de un lugar recóndito por medio de la escritura.

Viste ropa deportiva negra, blanca y rosada. Se ha preparado para este momento. En una mesa ordenada me recibe, la emocionan

estos pasos que va dando, esta misma entrevista la motiva, hay muchas cosas que tiene para decir.

Cuatro años viviendo en la calle, donde dice haber aprendido «muchas cosas, a ser una mujer aguerrida, a enfrentarse con los problemas, a tomar el lugar que le corresponde y a ser fuerte». En los primeros tiempos Kathy pasa los días en una población cerca de la casa materna: flaca, decaída, ojerosa, llena de ansiedades, contando las horas y las monedas para poder comprar otro mono¹. Tiene un relato y lo cuenta sin pudores aparentes. Quiere aclarar una parte de esta historia, su historia. Es por eso se arremanga y anota en un cuaderno lo que se gesta en su interior mientras recibe compañía, medicamentos y un método para terminar con las drogas. Poder criar sana a su hijo es lo que espera lograr desde que comenzó su proceso, dice. El destino que la trajo aquí estuvo precedido por un relato, una memoria narrativa que extrajo detenidamente: los días de infancia cuando sus papás se separaron, cuando se fue con su mamá a vivir al norte donde perdieron la casa, terminaron viviendo en piezas, allegada, hacinada en un pequeño espacio incluso con algunas parejas de su madre que antes de los diez años le arrebataron la inocencia.

A Katherine la encontré en Instagram. Una noticia del Hogar de Cristo² a inicios del año 2023 titulaba «Dejó la calle y el consumo escribiendo». Su libro de memorias titulado *Mi vivencia escondida en un mundo sin vida* me dejó varias preguntas por lo que le hablé para verla. A la semana siguiente me invitó a un jugo con galletas en una casa compartida para mujeres que deciden sanar, cambiar de vida, dejar las drogas, hacer frente a los estigmas y más encima criar a sus niños pequeños. «Escribí todo lo que rumiaba dentro, fue una forma de soltar todo lo que había pasado en la calle. Puse aquí mis penas, mis frustraciones, mi ira. Mientras escribía entendí muchas cosas. Entendí a mi mamá. Supe que tenía que aprender a vivir con mi historia y aprovechar eso que había aprendido a mi favor... Una mujer en la calle tiene un estigma tremendo. Mis tres primeros hijos no viven conmigo porque yo estaba en el consumo. Una mamá que abandona a su hijo se juzga mucho más que un hombre que abandona a su hijo.»

Este último juicio está ampliamente instalado en las creencias de distintas sociedades. «Hay una visión muy parcial de una mujer en la calle, es un error no ver la historia», es lo primero que me comparte el sociólogo chileno Ignacio Eissmann³ quien afirma que «en estas mujeres hay una capacidad de agencia, de esfuerzo, de innovar, de jugársela por otros que está en su pasado. Eso no se ve cuando miras a una mujer viviendo en una carpa o bajo un puente... Hay un montón de traumas, de abusos, de abandono, de violencia, de historias que las mujeres llevan a cuestas, que no las vemos, pues ellas siguen adelante, no se echan a morir hasta cuando por agotamiento viene la calle como un signo de aquello... Muchas veces llegan los hijos por la violencia sexual que viven allí, tener relaciones de pareja forzadas por la búsqueda de protección, el desarrollo de patologías de salud mental sin tratamiento, el deterioro, el consumo. Ahí viene una separación de los hijos, a veces como una forma antigua e intergeneracional de sobrevivir». Como afirma Sonia Montecino en su libro *Madres y huachos*, las historias de las mujeres como Katherine podrían describirse como «una síntesis de madres y maestras» donde la vida de casa, propio de las mujeres en la cultura latinoamericana, se opone a la vida de calle propia de los hombres. En esta zona del mundo la mujer de calle rompe con el símbolo de quien carga con hijos y dolores de un mestizaje forzoso. Quizás sea esta la fuente que alimente esa huella pesada que portan.

Me pregunto, ¿qué habría ocurrido si Katherine hubiese tenido acceso a pastillas anticonceptivas en el momento de su primer embarazo y después aborto a los 17? ¿O qué habría sucedido si alguien le hubiera proporcionado información sobre las enfermedades de transmisión sexual y el cuidado de sí misma? ¿Cómo habría sido si, cuando sufrió abuso por parte de familiares, alguien le hubiera creído y brindado el apoyo necesario? ¿Cuál habría sido la situación si, en su momento de desesperación, cuando tuvo relaciones por plata, alguna profesora, amiga, tía u otra persona hubiera estado presente?

La deuda que la sociedad arrastra con millones de mujeres es un relato que la historia apenas comienza a desentrañar. Virginia Woolf, en su obra *Tres Guineas* de 1938, anticipó esta realidad al reflexionar

sobre el silenciamiento de aquellas mujeres olvidadas, incapaces de afirmar: «Esta boca es mía», «Este cuerpo me pertenece», «Estos son mis pensamientos». Las palabras de Woolf siguen resonando, recordándonos la importancia de otorgar voz y autonomía a todas las mujeres a lo largo del tiempo.

La resurrección de Katherine coincide con una crisis sanitaria mundial que tocó bruscamente las maneras de vivir, de ser madres o padres, de relevar el cuidado y de cuestionarse la manera en la que somos sociedad. En esta cuarta maternidad, dice «soy una mamá distinta; le enseño, le hablo las cosas, tengo paciencia, le inculco valores, me doy el tiempo». Tras participar en un taller de crianza respetuosa en el centro de rehabilitación, ha estado inmersa en la búsqueda en línea, siguiendo a una psicóloga que ofrece consejos sobre crianza a través de su cuenta de Instagram @mamapsicologa. Dedicó tiempo a leer y absorber todo el conocimiento disponible para cultivar una relación llena de ternura con su hijo Bastián, a quien considera su «lucecita».

Lamentablemente, este tipo de historias se repite en varios lugares del mundo ahora con mayor frecuencia. Ya lo decía uno de los investigadores más reconocidos de España en el tema, Pedro Cabrera, en el año 1998, en su libro *Huéspedes del Aire*: «Si tradicionalmente el alcohol era uno de los factores principales por el que muchos varones adultos de mediana edad se veían lanzados o permanecían en la calle, actualmente la adicción a determinados tipos de drogas está siendo determinante en la aparición de nuevos tipos de personas sin hogar: jóvenes y mujeres. Las chicas jóvenes sin hogar son un subgrupo especialmente afectado por este tipo de problemas». En Chile, las cifras hablan de un 20 % de las personas que reportan tener problemas con el consumo de drogas y un tercio de ellas específicamente con la pasta base⁴. La vida de Katherine pudo haber sido distinta antes y lo es ahora. Ella pertenece al pequeño porcentaje de personas que ingresan a programas de tratamiento, reciben apoyo profesional y logran terminar el proceso con buenos resultados. En estos últimos meses, ha retomado la relación con su mamá, se comunica con sus otros tres hijos que no viven con ella y tiene un trabajo en el mismo jardín infantil de su hijo menor.

Las fotos donde la vi por primera vez mostraban a una mujer con una mirada fuerte y un poco triste. En ambas, ella sostenía a su hijo, sola. Me imaginé cómo se arregló para esas fotos. Parecía una decisión compartir su sonrisa. En la nota, contaba que su sueño era escribir un libro y que escribir la hacía sentir conectada.

Durante semanas, el relato no dejó de dar vueltas en mi mente. Fue en marzo de 2023, justo cuando me aprestaba a presentar en una conferencia acerca de las personas sin hogar en Chicago, que la noticia del fallecimiento de mi madre irrumpió en mi día. En ese momento, todo encajó: esa historia se parecía a la de este libro. La protagonista se asemejaba mucho a mi madre. Ella tenía 19 años cuando quedó embarazada, luego volvió a quedar embarazada meses después. Cuando tenía cuatro años nos dejó a mi hermana y a mí bajo el cuidado de nuestros abuelos maternos, anunciando su partida hacia el norte en búsqueda de trabajo. Cinco años después, supimos que había comenzado una nueva vida, formando una familia distinta con otros hijos. Aunque intuíamos que nunca nos olvidó por completo, esa sensación se difuminaba desde el otro extremo del país donde transcurrió mi infancia. Cada Navidad la esperé con un vestido nuevo y las luces prendidas del arbolito mirando por la ventana para ver si venía por mí.

Katherine y yo somos de la misma generación, pero yo tuve mejor suerte. Tuve una familia, tuve una abuela que quiso ser mi mamá, que siempre creyó que yo podría hacer de mi vida lo que estuviera dispuesta a esforzarme para eso. Tuve un abuelo que decidió ser mi papá, a quien vi levantarse todos los santos días, ponerse los bototos de seguridad de los mineros y salir religiosamente contra viento y marea a trabajar para que tuviéramos una buena educación. Es curioso cómo una pareja de personas sin padres logró unirse tan fuerte en la idea de que nosotras sí pudiéramos tener una vida distinta. Todo eso pasó mientras mi madre tenía otros tres hijos y se establecía lejos, tan lejos que apenas me acuerdo de haberla visto un par de veces.

La historia de Katherine me sacó del escondite profundo donde suelo estar, me asomó al patio trasero donde viven las razones para

escribir este texto. Durante la entrevista, una voz interior susurraba mientras escuchaba su relato: esa mujer sosteniendo a su hijo, sin compañía, podría haber sido yo. Hace algunos años, fui yo quien tomó la firme decisión de quedarse.

¿Por qué me interesa este tema? Hay varias razones, una de ellas es saber dónde va a parar la gente que se fue y que no volvió. No se trata de medir distancias, ni de dibujar mapas, se trata del virtuosismo de aprender a esconderse, a huir, a empezar de nuevo en un mundo sin puertas ni ventanas, en la calle donde todos somos iguales. Insertarse en la multitud, perderse, no mirar atrás cual estatuas de sal. El valor de una mujer sosteniendo con firmeza a su cuarto hijo decidida a quedarse me pareció simplemente extraordinario.

[Notas]

- 1 El «mono» es una de las denominaciones populares se da a la pasta base (PBC) o sulfato de cocaína cuando se mezcla con tabaco. La PBC es un derivado de baja pureza de las hojas de coca que contiene sustancias tóxicas para el organismo como plomo, ácido sulfúrico y parafina. Servicio Nacional para la prevención y rehabilitación del consumo de drogas y alcohol SENDA. (2021). *Boletín*, 1.
- 2 La Fundación Hogar de Cristo es la organización benéfica más grande de Chile, liderada por la Compañía de Jesús atiende a miles de personas de todas las edades, siendo su misión «acoger con amor y cuidado a los más pobres entre los pobres» (www.hogardecristo.cl).
- 3 Sociólogo y Magíster en Gobierno y Sociedad de la Universidad Alberto Hurtado y Doctorado en Trabajo Social y Políticas de Bienestar del Boston College en EE. UU. Cofundador de la Corporación Moviliza, organización dedicada al desarrollo de programas para superar situación de calle en Chile. Actualmente, se desempeña como investigador en la Universidad Alberto Hurtado y profesor titular de los cursos sobre Personas en Situación de Calle en Chile, Metodologías de Investigación y Análisis de Datos Cuantitativos. Además, es cofundador, coordinador e investigador asociado al CISCAL (Centro de Investigación para el fin de la situación de calle en América del Sur).
- 4 UAH y Ministerio de Planificación. (2012). «En Chile todos contamos, Segundo Catastro Nacional de Personas en Situación de Calle», p. 103.

Fernanda

Antes de las ocho de la mañana estaciono frente a la Urgencia de la remodelada Posta Central, el principal centro hospitalario público de Chile. Lo primero que veo al entrar es a un quiltro arropado con unas frazadas de colores tejidas a mano, a su lado acurrucada estaba la Feña. Delgada casi en los huesos, con su metro setenta, el pelo casi hasta el hombro que se veía como si tuviera rastas. Con el mismo vestido a medio abrochar que llevaba hace días, estaba abrigada únicamente con sus calcetines. Le hablé y no respondió. Le pregunté al guardia si vio que afuera había una niña durmiendo al lado del perro. Él dijo que sí. Que le habló, pero que ella no se quiso ir a su casa. Con paciencia le aclaré que ella no tenía casa, a lo que respondió «entonces nosotros no podemos hacer nada».

El cansancio de la Feña le gana al frío. Sueña con los brazos abiertos de su mamá, corre hacia ella, la eleva por los aires, la abraza muy fuerte, hunde la nariz en su vestido, respira su aroma, le regala un peluche rosado, solloza. ¿Cuánto dura el viaje desde Canadá a Chile? ¿Cuánto tiempo puede pasar para que una hija se olvide del olor de su madre? ¿Cuánto duran en nuestros sueños esas personas que se fueron hace tiempo? ¿Son las promesas las que se quedan? A veces se ama el espacio onírico donde encontrar lo que perdimos, lo que no tiene vuelta.

El perro movió una pata para rascarse, con lo que la Feña se despertó asustada. Desde el suelo miraba achinando los ojos. Preguntó por Valentina.

—¿Cómo te sientes Feña? ¿Necesitas algo?

—Nada tía, yo no necesito nada.

—¿Dormiste un rato?

—Usted sabe que en la calle no se duerme, se hace como que se duerme, sonrío. Quiero un café tía, me regala un café.

—Estaba soñando algo lindo. Pero no le voy a contar, porque, si le cuento, los sueños no se cumplen.

—Cuéntame Feña, así me alegras porque no pasé buena noche.

—Ah es que soñé con mi mami. No me gustan esos sueños porque después me «psicoseo» y pienso y pienso y pienso y a veces me pongo «depre» así y no quiero nada más.

Me contó que la noche anterior durmió cerca del río Mapocho donde se queda a veces con unas amigas que conoció en el CREAD¹ y que trabajan por ahí. Ellas le prestan la ducha o un pedazo de colchón para descansar juntas «por si las moscas». Por si las moscas, los malandrines, los que se pasan películas, los que andan arriba de la pelota, esos, de los que cuando se puede se arranca. La cosa es que durmió, pero se despertó con dolor de cabeza y con sed. Dice que no se acuerda qué tomó o qué fumó, pero se sintió mal. Por eso se fue caminando a buscar a Valentina: una psicóloga que trabaja en el Ministerio de Desarrollo Social con quien hizo buenas migas, alguien a quien quiere y en quien confía.

Los días más fríos del año son especiales en las oficinas del Ministerio de Desarrollo Social chileno. En un edificio moderno de plantas libres, cientos de funcionarios entran, salen o se quedan afuera el tiempo que dura un cigarrillo. En esos días, desde muy temprano, varias personas que viven en la calle llegan solo hasta la entrada, justo antes de los torniquetes. Los guardias son los encargados de

evitar que ingresen. Son los más pobres entre los pobres y en la oficina pública que está dedicada a ellos les está prohibido el paso. Vienen a pedir ayuda, comida, escucha, un lugar donde ducharse, a preguntar cómo recibir un bono o simplemente a que alguien los llame por su nombre. Unos pocos salen de su puesto de trabajo para tramitar ayudas directas y en caso de no poder hacerlo, al menos ofrecen unos minutos de escucha. Omodidad en el edificio cuando llega una persona como la Feña. Hay cuestionamientos a la labor de quienes acuden saltándose los protocolos a entregar ropa, traslado a un albergue o a contener las manifestaciones de rabia o desazón que traen muchos de ellos.

A la Feña los guardias ya la conocen. La administración de turno estableció un responsable de amainar sus demandas y de tener cómo disuadir a esa niña de 19 años que, aunque cumplió hace poco la mayoría de edad, tiene tanto ímpetu que no se resigna y va donde tiene que ir, a pedir ayuda donde tendría que ir cualquier persona de las más excluidas del país porque ese lugar fue construido para trabajar para ellos y ellas.

Ahí estaba parada al lado de los torniquetes, esperando a Valentina. Fernanda, que aún no cumplía un año cuando ya estaba en camino a un hogar de niñas. Cuando tenía ocho, recién entró en la lista para una posible adopción, edad en la cual ninguna pareja chilena estuvo dispuesta, por lo que el camino fue una familia extranjera. Seis años con una familia italiana, tras lo cual la «devolvieron» por mal comportamiento. Abusos reiterados del padre adoptivo terminaron por dejarla en el SENAME² dando vueltas por varias instituciones.

Cuando era adolescente vivió un tiempo con su abuela paterna, su padre, su tía, algunos primos y sobrinos, todos apiñados. Se aburrieron de tenerla y de lidiar con sus escapadas, con sus malas juntas y con sus promesas de cambio. En la calle conoció las drogas, recibió varios diagnósticos psiquiátricos y para sobrevivir hizo caso omiso a los constantes rechazos para volver a deambular entre hospitales y médicos de aquí para allá. A los 17 años vivió en la ciudad de Concepción, donde ingresó al programa calle del que salió con 18 recién cumplidos. Un amigo la trajo a la capital. Llegaron a dormir

bajo el puente de la calle Huérfanos, a un costado del Registro Civil Metropolitano, donde los jóvenes pasaban la noche despiertos. La ferocidad de la calle no los dejó pegar un ojo. Era de noche cuando se vieron por primera vez. La psicóloga Valentina Sepúlveda tiene un poco más de 40 años, es alta, pelo claro, sencilla, risa amplia y de una calidez que le permitió conectar con Feña rápidamente. A esta mujer se le humedecen los ojos cuando recuerda ese primer encuentro. Luego de 20 años al servicio de los niños más excluidos tiene mucho que contar. Se demora unos segundos para encontrar en su memoria el momento exacto.

—Hola, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Fernanda

—¿Tú eres Fernanda Vásquez que estuvo en la fundación CATIM hace unos meses?

—Yo soy.

—Te andábamos buscando.

Su carita estupefacta no podía creer que alguien la nombrara y conociera algo de su historia. En ese momento se tiró a los brazos de Valentina y desde entonces ella es una de las personas cercanas con las que cuenta.

Valentina cuenta que primero vino la postulación a programas para jóvenes: «nunca logramos que asistiera puntualmente a las citas para las evaluaciones; luego una fundación de renombre descartó su ingreso por considerar que no tenía las herramientas suficientes para acompañar a alguien como ella». Dice que para la Feña, deambular fue una solución que aprendió para sobrellevar el dolor, el rechazo o para buscar respuestas que no se hallan fácilmente.

Los albergues, los centros de día, los hospitales, los consultorios, las comisarías, las estaciones de metro, las plazas, la ribera del río, las casas de consumo, los bares, ninguno de esos lugares le parecía propio. El tiempo pasaba rápido y personas como Valentina se preocuparon para que la Feña, no pasara un día más en la calle expuesta a todas las cosas que le pueden pasar a una mujer joven, linda y llena de vida.

Fueron años en los que se probaron distintas estrategias para pedir a las autoridades un ingreso judicial a un centro para el tratamiento de adicciones, para compensar la depresión bipolar, para que tuviera los anticonceptivos, las pastillas del día después, los antibióticos, para redactar informes y otras maneras de encontrar un lugar donde se sintiera tan bien que no se escapara, y si lo iba a hacer, que volviera y que volviendo la recibieran como una buena nueva.

Ocho de marzo de 2019. Ciento noventa mil mujeres reunidas en la principal avenida de la capital. Una muchedumbre extendida a lo largo de cuatro kilómetros pintados de violeta, verde, rojo, negro y amarillo. Parece una fiesta. Es una marcha de las más masivas que ha tenido el país. Niñas en coches con sus madres, abuelas en sillas de ruedas, colectivos que hablan de patriarcado, capitalismo, techos de cristal y derechos vulnerados. En el medio del tumulto está la Feña. Hace calor, hay comparsas, cánticos y los carteles coloridos que recitan consignas. La Feña se saca una «selfie» con su amiga Magda porque a las dos les gustan las redes sociales. Se conocieron en el circuito de calle también. Magdalena Álvarez es una de esas personas que se comprometen, no duda. Es socióloga, ha trabajado en varios servicios públicos y se acercó al tema de los adolescentes que viven en la calle porque le tocó organizar todo para el Conteo de Niños Calle que hizo el gobierno el año 2018. Ella invitó a la Feña a esa marcha y juntas posan en una foto con mascarillas en que se les nota la sonrisa en los ojos, ambas llevan un pañuelo alusivo y cuentan que después de esa tarde fueron a tomar unas cervezas para celebrar. En la foto del brindis se ven felices. Ese año, Fernanda tiene justo la mitad de la edad de la Magda, una es géminis y, la otra, acuario, quizás por eso se llevan tan bien, cantando reguetón o comiendo hamburguesas. Ese día fue especial, recuerda la Magda: «ella era una más».

—¿Por qué te vinculaste con Fernanda?

—Siempre me llamó la atención la fuerza, la inteligencia, la astucia con que los adolescentes que están en la calle, o sea, que han estado en el

sistema de protección y ya han sido apartados, afrontan los problemas. Su capacidad para escanear a las personas es consecuencia de ser unos sobrevivientes. Quizás sea esa sensación de libertad, de rebeldía que los hace tener una capacidad de agencia política, una pulsión que los hace salir de las instituciones.

—¿Cómo ha sido tu relación con ella?

—Es valioso ver cómo ella tiene una necesidad de vincularse con otras mujeres. Que de buenas a primeras ella es amable, es chistosa, es creativa. Que la conocen en muchos lugares donde me ha tocado acompañarla. En la comisaría, en la posta, en las fundaciones, en los hospitales. Sin embargo, nadie es capaz de hacerse cargo.

—¿Qué crees que pase con la Feña en el futuro?

—A veces creo que en cualquier minuto nos van a llamar para decir que le pasó algo. Algunos pueden creer que es un esfuerzo desproporcionado el que hacemos con ella, pero yo pienso que nos tenemos que hacer cargo de todas las Feñas que existen. Una niña, casi una mujer que no ha perdido la capacidad de enternecer, con sus intereses intactos, de ir de compras, de elegir ropa linda y arreglarse cuando le llegaron los bonos, por ejemplo, de hacerse las uñas, de cantar por la calle, de tener humor y de reconocer muy bien el lugar donde no la quieren.

—Sin duda, hay tiempos en los que ha estado mejor

—Ella nos ha demostrado que puede estar mejor, que con un cuidado médico y vínculos cercanos ella puede volver a sonreír como lo hacía en las fotos de su Facebook antiguo. Cuando pesaba 20 kg más y estaba recuperando estudios en una casa de acogida donde estuvo.

En marzo de 2023, Fernanda pesaba un poco más de 45 kilos; usaba un vestido negro abotonado adelante, largo y desabrochado arriba, andaba sin zapatos y sin calzones. Ese día logró colarse a las oficinas ministeriales. Buscaba un baño donde ducharse, y sentada en un patio interior, se rascaba la entrepierna. Hace días que el agua no tocaba su cuerpo.

Ella tenía hambre, fuimos a comprar unos panes. Ella quiso Coca-Cola, le compré una leche, pues para mí a las 9:00 am se desayuna. Se enojó conmigo, me insultó, me gritó garabatos y me dijo que

la estaba obligando a robarse una bebida, que a ella le gustaba la Coca-Cola. Volvimos a la oficina y cuando le trajimos toallitas húmedas con ropa limpia, se cambió en la puerta del Ministerio a la vista de todo el mundo. Después se fue. Volvió varios días después.

—Regáleme un aborto, tía. ¿Me regala un aborto? —dijo, apenas la vi aparecer.

Ese día hicimos todo lo posible para que Fernanda recibiera lo que por derecho tiene: atención médica especializada y cuidados permanentes para recuperarse de tanta calle. Dijo que estaba embarazada y que quería un aborto. Algunos funcionarios reclamaban cada vez que aparecía porque ella les pedía cigarrillos y, abrumados con la situación, no sabían qué hacer. Valentina bajaba para verla y lograba convencerla de que fuera al hospital para ver lo de su embarazo. Un abrazo como un bálsamo. Aún estaba bien volada. No fue fácil hablar con ella. Pasaron dos horas y, después de comer algo, accedió a irse al hospital. Las llamadas salieron del gabinete ministerial al Servicio de Salud Metropolitano para que vinieran a buscarla. Camino al Hospital Horwitz, Valentina calculó que era la décima vez que hacía la misma ruta con Feña y presintió que sería la última. Eran las 12 del mediodía.

A las tres de la tarde nos dijeron que no la podían atender, pues no tenía una urgencia grave. Con una nueva llamada desde el gabinete, logramos que la pasaran a un box donde la sedaron. Ahí la Feña durmió a pata suelta, como si por fin se sintiera segura. A las cinco de la tarde le avisaron a Vale que no había camas disponibles en el Horwitz y que se fuera a la Posta Central. Otra vez había que convencer a Feña; de nuevo el mismo camino, el *déjà vu*, la esperanza de que esta vez sí se podría. A las siete de la tarde en la Posta Central le hicieron varios exámenes y descartaron un embarazo.

A las cuatro de la madrugada del día siguiente, Valentina seguía con ella en el hospital cuando le avisaron que la iban a dar de alta, pues no existía ninguna razón médica para internarla. Unas horas más tarde, con impotencia, le rogó a la enfermera que no echara a la Feña a la calle porque aún dormía. Afuera estaba muy frío. Ahí fue cuando me avisó y partí a la Posta y la encontré durmiendo al lado del perro.

En esa sala de espera todos guardaron silencio y la Feña se acostó en el piso para seguir durmiendo ahora dentro de la posta. La enfermera dijo que ella se quiso ir; el carabinero dijo que no tuvo otra opción; una señora con un parche en el ojo dijo que el guardia la humilló. Y la Feña, la Feña pidió que la dejaran dormir y preguntó por Valentina. Hablé con el jefe de turno, un médico de treinta y tantos con los ojos inyectados de trasnoche, quien me explicó amable que no había razones médicas para asignarle una cama en la posta, que era responsabilidad del otro hospital, y que debía volver allá por sus propios medios. Le pedí un traslado en ambulancia, porque la Feña estaba tosiendo y tenía fiebre. A pesar de que entendí su criterio médico, el humanitario me dijo a mí y le debió indicar a él que una niña en esa condición no podía dormir al lado del perro de una posta, destapada y despedida a ninguna parte. Lo pensó un momento y comprometió una gestión para traer una ambulancia.

Mientras esperamos le pedí al doctor un box para que la Feña descansara. Un carabinero nos ayudó a levantarla y en una silla de ruedas nos fuimos al otro lado del hospital. Allí la esperaba una camilla en una sala con una ventana amplia que miraba al norte. Los vidrios estaban empañados. En la mitad de arriba, la niebla dejaba ver la parte superior del edificio de la Escuela de Economía de la Universidad de Chile. Paso tres horas observándola. Pienso en cada paso que ella y yo hemos dado para estar solas en ese lugar donde no nos queda más que confiar la una en la otra. Con el sonido de sus ronquidos de fondo, imagino las clases magistrales sobre economía de la salud y superación de la pobreza que a esa misma hora se dictarían tras esos ventanales que proyectan un brillo que no alcanzan a ver a Fernanda.

Ese 18 de mayo, desde mi oficina ministerial escribí un correo electrónico directamente a la subsecretaria.

«Estimada Subsecretaria,

Nos permitimos enviar este informe que resume una gravísima situación de abandono institucional de los servicios de salud con la joven Fernanda

Vásquez, de 20 años, a quien acompañamos por casi 30 horas en 2 hospitales donde la solución fue que volviera sola a la calle.

Ella está en peligro de morir en la calle, de que la vuelvan a abusar, de que se infiera lesiones o de que tenga un accidente por la gran cantidad de consumo que mantiene.

Hace un par de años estuvo muy bien con apoyo de SENADIS y de MINSAL³, asunto que en este año ha sido imposible comprometer pese a muchas gestiones y compromisos de nuestra jefa de división y de su gabinete.

Le pido atención a esta grave situación que nos convoca.»

La subsecretaria respondió dos horas después:

«Hola, Karinna.

Estoy al tanto del caso, estamos haciendo todas las conversaciones con MINSAL por el cupo para poder derivarla a un servicio de salud.

Espero poder tener buenas noticias pronto.»

A principios de julio de 2023, cuando dejé mi cargo en el Ministerio de Desarrollo Social, este problema de la salud de la Feña aún no se resuelve.

El trabajo porfiado de las organizaciones que eligen trabajar con personas como Fernanda, está hecho a punta de esperanzas y sin certezas. Los programas estatales se arman y se desarman a pesar de los discursos de que los niños están primero.

—¿Qué viene después de la calle, Feñita?

—Más calle tía. Aunque ¿sabe qué? A mí me gustaría tener una casa, no una casa grande, pero una casa con un closet bien grande donde colgar mi ropa linda, mis aros, mis collares y mis zapatillas.

Cuando yo tenía 21 conocí por primera vez a alguien como Feña, ella me lleva toda la vida de ventaja, si es que a eso se le puede llamar ventaja.

[Notas]

- 1 Los CREAD (Centro de Reparación Especializada de Administración Directa) son lugares de residencia y cuidado de niños, niñas y adolescentes del sistema de protección social chileno. Son personas que han sido derivados por un tribunal de familia, pues han sido expuestos a experiencias crónicas de vulneración de derechos y que, a consecuencia de ello, deben ser separados de su familia, de forma de interrumpir la situación de vulneración y brindar la protección de derechos que les corresponde. Los niños, niñas y adolescentes ingresados a los centros CREAD presentan una cronicidad del daño en su proceso de desarrollo evolutivo, expresado en trastornos conductuales severos, retroceso del curso de su desarrollo evolutivo, alteración del vínculo, desarraigo, desconfianza hacia el mundo adulto, desesperanza, inseguridad emocional, carencia afectiva, consumo de sustancias, entre otros.
- 2 El SENAME es el Servicio Nacional de Menores, que fue responsable de la protección de los niños más vulnerados en Chile entre los años 1980 y 2021. A partir del año 2022, se dividió en dos servicios especializados: uno para los niños en protección y otro para los adolescentes que han entrado en conflicto con la ley.
- 3 Se refiere al Servicio Nacional de la Discapacidad y del Ministerio de Salud.

Parte 2. El cielo

«Todos estamos en el foso, pero algunos de nosotros miramos a las estrellas».

Oscar Wilde

La primera muerte

Una niña con pantalón de buzo rojo y una polerita corta, sentada en los rieles de la línea del tren, se arremanga el pantalón y sopla sobre su rodilla raspada. Se queja y sangra por la herida que le acaba de dejar el tremendo costalazo que se dio por ir corriendo y mirando hacia atrás. Descansa un rato y siente a lo lejos una marcha de los trabajadores de la empresa textil que está cerca de su casa. Se acuerda que a los ocho años debe aparentar más porque, si no, se la pueden llevar presa. Así es que se pierde entre la multitud y hasta se aprende uno de los cánticos «El pueblo unido jamás será vencido». Tiene suerte porque agarra unos pancitos y hasta leche le dieron en el parque donde terminó la marcha. Un par de mujeres le preguntaron su nombre y después no dejaron sola a Rosita hasta que las convenció de que había salido a dar una vuelta porque su mamá no estaba en casa. Ahí, cerca de la plaza Italia, se guió por los farolitos del parque Forestal y encontró una banca escondida en una sombra donde no la veía nadie. Ahí pasó la primera noche. Sin dormir, estuvo asustada con los nuevos ruidos y, aunque aún le dolía la rodilla, ahí nadie más la iba a gritar, ni le iba a pegar. Tenía hambre, pero prefería pensar en los pajaritos que cantaban mientras toda la ciudad dormía.

A esa misma hora, Nacho, que ya tenía 12 años, le ayudaba a hacer humitas a su mamá bajo el parrón de la casa en el norte de la ciudad. Le gustaba trasnochar con ella, ponía unos discos de tangos y mientras cantaba iba relleno las hojas de choclo que Ignacio con paciencia elegía y hacía lulos. Cincuenta años después lloraría en el mismo parrón desvencijado después de volver del cementerio donde despidió a su querida madre. Ese día empezó a tomar vino y no paró hasta dos años después. Un día despertó y había perdido el contacto con su mujer, ya no veía a sus hijas, no tenía trabajo y volvía apesadumbrado del médico donde le habían diagnosticado una úlcera dolorosa. Hace poco había conocido a Rosita, que ya vivía en una vereda de su barrio. Pensaba en ella con alegría y apenas le preguntó, la respuesta fue inmediata: donde cabe uno, caben dos.

El día que Fidel salió de cuarto medio nadie fue a acompañarlo a su graduación. Una profesora le regaló una lapicera y una cajita de chocolates que compartió con su amigo Gato. Cuando volvió a su casa estaba la tele prendida y el marido de su mamá borracho durmiendo en el sillón. Buscó comida y encontró unos fideos que se cocinó con entusiasmo. Se quedó dormido encima de la mesa. En mitad de la noche fue al baño y mirándose al espejo hizo planes. Sabía que su mamá estaba en el norte, que trabajaba en un *packing* de uvas y fue a buscar la caja de lata donde guardaba sus pocos ahorros. A la mañana siguiente hizo una mochila y aunque las monedas eran pocas, pensó que en el mismo terminal de buses se podía hacer de propinas para comprar un pasaje a La Serena. Esa noche la pasó en el bus, las siguientes estuvo sentado en la vereda de varias plazas de varios pueblos, donde mostró a muchas personas la única foto que aún guarda de su madre. A sus 61 años sonríe de buena gana cuando se acuerda de su mala suerte y la de su mamita que, aunque no tiene idea de qué fue de ella, sabe muy bien que hubiera sido un «hombre de bien» si es que en ese viaje la hubiera encontrado. «Me perdí, la fui a buscar y me perdí».

Jaime abrió la puerta y con él entró una polvareda inmensa. Su abuelo estaba arreglando una silla y le preguntó para qué andaba juntando neumáticos. Puso esa cara de pillo que tienen los adolescentes a los 16 años y le dijo que era una cuestión que quería hacer hace

tiempo. Se fue a duchar, puso un par de botellas de agua con bicarbonato en la mochila, sacó unos limones del refrigerador y un pañuelo rojo que su papá guardaba en un cajón. Se despidió de su abuelo y, cantando, tomó la micro que lo dejó en el centro. Cuando empezaron a correr, él hizo girar los neumáticos y ayudó a los que estaban cortando la calle. Tiraron unas bombas lacrimógenas y no se acuerda cómo terminó arriba de la micro policial, acostado boca abajo con la mochila puesta y con varios golpes en el cuerpo. Era septiembre de 1973 y Chile ardía por los cuatro costados. Lo detuvieron, lo llevaron a un estadio y, después de no comer nada y esperar mucho, volvió a su casa para avisar que se tenía que esconder en la casa de sus tíos del sur. Ya no se acuerda cuando tiempo pasó de casa en casa de familiares y amigos hasta que con la ayuda de su hermana mayor pasó a Argentina, apenas cumplió los 18.

Katherine siempre fue una niña muy tímida. Veía monitos animados y jugaba con una muñeca de pelo azul que le había llegado en Navidad. Siempre que alguien se acercaba a ella, le daba miedo. Durante mucho tiempo no sabía por qué tenía tanto miedo a ir al colegio, a sentarse cerca de sus hermanas, a quedarse sola en la pieza, a dormirse sin su mamá y a tantas cosas que ya no se acuerda cómo. Tenía 16 años cuando conoció a Martín. Un compañero de colegio que venía de Ecuador y era tímido, igual que ella. Vivía cerca de su casa, por lo que se lo encontraba cuando iba al almacén y de camino al colegio. Martín era raro, en el colegio nunca la hablaba y en el almacén siempre la saludaba. Se andaba riendo solo, usaba unas poleras grandes y unos pantalones a media pierna con los que se veía ridículo, decía ella. Él le enseñó a fumar, primero compraba de a un cigarro en la esquina y después en la plaza fumaban otras cosas también. A su mamá le cargaba ese tal Martín, pero no había cómo hacer que Kathy eligiera la casa y no la calle. Volvía despeinada, con olor a cerveza y a veces con los ojos rojos. Era tarde y apenas empezaba la pelea con su mamá. Kathy se iba pegando un portazo para ir a buscar a Martín, que estaba durmiendo en la plaza o escondido detrás de un árbol. Se hacían compañía: «era mejor estar con él que estar en mi casa», recuerda.

Cuando Eduardo recibió su primer sueldo estaba ansioso por hacer todas las cosas que venía anotando en su libreta en las últimas semanas. Uno, mandar a arreglar los pantalones, 200 pesos; dos, comprar mercadería para ayudar en la casa, 500 pesos; guardar para los cigarrillos, 50 pesos; flores para su mamá, 30 pesos. El resto lo organizó en sobres por semana para que nunca le faltara plata para moverse. Eso de los sobres lo había aprendido de una película y, desde que trabajaba en el terminal pesquero, aprendió que primero se gana y después se gasta.

«Hola, mamita. Aquí estoy feliz, contento hoy día. Le cuento que me pagaron mi primer sueldo. Estoy trabajando para don Juan de Dios. Apenas salí del liceo, me fui a trabajar en la fruta en Maule. El primer verano me fue bien, pero después hubo un problema con unas uvas que llegaron malas donde los gringos y la pega se acabó. Con decirle que había camiones en la calle, ahí en Linares, donde los patrones iban a regalar cajas y cajas de uva. Este verano me quedé aquí, me dieron pega en el fundo, aprendí a ensillar caballos y ahora estoy de ayudante en la lechería. Me tienen buena, hasta tengo las llaves para abrir y cerrar la línea de las vacas los sábados y los domingos. El otro día me encontré con la señora Trinidad y me dijo: “Niño, por Dios, eres igual de trabajador que tu mamá, que en paz descanse”. Con estas luquitas¹ voy a vivir bien. Su hijo, su único hijo, ya es todo un hombre, mamá».

Eduardo hizo siempre casi todo lo que tenía planeado. Incluso ayudar a un amigo que le propuso sacar unos animales en la noche al potrero del lado, una vaca por semana, así no se iba a notar. Hasta que el veterinario llegó con los Carabineros y esa fue la última vez que estuvo en el fundo. Cumplió condena más de un año en la antigua cárcel de Puerto Montt, «nadie supo que yo estaba ahí. En un año nadie me fue a ver».

Nunca había salido de su casa solo hasta ese día. Después de hacer la primera comunión, se sentía más valiente, le había rezado tanto a la Virgencita que estaba seguro de que, desde entonces, donde fuera, estaría siempre protegido por Dios. Su hermanita estaba enferma y su mamá le pidió que fuera al otro lado de la población

La primera muerte

a buscar a Juanito Consuelo. Su misión era decirle que iba de parte de Elena y que no tenía plata para llevar a la niña al hospital. Ese fue el día en el que Edinson conoció a su papá.

[Nota]

- 1 En otros lugares del texto aparece la palabra «lucas» que significa dinero o billetes en Chile, una «luca» equivale a mil pesos chilenos.

Tomás

Hacía mucho frío el día en que conocí a Tomás Cole. Usaba una parka azul con una gran bufanda y un jockey azul con verde que le hacía juego. Se reía con los ojos y me decía «tía»; fue el único que nunca dejó de decirme así, aunque le pedí un millón de veces que me llamara por mi nombre. Ahí estaba Tomás contando las monedas de 10 y de 50 pesos con las que le pagaban las personas, en un cuchitril de un hospedero que, lucrando con la miseria, se hacía rico en la calle Sotomayor del barrio Yungay.

En ese lugar Tomás no dormía, cobraba la noche, vendía pailas de huevos, saludaba a varios como «mijito», con el cariño sureño que aprendió de su mamá en Valdivia. En la casona antigua había una tele chica, arriba de un mueble alto, de esas que se cambiaban con el alicate. Un par de mesas con un mantel de plástico pegoteado, casi siempre lleno de migajas de pan o con una botella de copete compartido o solitario. A mí me gustaba entrar a la caseta donde estaba él y escucharlo contar sus historias: la de su niñez en el río Calle-Calle, la de cuando se enamoró y se casó, la del sueño que tenía de volver a buscar a su señora y traerla a Santiago a vivir con ella de nuevo, la de hacer una casa en la que cobrara lo mismo que cobraba, pero sin «abusar» de la gente que no tenía dónde dormir.

Él logró todo eso que imaginó. Juntos abrimos esa casa en la que un día avisó que se iba al sur y después llegó con su señora de la mano, tras muchos años de haberlo soñado.

Nunca me he vuelto a encontrar con nadie cuya fe inquebrantable le haya llevado tan lejos.

Edinson y Marlene

Un hombre joven camina apurado y sonrío a los vecinos que encuentra a su paso. Lleva unas bolsas con verduras. Espera el ascensor y sonrío. Silba mientras se mira al espejo. Sale y dobla a la izquierda. Hay una luz al final del camino, entrando por un amplio ventanal del piso trece. Saca del bolsillo derecho unas llaves y gira la cerradura. Abre la puerta, cuelga las llaves y el banano mientras prende la luz para ponerse un delantal de cocina. Son las 12:30. Trajina los cajones. Enciende la radio de su dormitorio. Vuelve a la cocina. Mira el reloj. Son las 12:35. Ordena las compras y mentalmente repasa los ingredientes de su mejor receta. Saca de su closet un paquete de arroz y comienza. Mientras deja la olla arriba del tostador, abre una bandeja de pollo que tiene guardada hace un par de días en el refri. Condimenta, saltea, espera, voltea y tapa. Con el rabillo del ojo alcanza a ver que es la una de la tarde y piensa que solo queda media hora. Los tomates que trajo huelen delicioso. «Tengo suerte», dice. Arma una ensalada y se acuerda que no trajo pan. Se le acaba de venir el mundo encima. «¡Cómo se me fue a olvidar el pan!» Llama a Marlencita. «Amor, puede traer pancito, fui hasta el 14 a buscar todo y el muy pavo no me acordé...». «No te preocupes, yo llevo pan, Edi. No te pongas nervioso. Todo va a salir bien». «¿Tú no estás nerviosa? O sea, ya

están los dados echados, como se dice. Ellas llegan a la una y media. Voy en camino. Llego pronto».

A la una y veinte una campanilla anuncia que viene entrando la primera mujer. Entra. Saluda y él la recibe con un abrazo calentito.

—¡Uy, qué olor más rico!

—*Pa'* que vea no más. Estoy haciendo la mejor receta

A la una treinta y dos, de nuevo la campanilla. Viene subiendo la segunda mujer.

—¡Hola, querido! Hace días que no te veía. Te ves bien. Tan buen chef como siempre, te pasaste.

—¿Le gusta el pollo?

—Sí, claro, es muy rico el pollo

—Y a ella ¿le gustará el pollo?

—Seguro que sí, tranquilo

A la una cuarenta, toca el timbre sin anuncio la tercera mujer.

—¿Aquí vive Edi?

Sonrisa amplia. Ojos achinados.

—El mismo que viste y calza

—¡Pero qué gusto, Edi!

La tercera mujer se fija que el espacio es chiquito. Se sorprende que en el sitio que ocuparía una cama de dos plazas han instalado un comedor. Una cocina oscura sin ventilación es la bienvenida a un lugar acogedor. Calendarios de cartón con imágenes de animales pegados en las paredes. Un anfitrión que lleva esperando varios días este momento.

¿Cómo se llama la emoción de sentirse agradecida sin mérito propio? Únicamente por haber caminado tantas calles, llevar un mensaje, compartir la carga o disfrutar del camino juntos. Llegar y que te reciban como una reina con el cariño heredado de una prole, de una patota de gente de la que me siento parte; las y los que hacen del trabajo social, una joya para el mundo. Un oficio laborioso, intrincado, señal de sobrevivencia de lo mejor que tenemos las sociedades: recordar la dignidad que todos portamos.

Cuando entro por esa puerta recuerdo inmediatamente ese camino hermoso al pueblo de Kemscoff, a unos kilómetros hacia lo alto de la ciudad de Puerto Príncipe, en Haití. Viajamos al alba para subir y bajar cerros a caballo, en mula y caminando. La idea era encontrar un poblado de casas autoconstruidas por una cooperativa rural y aprender cómo. Llegamos al final de la mañana. Un hombre tocando un cuerno-trompeta avisa la llegada del grupo. Aparecen, tras las lomas, decenas de personas de todas las edades, uniformadas y cantando un himno marcial alegre, luminoso, inolvidable. Nos sientan en unas sillas de plástico a la sombra de una casa, después de bailar nos entregan una ofrenda: una botella de Pepsi individual para cada uno. Cuando descorchan las bebidas, el pueblo aplaude y bailan en su sitio cual si fuera un estallido de felicidad colectiva. ¿Alguien ha llorado tomando una Pepsi? Esa misma sensación es la que tuve ese día.

El día en el que conocí a Edinson y a Marlene, ellos esperan contarme su historia de amor y yo espero escuchar sin que se me vaya detalle. Mientras compartimos un almuerzo exquisito, repaso mentalmente todo lo que me dijo Lili. Liliana Muñoz, de 45 años, lidera el equipo de calle de la Fundación Golden. Ellos trabajan en el sector sur de la ciudad, tienen un estilo cercano, aperrado, van más allá de las normativas mínimas, llaman a los participantes «chiquillos» y creen que es posible. Por eso apuntalan, no dejan de estar ahí, donde sea, con tal de buscarle salida al laberinto que la calle es para muchos. Se frustran, por supuesto. Avanzan, retroceden, dudan, lo intentan, se quedan. En Chile existen unas 200 organizaciones que trabajan con las personas que viven en la calle, unas 150 fundaciones y alrededor de 50 municipios.

«No sé cómo llegué a pensar que era posible y lo hice. Tomé las cosas que tenía en el ruco¹ y caminé hasta la camioneta que me fue a buscar. Cuando me pasaron las llaves, temblaba más que Sandro, no lo podía creer, ahora tenía casa. Mi casa estaba en una torre alta de esas modernas, en un barrio bonito cerca del metro. Desde mi terraza se veían muchos árboles, una cancha de baby y, si sacaba harto la cabeza, hasta el estadio se veía. Aunque no me gusta salir de mi casa, después de unas semanas empecé a cuidar unos locales y a comprar pan calentito todos los días a unas tres cuabras. Así andaba yo caminando con el olor pegado de la marraqueta que me iba a comer cuando vi a lo lejos a una mujer. Aunque yo no miro a las mujeres en la calle: por principio lo aprendí de mi mamita cuando era chico y ahora que está de moda eso del respeto, imagínese como camino yo. Yapo, esa mujer pasó por mi lado y “Vah!”, dije yo, parece que la conozco y ella que me dice “¿Edi?” Me doy vuelta yo y era ella. Mi corazón salió volando y quedó por allá, por el *mall*, las venas se me salieron de los brazos así y no me aguanté la risa para decirle “Hola, po Marlene”».

Cuenta Edinson que las manos le temblaban ese día y ahora también.

«Después de nueve años sin verla, ahí estaba ella, también muerta de la risa. ¡Oiga, no lo podía creer yo! Le pregunté cómo estaba y le conté que yo había cambiado, que ya no tomaba y que vivía en ese edificio alto de ahí, que me había costado, pero que estaba en un programa y que cómo estaba ella, sus hijos, quizás, su pareja. Me contó que no tuvo hijos ni tenía pareja y que nunca se había olvidado de mí. Ahí le dije que anotara mi teléfono, que me llamara y me fui. A los días después contesto el teléfono y era ella, Marlene, preguntándome si acaso quedaba algún cariño, a lo que respondí que siempre y que la invitaba a mi casa».

«A los 20 años yo era vendedor ambulante en las micros, compraba los helados con un amigo en el paradero 14 de Vicuña Mackenna, en unas confiterías grandes que había ahí. Al final del día volvía con 20 o 30 lucas de ganancia, lo que me alcanzaba para salvarme, comer algo, el copete, yo tomaba harto en ese tiempo, era más joven y ya estaba en la calle. Un día entré en el local grande de la esquina y la vi

a ella asomada en el mesón, nos mirábamos de repente, un cambio de palabras, pero nada más, aunque yo pensé entre mí que había algo por ahí». Recuerda, se ríe solo, suspira y se frota las manos como niño acordándose de una maldad.»

«Pasó el tiempo y el dueño de la confitería me preguntó en qué trabajaba yo, ahí le dije que no tenía pega, que vendía en las micros, como cometa po². Ahí fue cuando me pasó una escoba y me dijo: “barre, cabro”. Empecé a barrer la vereda y más allá, me faltaba calle para barrer y mirar *pa'* dentro a ver si la veía, y yo, mientras, barría y barría». Edinson ya no solo se ríe, le dan carcajadas y se aprieta la guata de tanta felicidad que tiene guardada en esos recuerdos. La mirada cómplice de su Marlene contagia algo muy especial en el ambiente. Ella es bajita, ordenada, ocupa anteojos, no tiene la chispa de él, pero hay algo que se enciende en ella cuando él habla. Da envidia.»

«¿Usted cree en los milagros? Porque eso es lo que yo le podría decir de todo lo que hemos vivido con Edi juntos. Nos conocemos hace más de 20 años, imagínese, y pese a que yo le he tenido paciencia, lo quiero y eso que mis papás nunca estuvieron de acuerdo. Menos cuando llegaba a las tantas de la noche a gritarme que me amaba y todas esas cosas. Ahí bajaba yo, y trataba de calmarlo. Estaba curao, súper curao, había tomado mucho, se portaba mal».

«Nosotros intentamos vivir dos veces juntos, la primera vez arrendamos una mediagua por allá por El Bosque a un caballero que tenía un terreno chico y unas casuchas. Costaba en ese tiempo, imagínese, como 50 000 pesos. Yo me aburrí porque, después de un tiempo, Edi desaparecía, me dejaba sola, se perdía dos o tres días. Después ya no pagaba el arriendo. Con decirle que una vez compró una cómoda de cinco mil pesos y yo la tuve que terminar de pagar. Ahí hablé con mi familia y me volví *pa'* donde ellos. Edi se perdió. A veces sabía de él por unas vecinas. Me enteraba de que andaba vendiendo helados con trago por entremedio de los autos. Yo me preocupaba, pero no podía hacer nada».

—El amor cambia las cosas, el amor ordena... lo que me gusta de él cuando yo lo conocí: él era un sobreviviente, en caso de guerra o de apocalipsis, dije, yo ya sé con quién voy a sobrevivir, yo sé que no me equivoqué.

—Esta vida con ella es con más semáforos, con más señalizaciones, con un camino, sabe.

—Yo sé que lo que vivimos era lo que teníamos que vivir. Eso estaba en mi alma. Él es servicial, es amable con la gente, por eso lo quieren, lo perdonan. Esa parte yo la veo, yo lo conozco, mis papás no ven eso, les cuesta ver a la persona detrás del error, cuando yo era chica las cosas se arreglaban a correazos.

—Me acuerdo cuando fuimos a la playa por dos días y nos quedamos un mes. Ahí me puse a trabajar en un quiosco, parecía *ekeko*³, aquí tenía paletas-pelotas-baldes en un gancho y en el otro *lao'* palmeras-pasteles-palomos, y acá delante así un termo de Savory colgado en el cuello, y atrás una bolsa grande con pelotas de playa adentro chicas y grandes. Vendía harto ahí, tenía mi chispa, yo.

—De repente, cuando no tiene trabajo, él sale a vender no más, ve un taco y dice me voy a ir a vender allá. Pero a veces cuando sale ya pasó la vieja y se desarmó el taco. —Ríen.

Edinson Patricio Camus Zuleta tiene 53 años y varios oficios a su haber. Mucho talento para la venta, se mueve, es simpático, lo pasa bien mientras trabaja e inventa nuevas ocupaciones. Unas tarjetas de presentación superbonitas publicitan sus servicios de gasfitero. Un día le empezó a llevar colaciones a una vecina y otro caballero probó su queque y le encargó varios. Saca de su pieza un taladro inalámbrico, un aparato para soldar, un maletín con herramientas y varias cosas recicladas que tiene para armar. «Ahora trabajo de guardia, en la noche somos dos, ahí conversamos. Si no hay pega, yo no salgo. Salgo al consultorio y me devuelvo. Ahora gano como 25 lucas al día. Con decirle que un día quería comprarme un celular y no sabía cómo. Ya dije yo, le conté a una de las monitoras que nos ayudan, y le dije: “yo puedo comprarme el celular, pero en cuotas, me entiende”, y ella me dijo: “ya vamos a comprar el celular”, y ahí tuve lo que quería y lo estoy pagando así todos los meses». Ahora se para y va a su pieza a buscar varias botellas de plástico recicladas

y limpias. «Yo no soy cachiporra, pero yo inventé estos maceteros, mire aquí voy a plantar perejil, aquí ya tengo mi ruda, y no es que sea cachiporra, pero mire, la idea es la siguiente: usted da vuelta la botella, la corta por la mitad le hace un hoyo y ya tiene una alcancía, la puede pintar, la puede vender, la puede regalar». Se vuelve a parar y trae de su pieza una bolsa de tierra de hoja y semillas. «Aquí tengo para plantar mi huerto colgante, yo he visto videos de eso y aquí en la terraza voy a poner eso, se va a ver bonito aquí... es lo que uno hace para tener inversiones, mis herramientas, mis inventos son mis inversiones. Ahora estoy esperando un FOSIS que me va a salir para comprar más herramientas y sacar boletas para poder estar legal». Se vuelve a parar y trae una máquina de fumar que se encontró en la calle y reparó. «Esto también es algo que puedo usar para trabajar, aunque usted no lo crea, el trabajo está en todas partes». En ese momento aparece Edi con una hilera de bolsitas de gomitas de menta perfectamente ordenadas en un gancho artesanal hecho por él mismo para transportar su mercadería en la calle. «Aquí ando con estas gomitas, en la otra mano los superocho y acá con tiras de Loly».

—A veces salimos juntos, vamos a la Quinta Normal y yo la dejo por ahí y me voy a vender mis dulces. Ella se pone a leer libros, yo me doy una vuelta y lo que se vende, se vende. Cuando era chico yo miraba a los comerciantes. Yo quería ser comerciante. Junté plata y me fui a una confitería chica y compré una caja de *helaos* y justo ese día era el Día de los Muertos, entonces yo dije: «voy a ir a vender al cementerio». Yo era cabro chico, tenía unos doce años. Me fui a Recoleta en micro, cuando llego allá los helados estaban blandos, ¡que la lloré por Dios! Ese era el plan... las experiencias que uno va adquiriendo, lloraba y me comía los *helaos*. Un caballero del quiosco me dijo: «¿qué le pasó, gringo?», porque en ese tiempo tenía el pelo rucio. Él me enseñó técnicas, me cambió los *helaos* y me dijo: «ya anda a vender». Yo vendía cinco *helaos* y me sentía feliz. Nos hicimos amigos, cuando yo tenía más experiencia, yo lo iba a ver hasta que murió el caballero.

—Después, a los 18 años, me llevaron preso con toda la mercadería. Yo tenía como 25 o 30 helados, me los comí todos también, después

tenía enfriamiento en el estómago. Después llegaron los carabineros y me dicen: «¿ya y los helados?». «No tengo helados yo», ahí se enojaron porque no pudieron comprobar que andaba vendiendo helados. Después tenía cualquier parte de Carabineros.

—Yo estudié administración de empresas, trabajé muchos años con mi familia en la distribuidora. Yo ya veo que él está logrando cosas, puedo confiar en que él va a avanzar. Vamos juntos al médico, al consultorio, nos levantamos temprano, él me acompaña, yo lo acompaño, como más normal de una persona adulta. Pero igual me preocupa mi familia que no me apoya.

—A mí me gusta leer, aunque hace tiempo que no leo. Cosas esotéricas, también a la Isabel Allende. Lo último que leí fue *El Cartero de Neruda*, se me imaginaba Edi al personaje bien metido en todo, supo hacerse amigo del poeta, se las ingeniaba para que le diera atención. Antes nos escribíamos hartas cartas cuando nos conocimos, eran como de cabro chico, bien románticas.

—A veces le pregunto, ¿si no me hubieras encontrado, te hubiera resultado estar aquí?

—A lo mejor me habría devuelto a la calle Marlencita.

—A lo mejor alguien me puso en su camino de nuevo.

[Notas]

- 1 «Un ruco corresponde a un albergue temporal fabricado por las personas en situación de calle con cartones, plásticos y otros materiales de desecho» Ministerio de Planificación (2005) «Habitando la calle, Catastro Nacional de Personas en Situación de Calle» (p. 86).
- 2 Vendedor ambulante que sube a las micros (buses colectivos) vende y se baja muy rápido. Muchos de ellos venden helados y andan corriendo para que los helados les duren en las cajas de «plumavit» que llevan. Se les llama «cometas» porque pasan muy rápido vendiendo.
- 3 Símbolo andino de la abundancia, fecundidad y alegría. Asimismo, es una manifestación cultural característica del altiplano andino y que recibe culto en el occidente andino de Bolivia, principalmente en La Paz, en las regiones sur del Perú, norte de Chile y la Argentina. Suele cargar gran cantidad de bultos de alimentos y otros bienes de primera necesidad que cuelgan de sus ropas, en un pie, le falta una sandalia.

Jaime y Fabián

En el invierno del año 2012 Carolina Tohá¹ visita una feria libre del centro de la ciudad, la gente se le acerca, la abraza, se sacan *selfies* con ella y algunos la saludan con el dedo para arriba e incluso aplauden. En la multitud, un puesto de cachureos es atendido por un hombre de cejas tupidas, pestañas largas y onduladas, pelo bien negro, peinadísimo, mirada vivaz, una voz grave y enérgica que habla también con las manos.

—Buenos días, señora alcaldesa, ¿cómo le va? Me presento: soy Jaime Alberto Astudillo Arancibia y este es mi hijo Fabián... Mire, señora Tohá, yo vivo en una carpa con mi hijo, aquí en la calle Portugal, al lado de la Posta. Somos personas decentes, como usted nos ve andamos limpios, ordenados y somos gente de trabajo, ¿me entiende?, no andamos macheteando y menos nos metemos en leseras como los que echan basura a la calle o andan armando mocha o dejan la cochinateda con botellas y latas vacías en las noches porque eso sí es molesto para los vecinos que viven en casas. Nosotros también somos vecinos, le quiero decir... No creo que usted entienda, señora alcaldesa, con mucho respeto. Le quiero decir que usted es negligente como alcaldesa. Usted está a cargo de esos forajidos, porque no tienen otro nombre, que baldean las calles —donde nosotros vivimos— siguiendo lo que usted manda. Cinco veces me han llevado todas mis cosas, cinco veces me han botado todo:

mi carpa, mi ropa, mis documentos, mis remedios, todo. Usted, señora alcaldesa, me dijo la otra vez que fuera a ver una cosa de un subsidio *pal* arriendo, yo fui donde usted me dijo y me encontré con un portazo en la cara. ¿Por qué? Porque yo vivo en la calle y no cumplo con los requisitos que usted misma tiene y ahora viene aquí a decirnos a todas las personas de trabajo de esta feria que nos quiere escuchar. Usted no tiene una pizca de lo que tenía su papá, lamentablemente. Él entraba en los campamentos, iba *pal* sur, estaba con la gente para explicar lo del gobierno de Salvador Allende. ¡Ah!, y lo último que quiero decirle antes de que se vaya: las personas que vivimos en la calle también votamos, también tenemos educación, pensamos, tenemos opinión de la política. Eso *pa'* que no se olvide, le digo no más.

Este episodio retrata por completo a este hombre que, a sus sesenta años, ha pasado la mitad de su vida en la calle. Cuenta que «vivir en la calle fue mejor que cualquier universidad. Ahí estudié a la gente, a la sociedad, a los políticos, a los presidentes, todos alejados de la gente pobre, sin conocimiento de la vulnerabilidad. Yo, donde puse el ojo, puse la bala. Así supe que las personas que nos gobernarían en democracia iban a ser todos unos ineficientes: Aylwin, Frei hijo, Lagos, Bachelet, Piñera, vuelta Bachelet y vuelta Piñera»². Una capacidad de análisis e interés por los temas del país que sorprende y entusiasma.

Jaime tiene un oficio que coincide con su carácter. Se dedica a reciclar cosas que otras personas no les encuentran valor y las desechan. Él las limpia, las renueva, las repara, las envuelve y las vende como nuevas. Se toma el tiempo y escoge, entre la basura de los edificios cercanos, entre los sacos que le llevan a su ruco, qué es lo que vale la pena darle una nueva vida. «Toda mi vida he cachureado³, mi abuelo me enseñó a cambiar plantas por ropa, pollitos por ropa, pelotas por ropa. Me crié con mis abuelos y con mis papás. Mi abuelo era un hombre así supergrande, cocinaba rico, era ordenado, limpio. Ellos me dejaron todo lo que yo tengo, me inculcaron cómo ganarme la vida, a ser independiente».

Jaime creció en la población Colocolo, en el barrio Matucana, a inicios de los años 70, de donde los desalojaron porque vivían en una toma. De ahí se los llevaron a la comuna de La Granja, en la avenida San

Gregorio, donde les dieron una casita chica en la que aprendió casi todo lo que sabe. Es el menor de 12 hermanos en una familia que vino del campo en Maule a vivir a Santiago en los años 50, instalados a orillas del río Mapocho buscando mejores oportunidades. Sus papás trabajaron en muchas cosas para parar la olla y el ambiente familiar, que recuerda como cariñoso, dio a luz a un grupo de hijos interesados por el país más allá de las fronteras de su propia familia. Quizás por eso seis de sus hermanos fueron militantes de izquierda, quienes con el golpe cívico-militar sufrieron similares consecuencias que la mayoría de las víctimas de la última dictadura chilena.

Jaime muestra orgulloso una foto enmarcada donde aparecen los catorce miembros de su familia paterna, quedan muy pocos, dice, va contando uno a uno el paradero de sus hermanos: algunos en el exilio, otros retornados, uno ejecutado. A los 16 años ya militaba en las Juventudes Comunistas, pese a que su mamá se opuso. Le daba miedo que su hijo chico, el concho de sus amores, se arriesgara igual que sus hermanos en el violento ambiente de aquellos años. «Se me grabó para siempre la rabia que me daba saber que se encontraban muertos al lado de donde vivíamos y salía *Pinocho*⁴ en la tele diciendo que el país estaba en paz y en orden».

La madre anticipó que Jaime sería detenido durante una protesta, por lo que le rogó para que no fuera. Trasladado a un centro de detención donde fue torturado durante diez días. «Me pusieron electricidad en la cabeza, en el pecho, en las tetillas, en los oídos, en los genitales. Amenazaban con matarme. En las heridas de bala que tenía en las piernas me untaban ají picante. Fue tortura física y psicológica. Fui vejado, humillado, inmovilizado, torturado». Se descubre el brazo izquierdo y muestra las consecuencias de su detención: un brazo torcido con marcas de cortes y quemaduras que casi 50 años después aún son visibles. «Esa fue la última vez que fui a protestar, a encender neumáticos. Ahora veo que fue inútil todo lo que hicimos». Cuenta que la brutalidad de esos días lo alejó para siempre de la militancia. Decidido a sobrevivir, salió de Chile algunos años después gracias al apoyo de una de sus hermanas. Primero fue Argentina, luego Perú, Colombia y a la vuelta se fue a inscribir en los programas de empleo de emergencia

donde conoció a su esposa, tuvo hijos y, después de una infidelidad de su mujer, salió de su casa, «totalmente decepcionado de la vida». Desde entonces deambula por las hospederías del Hogar de Cristo, la calle, las casas de acogida, la calle, las hospederías comerciales y de nuevo la calle.

Alex Valenzuela, de 53 años, director de la Hospedería Padre Lavín en el tradicional Barrio Yungay, ha recibido y conocido a miles del mundo de la calle: «Jaime es un amigo que la vida me regaló en este trabajo. Le conocí hace 25 años, ya viviendo en la hospedería. Saber de su vida en Colombia, venía llegando en los años 90, había vivido en los carteles de allá, decía que había sido sicario. El vínculo se empezó a generar, pues me iba a dejar a la micro todos los días y ahí nos fuimos conociendo. Con decirte, por ejemplo, que Jaime, cuando falleció mi mamá en 2015, fue al velorio y estuvo toda la noche con nosotros; fue como parte de la familia. Es un tipo que no es ganancial, que no se acerca a ti para conseguir algo; los vínculos que él genera son con la honestidad y el cariño con el otro», recuerda emocionado.

Siempre pendiente de sus seis hijos, quienes lo nombran «el papi Jaime», lo llaman y se mantienen atentos los unos de los otros. El único que vive con él ahora es Fabián, de 31 años, a quien adoptaron con su pareja hace 13 años en la misma calle.

—¿Dices que lo que más te ha gustado en la vida es ser papá?—, pregunta Fabián.

—Sí, jamás en mi vida me voy a olvidar de dónde vengo, que a mí me cuidaron. A mí me ponen a un ser humano, a un ser viviente en la mano y lo crío igual, aunque no sea nada mío.

—Hoy en día nadie se hace cargo de nadie, no tengo palabras para contar cómo ha sido mi vida con él.

En el año 2018 viven en un ruco justo en el alero del Estadio de la USACH, casi al lado del retén de Carabineros en General Velásquez. Ahí se sienten seguros, tienen un permiso que les dio Millaray Manquelipe, una funcionaria ministerial «que se diferencia

de otra gente porque ella tiene corazón; es una excelente persona, luchadora por los pobres, se nota que tiene vocación por gente como nosotros». Jaime es conocido por las instituciones que están en terreno en la pandemia. La muni los pasa a ver seguido, les deja abrigo y Gladys Muñoz, jefa de la oficina municipal de calle, les ayuda para que postulen a un programa para la vivienda.

En estos años Fabián ha sido su hijo y él su papá. «Llevamos trece años criando a alguien a quien aprendí a querer como si fuera mi propio hijo. La primera vez que lo vi en la calle, le dije a la Anita, «mira este niño, anda como bola guacha, come con las manos, anda sucio». ¿Cuántos casos usted conoce de gente como esa feriana que sacó al cabro de la droga porque la familia se había aburrido de él? El cabro se casa, tiene hijos que son los nietos de esa mujer que no siendo nada, quiso ser su mamá. Chile está hecho de esos casos, que al final son una elección. Nosotros cuidamos de otras personas, eso es Chile. Ahí tiene usted el caso de los niños que está criando Rodolfo Carter⁵».

Fabián nació en Temuco, fue raptado a los dos meses por su padre y su abuela, hecho que fue denunciado por su madre, quien lo cuidó hasta su muerte cuando él tenía recién 12 años, dejándolo al resguardo de una de sus hermanas. Su tía Isabel «era una mujer mala, me maltrataba, me encerraba, no me daba comida si yo me portaba mal y tenía una pareja que hacía lo mismo». En ese ambiente hostil huyó a los 17 años desde Rancagua y comenzó a deambular en la capital, donde conoció a Jaime y Anita, quienes dormían afuera del Hospital San Juan de Dios. Con ellos pasa algún tiempo, con la pareja aprende a trabajar como cuidador de autos, fiscalizador del Transantiago, panadero, aseador, cocinero, temporero y también otros oficios. Mientras tanto, se motiva para terminar sus estudios y en la escuela de adultos «le dieron pasta base con marihuana y de ahí subió y no bajó más». Al parecer, en su caso, es la droga lo que detonó algunos problemas crónicos de salud mental que tiene controlados, pues va al centro de salud, tiene un fuerte esquema farmacológico y ha logrado salir de algunas crisis que incluyen alucinaciones y episodios depresivos.

«Nosotros conocimos a Fabián el 15 de enero del 2010, iba recién a cumplir 18 años. Él tiene un padre, Guillermo, que lo vino a reconocer recién a los 27 años, él tenía mucha rabia con su papá, pero yo le expliqué a él que por muy malo que hubiera sido, o si tal vez lo abandonó, seguía siendo su padre, que los padres deben tener una oportunidad, que su madre Alicia también tuvo una oportunidad para que él entienda cómo fueron las cosas».

«Hemos pasado de todo en la calle, aquí no se sabe quién es quién. Hay que saber protegerse y yo lo protejo a él, todos saben que él es mi hijo, a veces hay que salir a pelear, si usted no cuida su dignidad, pasa cualquiera, te pega, te quieren robar y eso que antes te llevaban preso por vivir en la calle por eso yo vivía en las salas de espera de los hospitales, había doctores que te llevaban cosas, a los que les lavabas el auto, los que te invitaban a pasar la Navidad con ellos, gente que aún conozco. Yo le digo a Fabián que tiene que cuidarse y seguir adelante a pesar de todo, yo he seguido adelante después de tantas cosas, usted sabe cómo está la vida ahora».

Me quedé pensando en esta historia durante varios meses. Volví a conversar con Jaime y los encontré cada vez alegres, activos para montar su puesto en la feria, con planes, llenos de compromisos con ellos mismos. La suma y resta de algunas vidas podría no ser exacta, pero sí puede ser perfecta. Hay varios detalles de esta historia y de las otras que no recuerdo con exactitud. A veces, ellos tampoco. Con paciencia voy recuperando un coro de voces vivas y otras interiores que alumbran episodios de seres inmensos, admirables y completamente humanos.

[Notas]

- 1 Carolina Tohá es una política de la centroizquierda chilena nacida en el año 1965, militante del Partido por la Democracia y en el relato fue elegida alcaldesa de la comuna de Santiago de Chile entre los años 2012 y 2016.
- 2 The Clinic (2020, 22 de febrero) «Jaime Astudillo vivió 29 años en la calle: “Siento que está llegando la hora de la igualdad”».
- 3 Objetos desechados variados, en su mayoría considerados inútiles.
- 4 Se refiere al militar y dictador chileno Augusto Pinochet Ugarte que ejerció la jefatura de Estado (de facto) entre los años 1973 y 1990.
- 5 Se refiere al actual alcalde la comuna de La Florida, un sector ubicado a unos diez kilómetros al sur del centro de Santiago.

Eduardo y Lupercio

Durante la mayor parte del año, las ciudades del sur de Chile son frías, inundadas por una luminosidad única que abraza cada esquina. El verdor se despliega en todas direcciones, entre el musgo, las raíces y los reflejos que atraviesan la lluvia. Él tiene ojos tristes, está erguido y bien sentado en la cabecera de un comedor de madera gruesa rectangular. Una casa con patio delantero en una población de Osorno¹, es el sitio perfecto para aquel encuentro. Eduardo, de 53 años, se acomoda, cruza sus manos morenas, arregla su pelo casi ralo, carraspea y pregunta desde cuándo quiero que comience a contar. Traga saliva y se prepara para traer desde atrás, desde muy atrás, algunas imágenes que comienza a relatar como si fueran sueños de los que se despierta asustado, sin saber bien si se sigue durmiendo o se está en vigilia.

A unos metros brilla el fuego, cautiva el calor una estufa de combustión lenta, de esas que siempre están encendidas en esa zona del mundo. A un costado un tendedero con ropa perfectamente ordenada esperando secarse. Una tele prendida con un ruido de fondo a la que Eduardo a veces mira de reojo. Su mirada transita entre el aparato, mis ojos y los de Gerardo Bello, un educador social del Hogar de Cristo que conoció hace 37 años, con quien se

reencontró hace cinco y que lo acompaña hace tres años para ser, apoyo, fortaleza, oreja y vínculo para no volver a la calle.

En esa casa viven dos. Son una familia hace mucho tiempo. Eduardo y Lupercio se conocieron en el año 1996 en el penal de Osorno, que existe desde 1939. Actualmente, allí se agrupan más de 400 personas en procesos penales, transitorios o definitivos. Ellos forman parte del grupo de personas sin hogar que han estado en alguna de las 87 prisiones chilenas o que tienen antecedentes penales en su historial. Aunque parezca contradictorio, la cárcel es para muchos un lugar que se aprovecha para ordenarse, para volver a tener una rutina al encontrar un espacio físico y mental donde se vive ese tiempo en la sombra.

Escucho queriendo abrir los poros de todos los sentidos, pues el relato describe varias vidas como si fuera una sola. Eduardo nació en Frutillar. Es el hermano mayor de tres, el mismo que siendo muy chico lo mandaron a vivir con su abuelo Antonio después de la separación de sus padres. Los recuerdos que guarda son borrosos; solo evoca el tiempo en que de niño se quedaba solo en esa casa durante varios días, ya que su abuelo salía a beber alcohol. Quizás por eso, cuando terminó la enseñanza básica y con 13 años, buscó trabajo en el raleo² y la cosecha de la remolacha que por ese tiempo fue un cultivo masivo y rentable que llenaba los campos sureños.

Cuando pregunto «¿cómo están?», me responde con un contundente «aquí estamos batallando», seguido de una sonrisa. Después de todo, parece que ese es un axioma vital que lo sostiene. Eduardo es un niño casi huacho³; aunque tiene padre, no tuvo relación con él y es el único de la familia que recibió su apellido. A los 17 años, salió de la casa con destino a Osorno, donde su tía Marta lo recibió por un tiempo corto. Su primer trabajo en la ciudad fue en un restaurante como mozo de casa: hacer el aseo, secar la loza, entre otras labores. En sus palabras: tuvo un patrón terrible, alcohólico, bajo unas condiciones casi de esclavitud. Duró una semana antes de renunciar. En la casa de su tía «se echaron a perder las cosas», por lo que salió de ahí para arrendar una pieza. Trabajó en un hospedaje de noche donde también duró muy poco.

En ese tiempo existían unas oficinas privadas especialistas en llevar mujeres jóvenes sureñas a trabajar como empleadas domésticas a casas de la capital. Allí se ofrecían además otros trabajos variados en la zona. Eduardo aún no cumplía los 18 años. Recuerda que la encargada le dijo que había un trabajo como ayudante de cocina en Quellón, pero que no recibían menores de edad. Así y todo, Eduardo fue al retén policial a conseguir un papel donde autorizaron su traslado como trabajador. Le brillan los ojos cuando dice que al mes ya fue el responsable de la cocina. Aunque tampoco pasó mucho tiempo, le gustó ese trabajo, pudo aprender.

De vuelta en Osorno escuchó un aviso de radio donde se invitaba a presentarse a jornaleros para trabajar en la cosecha estival del centro del país. Esa madrugada había más de 100 personas esperando en la estación de trenes. Un coche del tren, atiborrado de sureños, los encaminó a la cosecha de frambuesas. En la llegada al Maule fueron apiñados en la parte posterior de algunas camionetas para viajar varias horas hasta una localidad cercana a Molina. De la cosecha de frambuesas pasó a las uvas, de las uvas pasó a las manzanas y, bueno, después de unos meses la cosecha se puso mala. A los 20 años, Eduardo volvió por tercera vez a Osorno para empezar de nuevo.

Esa fue la primera vez que durmió en la calle. Pasó un tiempo y comenzó a «meterse en leseras» hasta que lo arrestaron. Conoció la cárcel y se quedó allí tres años hasta que salió con libertad condicional, o «condi», como dice. Las manos de este hombre están inquietas cuando habla, aunque no las mueve mucho, se concentra, respira lento para describir cómo, dentro de esa antigua cárcel de Osorno, se hizo de un trabajo. Llegó a ser reconocido como «el rey de los cueros». Como talabartero experto, ganó fama dentro, pudo ahorrar. Es en aquel encierro cuando conoció a Lupercio, su pareja y compañero de los últimos 30 años. Lupercio Antonio Vergara Maldonado, de 54 años, oriundo de Viña del Mar, es un año mayor que Eduardo y tiene una destreza en el arte de curtir la madera difícil de encontrar por esos lares. En ese penal alguien administraba un local del mercado municipal donde se vendían fuera las cosas que los reos producían dentro. Este tipo de programas es, quizás, la manera tradicional que tienen los penales en Chile para colaborar

con la ocupación de los privados de libertad y posibilitar que puedan ahorrar mientras tanto. De lo contrario, el día de la libertad no hay una llave en sus bolsillos que abra ninguna puerta, de ninguna casa, con ninguna familia. En Chile se estima que anualmente regresan mil personas del sistema carcelario, de las cuales un 50 % está en riesgo de llegar a la calle.

Durante ocho años, Eduardo visitó a Lupercio todas las semanas, para conversar, para llevarle comida, ropa, artículos de higiene, lo que necesitara. El año 2004, Lupercio, después de 13 años, salió con su condena cumplida. En el medio libre las cosas se pusieron difíciles y, aunque fuera predecible, las andanzas para sobrevivir los dejaron otra vez a ambos detenidos y trasladados a la lúgubre cárcel de Chin Chin, en la ciudad de Puerto Montt. Eduardo recuerda el lugar como sinónimo de verdadera miseria y oscuridad. Incluso cuenta que había semanas en las que no distinguía el día de la noche. Un gendarme que los conocía les echó una mano para sacarlos de ese lugar «que parecía un basurero». Esta vez Lupercio salió primero.

Afuera se encontraron con la familia de Lupercio, en Calbuco, donde consiguieron empleo como constructores para un pastor evangélico. Este pastor acondicionaba galpones con habitaciones para arriendo. Eduardo hace memoria para contarme que en ese tiempo le pagaban mil pesos por día porque el jefe «era supertacaño, el hombre». Con decir que para las fiestas patrias les entregó un aguinaldo de dos mil pesos⁴ con los que no les alcanzaba ni para la micro. Y como es la vida, caminando se encontraron un billete de 20 lucas y con eso celebraron aquel 18 de septiembre. Con esas 20 lucas se comieron unas buenas empanadas.

El 20 de mayo del año 2011, un diario local publicó una noticia que ha sido, sin pensarlo, una piedra de tope para avanzar hacia un mejor futuro de ambos: «Hasta altas horas de la noche se extendió el procedimiento de Carabineros de la Tercera Comisaría de Maullín, del Retén de Olmopulli y de la Sección de Investigación Policial (SIP) para lograr la aprensión de dos peligrosos delincuentes que intentaron huir por el sector rural de Puelpún disparando contra los funcionarios policiales. Se trata de Eduardo Ramiro Millán

Epuyao (40 años) y Lupercio Antonio Vergara Maldonado (41 años) ambos provenientes de la ciudad de Osorno»⁵.

En esa época andaban trabajando juntos, siempre juntos, esta vez en la cosecha de papas. Se fueron a «un campo perdido en el sur» arrancando de una causa pendiente por porte de armas. En el lugar les pasaron una ranchita para vivir y, por ayudar a un amigo que estaba en situación de calle, se les metió a robar a una de las casas que cuidaban, que además era de un carabinero. Allí es donde vivieron un episodio de proporciones. Eduardo lo recuerda con el entrecejo apretado. Casi los mataron a golpes. A pesar de que el fiscal pidió 30 años, el juez decidió darles menos tiempo, por lo que compartieron una celda cerca de los baños, un lugar complicado en la cárcel. Esto ocurrió en el nuevo centro penitenciario «Alto Bonito»⁶.

La relación entre la vida en calle y la cárcel es de ida y vuelta: las personas sin hogar tienen más posibilidades de ser encarceladas que la población general. Además, la falta de programas adecuados para reintegrarse a la sociedad y la ausencia de alojamiento tras cumplir sus condenas aumenta la probabilidad de que los liberados terminen nuevamente en la calle. Varios estudios internacionales respaldan la reducción de delitos, prisión y arrestos al proporcionar una vivienda. Es fundamental entender este punto para apreciar de dónde vienen los costos que la sociedad asume cuando se mantienen personas viviendo en las calles de sus ciudades.

En el año 2019, el Ministerio de Economía calculó que los costos anuales por cada persona que vive en la calle eran de 7.026 dólares en promedio. Este cálculo incluyó un 43 % en hospitalizaciones, un 39 % en gastos de cárcel y un 18 % en programas de asistencia. Ese análisis incluyó también el registro de ingresos al sistema penitenciario por parte de las personas que viven en la calle. Entre las personas entre 35 y 49 años, más de un 69 % tuvo ingresos a alguna unidad penal; así también, entre la población más joven —entre 18 y 34 años—, dicho porcentaje alcanzó un 59,8 %; finalmente, para la población mayor de 65 años la proporción que registra ingresos es considerablemente menor⁷. Los hallazgos de este estudio coinciden con los internacionales: no resulta claro si la vida en la cárcel se

da justo antes de la vida en la calle (como una causa directa); o bien la vida en la cárcel, aunque se da antes que la vida en la calle, no se relaciona con ella de manera directa (siendo un factor entre otros); o bien, finalmente, si el ingreso en prisión se da mientras la persona ya tenía una vida en calle (pudiendo llegar a ser una de sus consecuencias).

Los datos únicamente hablan de promedios, dejando fuera casos excepcionales como los de Eduardo y Lupercio, quienes, pese a lo imperativo de las estadísticas en contra, tienen una experiencia de rearme existencial tremenda. En su travesía por distintos centros como el de Alto Bonito, su buen comportamiento les valió para ser trasladados a espacios para aprender oficios. Allí, Lupercio se hizo maestro en la artesanía del alerce, mientras Eduardo se dedicó al arte de tejer redes para la próspera industria salmonera, que en aquellos días estaba floreciendo. El tiempo pasó y, con él, nuevas oportunidades. Lupercio cumplió condena el año 2016 y comenzó a trabajar en el área de mantenimiento eléctrico y ayudante de carpintero. Eduardo permaneció en la cárcel como ayudante en la cocina: fueron los inicios de su carrera como manipulador de alimentos. Esta capacitación le ayudó a conseguir trabajo al salir del centro penitenciario en un casino de Sodexo⁸. Sin embargo, cuando llegó el momento de renovar el contrato, su jefe le comunicó que no podía continuar, ya que, al buscar en Google, encontró el artículo de prensa sobre su pasado y, según la empresa, personas con ese tipo de antecedentes no podían formar parte de su equipo.

Otra vez a empezar de nuevo. Eduardo se empleó en la producción de redes, llegó a ser jefe de cuadrilla hasta que el salmón comenzó a ser una industria a la baja, por lo que viajaron a probar suerte a la Región de Aysén, en el extremo sur chileno. No les fue bien allá, por lo que a inicios del año 2018 retornaron a Puerto Montt y se volvieron a quedar en la calle. Una ruca en el mar, hecha de zinc viejo pegado a las rocas, fue su casa durante más de un año. En aquel invierno crudo, consiguieron comer con lo que da la playa; sin trabajo y sin plata se levantaban al alba y a marisquear se ha dicho. La crudeza de esos días y la certeza de haber llegado al límite los llevaron de nuevo a Osorno, donde pasaron las noches

bajo un puente en las afueras de la ciudad, cerca de otras personas en circunstancias parecidas.

Gerardo recuerda los días en que los encontró bajo aquel puente. Le llamó la atención lo impecables que estaban, la ropa limpia, siempre arreglados, todas sus cosas en un orden poco común en el país de las carpas. Eduardo trae a su memoria esos días como la culminación del agote, no podía creer que no encontraran trabajo y que vivieran en esas condiciones, que para ellos no era normal porque siempre donde habían ido, ahí mismo se les abría una puerta. Fue su idea la de ir al municipio a pedir ayuda. Los atendieron de maravilla y casi de inmediato ya dormían bajo el techo de una hospedería donde se hicieron parte de las labores diarias. Con ese empujoncito pasó poco tiempo hasta que arrendaron una pieza.

La casa donde viven ahora es parte de un programa del Hogar de Cristo que les permite proyectar un negocio de comida rápida, pues siempre ellos tienen planes. Se distinguen del resto porque siempre están juntos y tienen planes. Toda una fórmula de vida para dejar juntos la vida en calle, pues realmente nunca se han abandonado el uno al otro, nunca han dejado de trabajar para lograr lo que se proponen.

A mediados del año 2023 estaban tramitando una herencia familiar de Lupercio que, como dice Eduardo, les permitirá irse a vivir al campo, tener su casa, ahorrar y surgir. Cuando le pregunto por qué llevan 30 años acompañándose me cuenta que jamás se han insultado, que eso les mantiene la fe y la salud. Él está convencido de que, para dejar la vida en la calle, debes haber alcanzado un punto dentro de ti mismo en el que sientes la necesidad de cuidarte, de lo contrario, la única alternativa es la muerte.

Gerardo imagina el futuro de ambos como un paisaje lleno de proyectos, pues dice que ellos siempre tienen algo que hacer. Mientras describe cómo los volvió a encontrar en esa choza al lado del río, insiste en que es común que los rucos de la zona estén llenos de barro, de basura, con la gran mayoría de las personas descuidadas en su higiene y presentación personal. Reflexiona acerca de la posibilidad de que los años de encierro, de rutinas violentas, de

horarios forzados, lo hicieron soñar mucho tiempo con el ruido de candados y de fierros. Quizás ese fue el escenario para no ser un «vikingo», el nombre que se le da en prisión a aquellos que viven en el desorden y la suciedad.

Después de varios años también recluido, Gerardo llegó a trabajar al Hogar de Cristo como monitor social acompañando a otros hombres que tomaron el camino a la calle, a veces, como la única opción disponible. Esa experiencia compartida es esencial para tener empatía «con alguien que en tu peor versión te tiende una mano en un medio tan hostil como la cárcel o la calle».

Ya es tarde y el celular de Eduardo suena fuerte. Contesta y es Lupercio al otro lado reportando los avances en las diligencias que hace en Calbuco. Se ponen de acuerdo para cocinar algo en la tarde, otro día más en que irán a buscar eso que anhelan. Estoy segura de que van a encontrar juntos la manera de lograrlo.

[Notas]

- 1 Osorno es una ciudad ubicada a casi 920 kilómetros al sur de Santiago de Chile y tiene un poco más de 162 000 habitantes.
- 2 En agricultura se denomina así al proceso que consiste en reducir la densidad de plantas en una siembra para permitir que las que quedan crezcan con mejor vigor y calidad.
- 3 Sinónimo de persona huérfana o sin padre conocido.
- 4 Mil pesos del año 2004 corresponden a 1,76 dólares americanos, por tanto dos mil pesos eran 3,47 dólares.
- 5 Soy Puerto Montt (2011, 20 de mayo) «Detenidos en Maullín dos peligrosos delincuentes osorninos».
- 6 Este centro penitenciario es parte de los que, a partir de 2005, forman parte de un sistema de cárceles privadas que complementa las instituciones penitenciarias estatales. Esta nueva red atiende a cerca de un 35 % de la población penal mediante una concesión otorgada a una entidad privada, adoptando un modelo mixto: la Gendarmería de Chile se encarga de la custodia, mientras que la empresa concesionaria asume la intervención psicosocial y la prestación de servicios a la población penitenciaria.
- 7 Impacta (2019) «Estudio de factibilidad de la implementación de un Contrato de Impacto Social para la Superación de la Situación de Calle» (p.108).
- 8 Sodexo es una empresa multinacional dedicada a la entrega de servicios en distintos rubros, incluida la alimentación corporativa.

Rosa e Ignacio

Ella tiene la gracia de las luciérnagas, parece brillar en cualquier contexto, se mueve con agilidad como una ardilla juguetona, la calle le regaló la astucia de un leopardo en la selva, una alegre observadora de todo, una especie de radiante presencia. Él tiene la calma de un lago al atardecer, es grande como un campo sembrado de trigo, siempre mira de frente, uno pareciera estar a salvo con alguien como él. Ella se llama Rosa Ester Palma Santibáñez, tiene 60 años y parece que tuviera muchos más. Es bastante probable que siempre recuerde el día en que la conocí.

Empezaba la pandemia del coronavirus en Chile y las calles se vaciaban poquito a poco. En el norte de la ciudad, varios rucos permanecieron incólumes a cualquier aviso de resguardo, pues no había cómo «quedarse en casa» cuando vivías en la calle¹. Hubo sospechas de que algunos de ellos eran los grandes portadores del virus. Los vecinos se alejaban mientras la familia de la calle se acompañaba como podía.

Rosita ordenaba y volvía a ordenar todas sus bolsas dentro de la pequeña choza en la comuna de Conchalí. No fue difícil llegar a ella, hablar con ella, reírse con ella, escuchar sus historias, observar cómo se movía esta menudita mujer que ya tenía más de 50 años en la calle. Podía cambiar de ánimo fácilmente, pasando de estar

riendo a sentirse molesta e incluso llegar a ser brusca para proteger su espacio. A pesar de eso, ella es quien escuchaba a muchos vecinos que necesitaban ropa, un lugar donde dormir o algo para comer. Se hacía querer en el barrio, todos la conocían y hasta los «pelaos» que hacían el Servicio Militar en el regimiento logístico N.º 1 le llevaban comida rica para regalársela.

En la escena, una improvisada vivienda hecha de cartones y desechos, una mesa larga de plástico amarillenta al aire libre con sillas dispares y a su alrededor un cuánto hay de cosas que iba juntando por aquí y por allá.

Desde el fondo aparecieron unos ojos negros formidables. Era Ignacio, a quien Rosita cariñosamente llamaba «mi Nacho» quien, hasta hace unos meses, vivía en una casa del mismo vecindario con sus hermanos y su madre enferma. Dijo que en esa familia su lugar era como la oveja negra, que después de equivocarse lo alejaron de las celebraciones y de las decisiones.

Él paseaba por el sector y una tarde la conoció. En cada encuentro un poquito más, una palabra dulce, un aliento, una risa, una sensación familiar que iba creciendo. El día en que lo echaron de su casa, Rosita le dijo que «donde cabe uno caben dos» y desde ahí que están juntos. Tienen edades cercanas, aunque a lo lejos él pareciera menor. De cerca, ella es la «niña fundía y regalona» que los instala en una relación de cuidado como pocas que he visto en mi vida.

Hace unos años, Rosita sufrió una hospitalización debido a la ingesta de comida contaminada con veneno para ratones; «una maldad», dice. Tras recuperarse, él estuvo presente para cuidarla y adaptarse juntos a la nueva realidad. Con el tiempo, se acostumbraron a esta nueva vida: trabajando en los semáforos, cocinando juntos, enfrentando a los funcionarios municipales que intentaban desalojarlos y cuidando de «Cototito», el apodo que le dieron a la bolsa de colostomía que Rosita lleva desde entonces.

Hace poco murió la mamá de Ignacio, vendieron la casa familiar y le llegó una herencia. Con esa plata piensa pagarle la operación a Rosita para que le saquen a «Cototito», por lo que ahora andan

cotizando los exámenes y los trámites a seguir para lograrlo. Es otro de los pasos que han ido dando juntos desde que se conocieron.

—Yo te voy a pagar la operación, *guachita*— le dijo él, mirándola con esos enormes ojos negros.

—¡No te creo! Ya *po'* ¿*estay lesiando?*

—Es un regalo de mi corazón *pa' ti*, en serio. Si esa plata que yo recibí tiene que ser *pa'* algo *güeno*.

—No *po*, no te creo, después me lo *vai* a sacar en cara, oh.

—*Pa'* mí no es nada *pa'* todo lo que tú me *hay da'o*.

«Yo le tomé buena al Nacho y él empezó a tener problemas en su casa y lo echaron, a mí me dio pena, así es que lo admití en mi rancho. El hombre se porta un siete conmigo. Yo siempre he sido yo, yo, yo no más, a mí no me manda nadie, yo soy loca. Una vez le pegué un combo y me quiso levantar la mano, pero no alcanzó y nunca más. La amistad de nosotros es como matrimonio, hay veces que estamos en la *güena*, otras que me manda al diablo y después que sírveme té *pa'* acá, sírveme té *pa'* allá. A veces le cierro la puerta y le digo que no me moleste ni nada. Él se va y yo sigo diciendo cuestiones y cuando me doy cuenta no sé cuánto rato que estoy hablando sola, ahí me da rabia de nuevo y sigo refunfuñando», cuenta ella riendo.

«Antes de conocer al Nacho estuve viviendo en Mapocho, en el canal de Independencia, en la Alameda, en la Estación, he vivido en todos lados un poquito. Yo creo que nací en San Miguel. Me crie solita, sepa Dios dónde vivía, pues se me arranca la memoria, parece que en Barranca con mi abuelo Cachorro. Arrendábamos un pedazo de suelo donde ellos pusieron una pieza de madera. Yo me crie al *lotijuai*, ellos eran muy enojones, mi mamá me pegaba mucho, yo me empecé a arrancar de la casa a los ocho años».

«Dormía debajo del puente Manuel Rodríguez, éramos hartos cabros, eso sí, mandábamos a los viejos a buscar neoprén² y aspirábamos neoprén». «La cucharada de neoprén se vendía descaradamente a 10 pesos, incluyendo la bolsa», recuerda el hoy analista del Área

Niñez de la Secretaría Regional de Desarrollo Social, Ricardo Torres, de 58 años, refiriéndose a esa bolsa por la cual muchos niños y adolescentes de extrema pobreza perdieron la vida en la década del 80 del siglo pasado, cuando la inhalación de neoprén o solventes volátiles se convirtió en la manera de paliar el hambre, el miedo, la ansiedad en las poblaciones»³. «Ahí me sentí libre, nadie me mandaba, no me pegaban». «Formábamos una sociedad muy singular. Lo compartíamos todo: perro, choza, miseria y risas... creo que conscientemente dividí a la humanidad en dos sectores claramente delimitados y diferentes: lo que estaba más allá del puente y esta sociedad que vivía bajo el puente que me proporcionaba, a su modo, lo que explica y justifica la vida: el afecto, el compañerismo, la comunicación y la solidaridad. En una palabra: el amor», así es como explica Alfredo Gómez Morel la vida en los grupos de niños de calle a principios del siglo xx en su obra *El Río*, publicada en 1963. En otras palabras, «estaba claro: teníamos que apandillarnos o morir», dijo Gabriel Salazar hace más de treinta años en su libro *Ser niño huacho en la historia de Chile*⁴.

«¿Sabe qué?, a mí me hubiese gustado tener hermanos a mí, pero no tuve. A lo mejor mi vida hubiese sido de otra forma». En ese momento ella comienza a llorar, llora mucho y ya no puede seguir hablando.

«Yo soy de armas tomar, peleo *a puñalás*. Me he *criao* toda la vida sola, es una forma de defensa personal, yo jamás me he puesto un vestido, toda mi vida pantalón, *jockey*, que me dijeran que era niño era *güeno pa' mí*, era una protección. Por eso a mí me cuesta mucho tener hombre, no estoy *pa'* vestir santos tampoco, menos a esta altura del partido. Me decían que era maricona y eso era *güeno pa' mí*. A mí me interesaba vivir y sobrevivir, no más».

— ¡Llegaste, papiiiii! Este es mi papi, Nacho. Es bonito, mi Nacho, ¿cree que es feo, mi Nacho? Es chiquitito, mi Nacho— ríe al referirse a un morenazo sonriente de cuerpo fornido que la acompaña con la dulzura que ella esperó quizás toda la vida.

—Cuando la conocí, ella estaba enfermita, yo la cuidaba. Después me tocó a mí, me dio un ACV⁵ y ella me atendía. Yo tenía que haber estado como dos meses en el hospital y me arranqué preocupado por ella el mismo día que me desperté. Hemos pasado las de Quico y Caco juntos, peleamos, nos echamos de menos, pero siempre juntos. Ella es una persona hiperquinética, *trabajólica*, inventora de cosas, una persona muy cariñosa, idiota como ella sola y muy, muy tierna.

—Con Nacho somos uno. Nacho, mírame, somos uno, tú y yo. Él es muy sumiso, caballero, me sabe llevar, es tolerante, paciente y me cuida. Nunca me ha faltado el respeto, nunca se ha pasado de vivo. Yo lo admiro como varón porque aparte me hace caso en todo —se ríe a carcajadas— Él tiene la plata, pero yo mando. ¿sí o no, papá?

—Es *regalona* esta cabrita, fundía.

—Yo estoy en la pieza y le grito «papiiii... ven a sacarme los zapatos», «ahora los papelones, los papelones» —cuenta moviendo las piernas como una niña.

—A veces ella se va a la cocina cuando estoy preparando desayuno, me dice «dame pan» y yo le digo, «¡no!» Se va taimada y después voy y le digo «toma, ahí está el desayuno» y ahí me pone sus caras de coqueta— al mirarse, sonrían.

—Yo le digo que no sé cómo me soporta y él me dice, «yo no sé cómo me soportas a mí».

—Eso sí, es súper fundía. Me dice, «quiero comer esto, esto, esto», no come nada hasta que le hago eso. Salgo a las dos o tres de la mañana a buscarle cositas ricas para cocinarle: pollito, galletas, carne.

El año pasado se inscribieron juntos en una escuela de adultos en Recoleta para terminar la enseñanza básica. Juntos fueron a cada una de las clases y juntos se graduaron. Ahora ya están inscritos para hacer primero y segundo medio. Esa fue idea de Nacho, dice Rosita, «pero ella es la que me lleva», dice Ignacio.

Su rucu es de esos que todos conocen en el mundo de la calle. Vivían al medio de la parada de Dorsal, todos los veían, ruta que pasaba, ruta que los iba a ver. Conocer a Rosita es quedar encantado con su humor y con sus salidas de madre. Además, ella es muy amable con

todos los que la visitan. Así estaban cuando los ingresaron en un programa de arriendo protegido que al principio no fue fácil. Ella dice que a veces le da la «Olguita marina»⁶ y se va del departamento que ahora comparten juntos.

«Vivir aquí es *fome*⁷, uno no puede hacer nada aquí, plantar una plantita, es como vivir artificialmente, a mí no me gusta. Pero yo entiendo que es mi privacidad, que aquí uno nadie le hace nada. Yo echo de menos la libertad, aquí me siento como presa. Mis amigos me dicen que me creo la muerte, que ahora vivo en el barrio alto. Pero no crea que es fácil llegar y vivir en una casa cuando uno no ha tenido nunca casa. Con decirle que hace meses tengo el sueño cambiado, no me acostumbro, en la calle el día es la noche y la noche es el día».

Su rutina ha cambiado, pero siempre se mantienen unidos: Rosita, Ignacio y Pinky II, un perro de la dinastía de los Pinkys, de los que Rosita ha tenido muchos en su vida. Un pequeño animal peludo que los acompaña y que cuidan con cariño. «Nosotros, felices con el Pinky, él no ladra, él no atraviesa ni la calle, ni siquiera muerde, le vamos a hacer un letrero para cuando venga otro perro que diga *¡guau!*, porque no ladra, él, es tranquilo el Pinky. Ese letrero se le ocurrió al Nacho, como va a ser que todos los de la cuadra van a decir *guau guau* y él no. Cuando ladra le aplaudimos, le hacemos fiesta. Ladra muy bajito, tiene problemas de cuerdas vocales y es igual que yo de regalón, por eso duerme a veces conmigo y a veces con Nacho».

—¿Hay *comío* pollo asado con torta, Nacho?

—Ah, no, si no, es mi comida favorita. En cambio, a ti que te den pechuga, pero como te la cocino yo, que no quede seca.

—Oye Nacho... ¡oye Nacho!... a este hay que hablarle fuerte porque no escucha por un oído, y cómo yo soy gritona ni se da cuenta mi Nacho cuando lo reto a veces. Oye Nacho, te dejé un pastelito que me regalaron en tu pieza.

—Ah, sí, ya me lo comí *po*⁸.

—Oye, pero no dejaste ni el cartón, para que no se diga que yo no te regaloneo también.

Así son Rosita y Nacho. Ella es de carne y él de cosas dulces. Esta es la historia de su vida juntos porque cada uno tiene hartas páginas de memorias que rellenar. Ella estuvo en la cárcel unos años, tuvo hijos y los dejó de ver hace mucho tiempo. Él armó una familia y dejó niños por el norte y por el sur. Ellos se vieron por primera vez cuando el mundo estaba horrorizado por un coronavirus imparable, sobrevivieron a una pandemia sin vacunas, con muchos problemas para conseguir comida y para que no los sacaran a la fuerza de su ruco. Lo importante es lo extraordinario de este lazo con un nivel de esmero por la ternura tremendo.

¿En el futuro? En el futuro los imagino risueños, avanzando hacia donde quieran llegar sin los límites que parece imponer la vejez, exentos de lugares comunes.

[Notas]

- 1 Farha, Leilani (Special Relator United Nations Human Rights, 2020, 28 de abril). Nota orientativa sobre COVID-19 «Proteger a las personas en situación de sinhogarismo».
- 2 Pegamento utilizado como droga inhalable y altamente tóxica que desprende vapores que son aspirados por la nariz o la boca.
- 3 El Mostrador. (2023, 8 de septiembre). «Niños neopreneros en los años 80: entre la bolsa y la vida».
- 4 Hace treinta y tres años que Ediciones Sur publicó, en la revista *Proposiciones*, el artículo «Ser niño huacho en la historia de Chile (siglo XIX)», del historiador Gabriel Salazar (n.º 19, 1990). La primera edición de esta obra es del año 2006.
- 5 «ACB», accidente cerebro vascular.
- 6 Se trata de una expresión que describe episodios de asfixia repentinos, inspirada en un personaje famoso de una telenovela chilena de los años 90: Olguita Marina. En la trama, ella abandonaba su hogar de manera inesperada y urgente, sin que nada pudiera detenerla, dejando a su esposo en la cama entre lágrimas.
- 7 Algo aburrido o sin gracia.
- 8 En Chile se asimila a «pues» o, en el caso de Perú, a «pe». Es una expresión muy chilena que describe una forma de hablar de propio del país.

Parte 3. La tierra

«Partieron del polvo, regresarán al polvo, fue una fórmula de arcilla».

Emily Dickinson

Los descartados

Cuando Katherine dejó de ver a sus hijos ya estaba en la calle. No se sabe que fue primero: la calle o el abandono, el abandono o la calle. Al parecer hay grupos de personas que se dan por descartados de la sociedad. Durante un tiempo se esmeró por salir de las drogas, por llegar de vez en cuando a la casa de una amiga, ducharse, dormir, comer. Después creyó que consiguiendo dinero podría acercarse a lo que más quería. Había días en que no conseguía mucho, se angustiaba. Acercarse a los autos que circulaban despacio por el barrio fue al principio como una manera de sacarle provecho a su sonrisa. Con el tiempo vinieron golpes, dolores, drogas desconocidas y escenas que preferiría no haber vivido nunca. Le dolía el cuerpo, la cabeza, estaba mareada y no soportaba los olores fuertes. Fue al consultorio una vez, sacó un número de atención, no se atrevió a entrar. Llamó a su mamá, no se atrevió a hablarle. Durante el embarazo la calle fue una solución, pensó que estaba condenada.

Fidel se levanta temprano, prende la ducha, busca las llaves, toma el ascensor, saluda al conserje, camina al negocio de la esquina y compra el pan. Vuelve al departamento, pone la tetera y saca unos huevos. Toma desayuno, lava la loza, limpia la cocina, ordena su cama, se lava los dientes y se sienta a mirar por el balcón. Hace más de un año que salió en libertad y no ha podido encontrar trabajo.

Ha ido a las obras de todas las constructoras donde trabajó antes, ha hablado con los jefes, ha dejado sus papeles, han dicho que lo llamarán, pero nada. Está seguro de que es por los antecedentes, de que el pasado no se puede borrar. Casi siempre está triste, duerme. Los jueves son diferentes. Se levanta con la sensación de que tiene que hacer algo importante y se arregla temprano para irse a Nuestra Casa¹ donde ayuda a cocinar para irse a la ruta calle, donde trabaja como voluntario acompañando a personas que ahora viven en la calle. Esas tardes se le ve sonriente.

Hace veinte meses que Edinson no toma ni una gota de alcohol. Cuenta que le alcanza para ahorrar, ya no vive al día. Cuando sale al trabajo, se ducha, cuando vuelve, también se ducha. Le da lo mismo gastar mucha agua porque ahora puede pagar. Come lo que se le ocurre y no lo que le regalan. Hace poco, abrió una libreta para la vivienda y pone su platita una vez al mes para que no se le olvide que hay futuro. Aparte, tiene algunas inversiones, como las herramientas más caras que se ha comprado de buena marca: una maleta de gasfitero profesional, un taladro y otras cosas que tiene perfectamente guardadas en sus cajas originales y que transporta con mucho cuidado cuando lo llaman para una peguita. Además, lo contrataron como guardia por algunas noches en un centro comercial: «aunque nadie crea en mí, yo creo en mí ahora, tengo montones de proyectos». A pesar de su nueva situación, cuando quiere comprarse un celular no califica para la empresa que los vende. Le pide a una de las trabajadoras sociales del programa que le preste su nombre para sacar un plan y un aparato que le permitirá tener WhatsApp y redes sociales con los que espera conseguir más pega, sacarse fotos y que no se le acaben los minutos cuando está charlando con su polola Marlene.

A Robert le gustaba cocinar, le ponía de buen humor. Había domingos que se iba a la feria, cargado de frutas y verduras, llegaba a la hospedería a ver si podía colaborar con el almuerzo. Casi siempre había alguien que lo abrazaba y era una fiesta verlo entre ollas, sartenes, aromas y aliños en el único espacio donde era el rey.

[Nota]

- 1 La Corporación Nuestra Casa es la institución que cofundó la autora de este libro y que desde hace 25 años se dedica a acompañar a personas que quieren salir de la calle a través de viviendas comunitarias y es un modelo de encuentro humano en Santiago de Chile. Se puede consultar más sobre este proyecto en la web nuestra-casa.cl

Esteban

Recuerdo haber revisado mi teléfono, apenas aterrizó un avión que me trajo desde Chicago a Santiago hace algunos años. Era Luis, «el Chispa», contándome que nuestro amigo Esteban había muerto y que el funeral sería en dos horas más. Dijo que lo habían encontrado en la pieza donde vivía solo, después de algunas semanas de estar tomando como carretonero, que él no fue a verlo antes, pues no se quería lanzar y que al parecer se ahogó en su propio vómito.

Tomé el taxi a la salida del aeropuerto y me fui a ese funeral en el que estaba una hija que agradeció, algunos amigos y la sensación de estar envejeciendo. Cuando somos jóvenes tenemos menos listas de muertos queridos, nada que nos recuerde la brevedad. Esteban era un hombre grande, con una boca grande que acaparaba las miradas cuando se reía, que ocupaba todos los espacios de la cocina con sabores multivariados y una capacidad de que todo pareciera un espacio calentito como sus porotos con rienda¹.

[Notas]

- 1 Plato tradicional de la comida chilena, hecho con frijoles cocidos, zapallo y fideos.

Robert

Robert nació en la selva peruana en medio del Amazonas. En el año 2020 llegó a vivir a Chile. Anduvo deambulando en la capital, lo asaltaron y luego buscó una hospedería donde alojarse. Estaba a punto de cumplir los cuarenta. Sus compañeros lo describen como una persona amable con todos. Jessica y Tamara —trabajadoras del Hogar de Cristo— lo recuerdan con una complicidad bonita de ver, después de varios años, tras el esfuerzo que hicieron juntas por repatriar sus restos.

Ellas trabajaban en la comuna de San Bernardo¹, cerca de la plaza Guarello, en un barrio que asemeja a una provincia pequeña, donde todas las personas que viven en la calle se conocen y se encuentran allí: los que están solos, como también los que quieren estarlo. En ese lugar, Robert, a quien apodaron *el Pe*, consiguió hacerse de amigos, de alcohol y del famoso *pelacable*², una droga asesina de neuronas que te deja el esófago hecho añicos. Algo barato que te extrae de cuajo la conciencia por un buen rato, un arma que se usa en la calle para olvidar que estás fuera o casi fuera de todo.

En las noches de frío *el Pe* encontró siempre refugio en la hospedería del Hogar de Cristo. Su personalidad hizo de su presencia una buena noticia entre sus pares. Allí conoció a Jessica y a Tamara, quienes se sorprendían al ver a alguien con tanto carisma y calidez

moverse entre la calle y la hospedería; sobre todo en esos años donde comenzaron a aparecer grupos antisociales que atacaban a las personas en situación de calle sin motivo alguno.

En mayo del año 2020, en plena pandemia, los refugios para personas sin hogar implementaron estrictas normas de cuarentena. Si eras un adicto tenías un dilema entre salir a consumir o quedarte para cuidarte. No era fácil, sobre todo si necesitabas ganarle a la ansiedad o tenías un desorden químico que no se resolvía con aguas de hierbas y el apoyo de la comunidad. Así fue como *el Pe*, después de algunas semanas, volvió a dormir en la calle. El resultado era predecible para alguien que había estado hospitalizado por hemorragias internas ulcerosas, dolores recurrentes y la sensación de que el alcohol lo salvaba por un rato de todo... bueno, o de casi todo.

Una mañana lo encontraron muerto dentro de su ruco. Algunos dijeron que la causa de muerte fue un golpe en la cabeza, pero eso nunca se investigó, como muchos de los casos de los que mueren en la calle. *El Pe* corrió la misma suerte que casi todos sus amigos de la plaza Guarello: después de tres años ya no queda ninguno vivo. «Siempre afuera de una puerta o con alguien dentro que no la abrió, o siquiera se enteró, la muerte se ha venido instalando como otro más de los elementos que caracterizan la vida en situación de calle»³.

Cuando Tamara recibió la noticia no lo podía creer, llamó a Jessica y se pusieron de acuerdo para lograr darle una despedida digna, contactar con su familia y ojalá mandarlo al Perú para que descansara en esa selva que él tanto añoraba. Así es como comenzaba un camino en ciernes que duró muchos meses, trámites, colectas y creativas maneras sin dinero de hacer justicia en ese último acto. Buscaron a sus familiares con la ayuda de la fundación, de las policías y del Estado, pues ellas se negaron a creer que *el Pe* seguía estando en un refrigerador del Servicio Médico Legal sin que nadie lo pudiera reclamar.

Hablaron con mucha gente, hicieron una campaña entre los voluntarios de la hospedería, pues sabían que si lo lograban habría que cremarlo para que sus restos llegaran al norte, sanos y salvos. Pasaban las semanas y no había cómo. Ellas dos, en medio de la

pandemia tratando de sacar a un peruano en situación de calle que no tenía papeles ni familia en Chile, haciendo filas y llenando formularios en la sala de espera del colapsado SML⁴, más bien dicho en la vereda externa donde se encontraron con decenas de familiares que buscaban a sus deudos, pues el COVID arrasaba. No les quedó otra que ir una, otra, y otra vez, cada vez más vestidas de zombi como ellas dicen: con trajes celestes, cubrezapatos, antiparras, gorros y guantes, estuvieron esperando muchas horas. Hubo gente que las confundió con el personal de turno, les dio las gracias y hasta las aplaudió por su dedicada labor. Ellas recuerdan esos días como «una misión imposible», porque la respuesta era siempre la misma: no hay ninguna forma que el cuerpo de Robert Alexis Meléndez González pueda salir de aquí si no es con un carné de identidad o con la certificación de su identidad provista por un familiar cercano que pueda acreditar o identificar que ese cuerpo corresponde a Robert y no a otra persona.

En su máxima desesperación, Jessica publicó una foto del *Pe* en redes sociales, armaron una cruzada con los contactos del Hogar de Cristo, y después de unas semanas una persona desde Miami envió un mensaje en el que contaba que era amigo de Robert, que podría ubicar a su hermana en el Perú. Jessica y la hermana de Robert, comenzaron una relación telefónica durante varios meses, tiempo en el cual tuvieron que ir a la Embajada de Perú en Chile y de Chile en Perú para sacar los papeles que les habían pedido.

El día en que Jessica fue a reconocer el cuerpo ya habían pasado meses del fallecimiento, y en esa sala el frío era intenso o tal vez los temblores de su cuerpo hablaban por ella misma. Recuerda que ese cuerpo ya no tenía ojos en las cuencas, que había marcas de golpes en la cabeza y que claramente ya no había rastros de la persona que ella recordaba. El enfermero le dijo que era normal que a los muertos se les hundiera el globo ocular y que se les oscureciera bastante la piel. «Me vas a tener que pagar el psiquiatra», le dijo a Tamara por teléfono al salir. Entre las dos se rieron y trataron de tomar con liviandad lo que estaban viviendo.

Se mantuvieron siempre conectadas con la hermana de Robert. En la despedida, transmitida por videollamada, armaron una ceremonia en la que leyeron una carta emotiva que incluyó un video que compartieron con la familia. Fueron poquitas personas ese día a la capilla de la hospedería, luego caminaron con el ánfora a la plaza Guarello para que sus amigos se despidieran de él. Llegaron al lugar donde algunos hombres ebrios abrazaron el ánfora, emocionados, y otros creyeron que era una alcancía para juntar dinero para el funeral. «Todo fue un chiste», recuerda Tamara. Desde ese día trabajaron para repatriar sus restos a Loreto⁵, su pueblo natal. Un día antes de esa Navidad, Robert Meléndez volvió a los brazos de su familia.

Tres años después, ellas saben que participaron de una «cadena de justicia» para ganarle a la burbuja y a la soledad de la calle. Con todo lo que implicó esa burocracia, Robert pudo retornar a esa familia cariñosa de la que él salió por alguna razón. Ellas sabían que era importante, porque sacar un NN⁶ de la morgue no es tarea fácil, pero con paciencia y contactos se puede. El tema es que, después, llegas al patio común del Cementerio General donde es todo tierra seca en verano, sin ninguna sombra, y un barrial en invierno, donde a veces se instala una cruz blanca provisoria con un número, que tiempo después es removida: ese territorio es de todos los muertos y de ninguno.

En Chile no hay datos oficiales sobre las muertes de las personas que viven en situación de calle. Aunque desde el año 2011 se contabiliza el número de personas que mueren de frío en la calle, uno de los pocos indicadores comprometidos por el Estado chileno para controlar las pérdidas humanas. En efecto, se sabe que en el año 2010 hubo más de 150 personas que murieron en la calle por causas climáticas⁷. En el último tiempo, la cifra de muertos a causa del invierno no llega a los 10 por año, gracias al trabajo dedicado del Estado y de la sociedad civil. Incluso durante la pandemia, personas que viven en la calle se vacunaron menos que la población general. También se contagiaron menos y, si lo hicieron, hubo menos mortalidad entre este grupo en distintos lugares del

planeta. Las causas podrían ser muchas: vivir al aire libre, menos espacios cerrados, menos contagios por contacto, las calles vacías de transeúntes disminuyeron los encuentros, los vecinos se alejaban y únicamente los Carabineros, las organizaciones sociales y algunos funcionarios públicos siguieron yendo a la calle durante ese tiempo.

Los últimos años de la vida de Robert retratan muy bien lo que se sabe acerca los altos niveles de cortisol que mantienen a la población en contextos de estrés, con las defensas por las nubes y con una protección natural a costa del deterioro temprano de muchos de los órganos vitales⁸.

Una reciente investigación estadounidense asegura que «los 50 son los nuevos 75 si vives en la calle», lo que muestra una vez más que las personas en calle se enferman mucho más, de enfermedades más graves y, además, mueren mucho más jóvenes⁹. Varios estudios internacionales afirman que la esperanza de vida se acorta.

A estos motivos personales se les suma lo que pasa en la ciudad. Todo lo que pasa en la urbe puede afectar a quien no tiene techo: la construcción de autopistas, la transformación de los espacios públicos, el surgimiento de centros comerciales, las obras en altura, el comercio ambulante informal, la entrega de nuevas patentes de alcoholes y, sin duda, la presencia del crimen organizado, las revueltas populares y la capacidad o incapacidad de los gobiernos para hacer frente a los problemas de seguridad.

En este panorama, la muerte de alguien como Robert puede pasar sin pena ni gloria a no ser que las organizaciones estén dispuestas a ir un paso más allá. Son «aquellos cuyas vidas no se consideran susceptibles de ser lloradas, y, por ende, de ser valiosas, están hechos para soportar la carga del hambre... y de la exposición diferencial a la violencia y a la muerte»¹⁰.

Este tipo de muertes ha sido titular constante de los medios en distintos lugares del mundo. Una alerta diaria de Google me ha mostrado hace años las malas noticias que rondan alrededor de la calle y de sus habitantes. Hay una preocupación ética y profesional de organizaciones como Hatento, una iniciativa española que reúne los casos de los delitos de odio contra las personas sin hogar. Ellos

afirman que casi la mitad de este grupo ha sido agredido más de una vez, sin denuncias de por medio y sin testigos que actúen para proteger. ¿Cómo murió realmente Robert? ¿Habría sufrido? ¿Por qué no hubo una autopsia? ¿Tenemos un acuerdo nacional robusto que garantice una investigación para todas las causas de delitos violentos? ¿Incluso si las víctimas son migrantes pobres? Algunas organizaciones han discutido las cifras. Al hablar de muerte, creo que las cifras no explican la dimensión profunda que puede tener una sola persona que termina sus días en manos de la delincuencia urbana, que encuentra en las personas en situación de calle las víctimas perfectas para crímenes deleznable y macabros. Duele habituarse a la muerte. Los conflictos en los barrios están cambiando, son las personas en situación de calle, convertidas en soldados narco, en peones del comercio sexual, en hábiles amigos de lo ajeno, en tantas cosas que los mantienen en riesgo vital. Una frontera que transitan las organizaciones que saben bien que el trabajo no termina con la muerte de uno de ellos.

«Cuando muere alguien, en la fundación tenemos buenos vínculos con funerarias que nos ayudan, conocemos la dinámica de lo que hay que hacer, como reclamar los cuerpos en el Servicio Médico Legal, el tema del trámite en los cementerios para la sepultura gratuita y temporal. Hay hospitales que nos llaman para reconocer cuerpos de personas NN, que ya ni en las facultades de medicina las reciben, ya que, por los avances tecnológicos, ya no es tan necesario. Nosotros vamos y nos hacemos cargo de buscar a la familia, porque lo que hace la PDI y Carabineros no siempre es suficiente. En algunos casos, la familia se entera por nosotros y quiere hacerse cargo, pero muchas familias no pueden, no tienen los medios. En otros varios casos te cortan el teléfono, no quieren saber nada del fallecido y entonces buscamos la manera de darles una sepultura digna» cuenta Francisco Javier Román, director ejecutivo de la Fundación Gente de la Calle.

Un día de enero, en pleno verano, me reúno con Francisco Javier en la entrada poniente del Cementerio General para conocer el proyecto que durante años lo tuvo trabajando como hormigueta. Desde lejos distingo la figura esbelta de un hombre con canas

perfectamente peinadas. Su tez morena se destaca entre su ropa en tonos grises y negros, mientras se aproxima con calma, saludando con una voz suave. Con gesto respetuoso, apaga su cigarrillo en consideración a todos los que nos acompañan dormidos en los patios traseros. Me siento en una ceremonia mientras caminamos por entremedio de un paño de tierra con escombros, piedras, flores viejas y tumbas apiladas con datos apenas distinguibles. En la distancia de una cuadra, mientras relata cómo surgió todo, aparece una obra de arquitectura bella y sobria como una mujer en invierno. Impresiona una placa superior calada de lata sobre negro que anuncia «Memorial Mausoleo Dignidad».

Francisco Javier busca hasta encontrar en su mochila negra un manojo de llaves tipo San Pedro que contiene una que abre un portón negro de lata donde cuelga una placa de acero inoxidable con un párrafo explicativo. Una escalera nos lleva al segundo piso, donde se abre un pasillo de unos cien metros de largo por tres metros de ancho. A cada costado, algo que simula ser bancas de cemento intercaladas por floreros negros con placas pequeñas, la mayoría sin grabar. «Un día nos pusimos a mirar cuántos habíamos atendido y descubrimos que, de las más de 1.000 personas, había 222 fallecidos, de ellos la mayoría se había hecho cargo la familia, 88 nos hicimos cargo nosotros, de esos 88, 29 se fueron al cinerario y 59 están en el patio común de este cementerio. En todos esos casos no apareció nadie y si lo hizo no estaba dispuesto o no podía hacerse cargo. Esos 59 cuerpos van a ir pronto al cinerario común y desaparecerán de la memoria de todos, eso es brutal, brutal». Esta misma fuerza estuvo presente en la conversación que sostuve con Thomas Batzenschlager, uno de los arquitectos que creó el proyecto: una capilla abierta que funciona también como mirador con una vista despejada, una especie de calle que recuerda el lugar donde vivían estas personas. «Es un tipo de abandono que se vuelve sistemático, incluso la muerte refleja un problema radical de desigualdad en el acceso al suelo urbano. Esta iniciativa incluyó investigaciones, levantamientos, difusiones y prototipado por parte de la Escuela de Arquitectura UC junto a Grass+Batz Arquitectos, que quiere

resolver espacialmente el problema de morir en la calle como una cuestión de memoria para la sociedad»¹¹.

Durante décadas, este hombre, de 65 años, ha caminado incansablemente por las calles, visitando a cientos de personas en el sector norte de Santiago. La Fundación Gente de la Calle no solo lleva a cabo un trabajo de campo, sino que también se compromete políticamente en la defensa de los derechos humanos. Denuncia los abusos y las injusticias que enfrentan aquellos que viven en la calle, en especial los más ancianos, los más vulnerables, las personas con problemas de salud mental y las personas *trans* que durante décadas han formado una comunidad a lo largo del río Mapocho, en la zona de Recoleta.

El «Memorial Mausoleo Dignidad» es un espacio discreto, amplio, y de arquitectura moderna, construido para acoger los restos de las personas que vivieron en la calle. Los nadie, los invisibles, los cuerpos que no se reclaman, nombrados en cifras por la prensa, olvidados por los hospitales, por los cementerios y, porque no decirlo, por toda la sociedad. El titular de una noticia mencionaba: «Una mujer de 54 años fue hallada fallecida en el sector del Barrio Puerto, en Valparaíso, manteniendo una herida en la cabeza. Según información policial, el hecho ocurrió en el pasaje La Matriz, donde la víctima —una persona en situación de calle— fue encontrada durante la mañana de este miércoles con lesiones y sus vestimentas inferiores abajo»¹². Un relato que deja fuera el contexto, la historia, la vida y los pormenores que saben los que han estado allí por mucho tiempo. Las organizaciones sociales hablan de ese día como «La noche en la que murió Amanda Carrión, mujer de 54 años brutalmente golpeada por su compañero de ruco en el lugar donde pernoctaban en situación de calle». Es la ceguera contra la que se rebela Francisco Javier. Es el motor que le hizo buscar apoyo de abogados, políticos, médicos, empresarios, arquitectos, voluntarios y amigos para construir un espacio de dignidad, tal como dice su nombre, para que el derecho a la memoria de 372 personas se haga virtud en ese sitio, justo al otro extremo del Patio 102 donde en 1994 fue inaugurado el espacio para recordar a las víctimas de la dictadura de Pinochet.

Hay que saber que el metro cuadrado de terreno en el Cementerio General es tan caro como en el barrio alto, por eso reunir los recursos y voluntades para hacerlo posible fue un esfuerzo sustantivo. «La pandemia nos acercó a la muerte. Aunque yo no soy religioso, creo que esto significa trabajar en la espiritualidad y la trascendencia de la lucha social. Queremos reconocer que Chile tiene una historia, una historia de los suburbios que no aparece en los libros, que son vidas, familias completas que nacen, viven, se enamoran, crían hijos, cumplen sueños, tienen dolores. Todo eso, sin memoria, es olvidar a una parte de nuestro país; es como si no hubieran estado aquí. La muerte, que es el patio común de todos, es la conexión, muchas veces, de las familias que esperan que al otro lado los viejos de la calle puedan tener al fin un mejor pasar que en esta vida. Este es un espacio de esperanza. Muchos me preguntan por qué trabajo para los muertos, que me preocupe de los vivos. Yo pienso que este es un espacio para las familias también, un lugar donde al fin se pueden reconciliar, quizás para ese marido, para ese hijo que se fue, que un día desapareció».

[Notas]

- 1 San Bernardo es una comuna ubicada a 18 kilómetros al sur del centro de Santiago de Chile.
- 2 Pelacable es un conocido destilado entre la población en situación de calle, ilegal por su toxicidad. Su precio es muy bajo, pues se vende en bolsas de un litro por menos de un dólar.
- 3 Piña, Leonardo (2020) «Muerte en situación de calle. Un ensayo sobre personas, pandemia y (des) protección» (p. 6).
- 4 Servicio Médico Legal.
- 5 Loreto es una región del Perú cuya capital es la ciudad de Iquitos, situada al noreste del país, en plena Amazonía. Este lugar fue el escenario de la novela *Pantaleón y las visitadoras*, escrita por Mario Vargas Llosa, publicada en 1973.
- 6 Las iniciales «NN» se usan comúnmente con el mismo propósito y provienen de la expresión latina *nomen nescio* (literalmente «desconozco el nombre»). En español suele interpretarse como *ningún nombre* y en inglés como *no name*. Se refiere a la identidad de aquellas personas vivas o muertas que no cuentan con papeles de identidad.
- 7 DIPRES. (2015). «Informe Final de evaluación, Programa Noche Digna», Ministerio de Desarrollo Social, Subsecretaría de Servicios Sociales (p. 14).
- 8 Arranz, Lorena, de Vicente, Aída, Muñoz, Manuel, De la Fuente, Mónica. (2009). «Impaired Immune Function in a Homeless Population with Stress-Related Disorders».
- 9 Brown, Rebecca. (2022). «Factors Associated With Mortality Among Homeless Older Adults in California: The HOPE HOME Study».
- 10 Butler, Judith. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Paidós, Ciudad de México.
- 11 El proyecto fue presentado en la XXII Bienal de Arquitectura y Urbanismo de Chile del año 2023 #HabitatsVulnerables y recibió el premio como Mejor Proyecto de Intervención Patrimonial de los Premios Aporte Urbano 2023.
- 12 Cooperativa. (2021, 21 de abril). «Mujer en situación de calle fue encontrada muerta en Valparaíso».

Patricio

El último día que estuve con don Pato estaba flaquito, en los huesos, más bien. Dijo que estaba preocupado. No había logrado entregar los relatos escritos que Sebastián le encargaba acerca de amigos que vivían en la calle y que don Pato, con paciencia, recreaba con lápiz y papel. Después, su hijo pasaba en limpio y fotocopiaba. Estaba en un hospital porque le entró un bicho por el catéter de la diálisis. Había sido futbolista, le quedaban pocos dientes y los mostraba muy bien riendo, mientras contaba historias, muchas historias. El día que murió era de cuarentenas. Salí del metro Cementerios con la guitarra en la mano, en la escalera de la entrada. Nos juntamos a cantar con el celular conectado a muchos amigos que lo despedían por Zoom con una anécdota distinta cada uno.

Cuando se abrió el portón rojo, pudimos despedirnos de lejos, mientras cantábamos con mascarillas. No pudimos hacer una fiesta como estoy segura de que a él le habría gustado. «Era como un padre para mí», decía uno. «Fue el mejor amigo que tuve», dijo otro. «Me perdonó varios condoros», dijo alguien. «Fue parte de mi familia tomando once los domingos», dijo otro. A los pocos meses mandamos a hacer una placa con su nombre y una frase linda en su homenaje: «Patricio Angulo Gutiérrez (17.07.1950 – 16.06.2020). Cumplió la voluntad de Dios y Dios lo amó».

Cristian

Desde hace algunas décadas, el Barrio Yungay es uno de los lugares donde las personas que viven en la calle son más visibles. Instalados en plazas, rincones y veredas, utilizan los servicios de alojamiento de las llamadas «hospederías comerciales»: una veintena de negocios prósperos en el centro de la ciudad. Casas antiguas, mal iluminadas, extraña mezcla de olores, pequeñas piezas atiborradas de camastros e incluso galpones interiores con luces tintineantes llenos de literas, el piso húmedo pasado a cloro y a orina. En esos lugares no hay llaves que cierren, únicamente un hilito de agua permanente donde se hace fila para beber, asearse, lavar ropa o simplemente despertarse. Son baratos y peligrosos, una de las maneras más fáciles de escabullirse luego de algún lanzazo en la calle, refugio de comerciantes ambulantes, trabajadores de la construcción que viven en la periferia y varios, muchos quizás, jóvenes llegados de regiones en búsqueda de mejores oportunidades. Esto es lo que encontraron, esto o la cuneta, «esto es mejor, mucho mejor», dicen ellos, al menos en invierno.

Desde la promulgación del Código Penal chileno en 1874 se penalizó la vagancia, siguiendo muchos países que, desde inicios del siglo XIX, incluyeron en sus leyes algo similar. Esta medida estuvo vigente hasta el año 1998, cuando, tras un amplio debate parlamentario,

se derogaron los artículos de la norma y se emprendieron acciones para abordar la situación. Muchas personas, contra su voluntad, dormían en hospicios e incluso en comisarías, donde cada mañana eran puestas en libertad demandando recursos policiales que podrían haber sido empleados en la resolución de otro tipo de delitos y detenciones de mayor gravedad. De esta manera, la ley se flexibilizó, en un escenario nacional donde no se tenía consciencia de que el grupo de personas que viven en la calle era un colectivo particular.

«Claro, si una *puééstar* en alguna parte, cuando es de noche nomás, cuando *tooas* las puertas tan *cerrás*; porque cuando es de día, al tiro van y le dicen a una: “Oiga, no *puééstar* aquí”. “¿Por qué?”, les dice una. “Porque no. Váyase más *pállá*”. Y más *p’allá* dicen lo mismo, así que hay *qu’estar* andando nomás; y una se cansa *po*, se cansa como animal, pero la siguen echando y echando... Pucha, una no le dijo a nadie que quería ser pobre, no le dijo a nadie que quería vivir: ¡si la hicieron vivir tienen que aguantarla en algún *lao po!*». Así es como el dramaturgo Juan Radrigán retrata magistralmente en su obra *Hechos Consumados* esta tensión entre el control social de la pobreza y la búsqueda frenética de las personas sin lugar para encontrar un pedazo de país donde permanecer.

Diez años después de la vuelta a la democracia, Chile comenzó a refundar la sociedad civil, ahora más secular, con una generación que, aunque criada en dictadura, habíamos tenido padres y madres que alentaron nuestra capacidad para colaborar con otros. En el mismo lugar donde veinte años antes un grupo de jóvenes escribieron el «ladrillo» que forjaría el modelo económico del Chile neoliberal, en ese mismo lugar, un grupo de universitarios nos juntamos a pensar cómo sería posible terminar con la miseria de la calle usando las herramientas que la Escuela de Economía de la Universidad Católica nos había entregado. El centro de alumnos fue el lugar donde reunimos a muchos otros que tomaron contacto, se vincularon, pasaron horas sentados en aquellas hospederías escuchando historias fantásticas, desgracias irreproducibles y muchas veces riendo sin parar con las anécdotas de quienes permanecían allí.

En agosto del año 2000, gracias a estos encuentros, inauguramos una hospedería solidaria en la calle Huérfanos, entre Libertad y Esperanza. Aunque parezca coincidencia está justo en medio de los anhelos de muchísimas personas que compartimos la herida de la calle como propia. Desde entonces, allí conviven obreros, comerciantes, mendigos, *juniors*, delincuentes comunes, garzones, caminantes, personas de diversa etnia, nacionalidad, género, orientación sexual, religión y clase social. La ocupación que tengan de la puerta para afuera importa poco, de la puerta para adentro en las tardes te encuentras con un espacio limpio, otros con quienes compartir una cena por un dólar y desahogarte de los kilómetros que recorres a pata sin encontrar pega, de lo difícil que es volver a ver a tus hijos, de lo discriminado que te sientes cuando no puedes dar una dirección fija, de la negativa para que te atiendan en el consultorio entre otras varias puertas que se te cierran a menudo.

«Las instituciones pasan a ser parte de la identidad de las personas que viven en la calle, muchas veces su familia, son referentes en los que confían. Una institución son personas que generan vínculos con otras personas, pasan a ser parte de esa red, a tener ese rol de estar, son un domicilio fijo para ellos» así describe Javier Zulueta, presidente de la Corporación Nuestra Casa, la relación de las organizaciones sociales con las personas en situación de calle.

Cuando partimos el proyecto de Nuestra Casa, con algunos amigos, nos encontrábamos en un momento vital lleno de aspiraciones y de tiempo que nos permitió acercarnos profundamente a esas vidas. Construimos juntos una memoria emocional con un grupo de personas que nos mostraron una parte de la sociedad que no conocíamos en absoluto. Había una búsqueda interna que compartíamos, que le inyectaba realidad a las curvas de economía que se dibujaban en nuestros cuadernos universitarios. Cada semana aprendíamos que los estragos de la desigualdad y de la desconexión social producían enfermedad, muerte y las peores formas de violencia social. En estos 25 años hemos visto cómo existe toda una sociedad que pasa por el lado y no se escandaliza cuando ve a un viejo andrajoso deambulando apenas buscando algo de comida, hemos naturalizado la desdicha y hasta subimos los vidrios del auto cuando

niños de 14 años se nos acercan a pedir propinas para limpiar los vidrios. Si tenemos a nuestros hijos dentro, incluso les explicamos y justificamos porque son ellos los que han llegado hasta allí por sus propios medios y no nosotros.

Por eso nació Nuestra Casa. Para no perder la relación con las personas que habíamos conocido nos fuimos a vivir con ellos, quisimos ser una comunidad con paredes donde pudiéramos llegar los tristes, los abandonados, los ciegos, los sordos, los sin familia, los que habían cometido errores, los mentirosos, los ladrones, los solos, los escapados, los deudores, los culpables, los homosexuales discriminados, los que no aguantan más el frío, los cansados y todos los que hemos sido alguna vez desechados, descartados, apartados, malentendidos y malheridos. No podía ser que no hubiera un espacio, si nuestro país es tan grande. Nos reconocimos en esos hombres llenos de proyectos y los fuimos acompañando a concretarlos. Fuimos padrinos de nuevos matrimonios y bautizos, siendo testigos de pasos importantes para varios. Organizamos asados, campeonatos de fútbol y bailongos en el barrio. Madrugamos en las postas, fuimos a la cárcel y organizamos funerales. Contamos los fracasos, peleas, separaciones y muertes inesperadas como la de Cristian.

Aquel día Javier y yo estábamos de turno. Después de cocinar, la escucha era nuestra principal pega, por eso varios se acercaban y nos contaban su día, de sus vidas y de sus planes. Muchos no podían creer que hubiéramos abierto esa casa si teníamos una vida de privilegios, algo no calzaba para que este grupo de jóvenes haya querido cambiar sus carretes en el barrio alto por estas cenas austeras acompañadas de un grupo de viejos desventurados.

Esa tarde llegó Marco, un hombre joven cercano a los 35 años, casi calvo, vestido de traje, el cuello de la camisa y los zapatos gastados, sonrisa bonita, ojos pardos expresivos, linda mirada algo desorientada. En sus palabras se notaba que tuvo buena educación y aunque fue fácil conversar con él, no fue sencillo saber qué había tras ese cansancio existencial que se adivinaba. Nos contó que durante el día lavaba autos —aunque su chaqueta lucía impecable—, que había conseguido algunas monedas y que ese día le pidieron que

limpiara una muralla al día siguiente. A los pies de Javier había un bidón de parafina recién comprado para una de las estufas de la casa, Marco pidió prestado ese bidón para hacer esa peguita y ganarse unas monedas.

Al día siguiente, de camino al trabajo, escuché en la radio Cooperativa la noticia de que habían encontrado a un hombre totalmente quemado en la ladera del cerro San Cristóbal, justo frente al Hotel Sheraton:

«Queridos auditores, increíble esta noticia, se presume que un hombre de mediana edad se quemó a lo bonzo y rodó cerro abajo, quedando con el 90 % de su cuerpo con quemaduras de tercer grado. El hallazgo fue hecho por un jardinero del cerro. Repito: un jardinero del Cerro San Cristóbal encontró a un hombre aún en llamas quemado casi en su totalidad. Démosle paso a nuestro reportero desde la Posta Central.

—Así es Pablo, muy buenos días, el personal de la Posta Central recibió hace pocos minutos el cuerpo calcinado de un hombre que se habría quemado a orillas del Cerro San Cristóbal, conversamos con el director de la posta, Leonardo Ristori y esto fue lo que nos dijo: el hombre de iniciales CLC ingresó a este recinto asistencial en riesgo vital luego de autoinmolarse con una sustancia corrosiva en horas de la madrugada. ¿Tiene posibilidades de sobrevivir, doctor?

—Estamos haciendo todo lo posible

—¿Se pudieron ubicar familiares?

—El equipo del hospital está trabajando en ello, muchas gracias».

Al escuchar la radio me saltó el corazón y, en un dos por tres, llamé a Javier para avisarle que tenía la corazonada que Marco había quemado su tristeza. Él me dijo «no puede ser, llamemos a la Posta». Una premonición.

Resulta que en su billetera había un carné de identidad que mostraba su verdadero nombre. Se llamaba Cristian. Lo habíamos conocido con su «chapa» que es como se le dice al nombre que te inventas en la calle para ocultarte y seguir desaparecido. Recuerdo perfecto el día que nos entregaron sus cosas: sentados en la escalera de uno de

los pisos del hospital esperamos durante mucho rato poder entrar a verlo. Aunque no nos fue permitido, supimos que Marco estaba con vigilancia policial y que, de sobrevivir, iría a la cárcel. Conversé con una de las enfermeras a la que relaté nuestra relación con él, que estaba viviendo en una casa de acogida donde éramos voluntarios y que ese día había salido de allí con destino a su trabajo para limpiar una muralla. Ella nos dijo que había sido imposible ubicar a sus familiares y que sería importante que nos preparáramos, pues tenía muy pocas posibilidades de sobrevivir.

Me faltaba el aire mientras el amigo que me acompañó aquel día examinaba con desconcierto los zapatos mojados. Aunque no hubo una nota, estaba segura de que Cristian había tomado esa decisión hace varios días. Era como si ahora todo calzara. Su forma de caminar, el tono con el que hablaba, los escasos recuerdos diarios, la ausencia de pasado, la pesadez de sus párpados y quizás una sola certeza. Me sorprendí culpándome por mi inmovilidad, por no haber hecho algo antes, por haber ayudado a alguien a partir. Después de algunas horas, él murió y nos entregaron sus cosas en una bolsa de plástico azul de esas medio transparentes que daban antes en los negocios. Ahí estaban los zapatos gastadísimos, color café, húmedos, medio chamuscados, junto a su billetera que aún olía a parafina. Me tocó llamar a su mujer, la madre de los niños que aparecían en las fotos de esa billetera. Ella dijo: «no quiero saber nada de él, por favor, no me llames más, me da lo mismo lo que hagan con su cuerpo».

A mis 23 años, la situación fue un baño frío de realidad: la calle mata. Me mataba a mí un poco la esperanza, nos dejaba a todos con la sensación de poder hacer tan poco, instalaba en mi ADN profesional la obligación de mirar a las familias que dejaron para seguir adelante. Durante meses me invadió una tristeza de la que no fue posible salir sino con terapia psicológica. Me acordé de mis propias muertes autoimpuestas y decidí terminar la verdadera razón por la que había llegado a Santiago. Me alejé de mis malas juntas, malos amores y desconexiones varias para estudiar durante meses, día y noche, hasta que aprobé el examen de grado por el que

obtuve el primer título universitario de toda mi familia. También a Cristian le debo ese pequeño triunfo.

El suicidio constituye un grave problema de salud pública, que lejos de reducirse, cada año se estima que produce casi un millón de muertes en todo el mundo, mucho más que las guerras o los homicidios. Las variadas formas de autoinmolación abarcan desde el acto de encenderse en llamas, a menudo como un grito de protesta ante situaciones personales, colectivas o sociales. Uno de los casos más famosos en Chile fue el de Eduardo Miño, un obrero comunista que, en su lucha por hacer justicia para las víctimas de una empresa que contaminaba sus cuerpos hasta la muerte, se inmoló al frente de la casa de gobierno a fines de 2001. Esa historia inspiró a los hermanos Francisco y Mauricio Durán, miembros de la banda musical chilena Los Bunkers, a escribir una canción que pondría el tema en varios espacios que no había llegado hasta ese momento.

El suicidio consumado es la decimotercera causa de muerte de la población mundial y la cuarta en el caso de la población joven de 15 a 44 años, según los datos de la Organización Mundial de la Salud. Se estima que cada año mueren más de 800 000 personas por este motivo. Es decir, una muerte cada 40 segundos. Los pocos estudios disponibles concluyen la mayor prevalencia de conducta suicida en las personas sin hogar respecto a la población general, lo que no se ha traducido en la elaboración de planes y programas específicos de atención y prevención. Entre una serie de razones por las que las personas sin techo pueden ser especialmente vulnerables al suicidio, encontramos las altas tasas de enfermedades mentales y de abuso de sustancias.

Muchos factores que contribuyen al sinhogarismo también aumentan el riesgo de suicidio: los traumas en la infancia, la falta de apoyo familiar, los antecedentes genéticos de enfermedades psiquiátricas, y los problemas judiciales, entre otros muchos. Asimismo, las personas en situación de calle pueden tener un acceso reducido a las atenciones de salud, lo que puede dar lugar a que no se identifiquen ni se traten los síntomas asociados a la conducta suicida. Y, por último, el estigma de convertirse en alguien de la calle puede

suponer también un factor de estrés desencadenante de un intento de suicidio. En España, por ejemplo, la tasa de suicidios consumados es de tres a cuatro veces superior en las personas sin hogar respecto a la población general.

Las estadísticas que rodean a la muerte no dejaron de sorprenderme nunca. Tal vez esa fue la razón por la que, cuando llegué al Ministerio de Desarrollo Social en el año 2011, quise saber por fuentes oficiales cuántas personas morían en la calle. El resultado fue un informe del Servicio Médico Legal que mostraba un aproximado de 150 personas en situación de calle fallecidas por causas asociadas al invierno durante el último año. Con estas cifras, mi jefe y yo fuimos a hablar con el ministro de la época para argumentar la necesidad de crear un plan invierno para el que frío no matara a tanta gente sin que el Estado hiciera nada. Un gobierno, que recientemente había invertido cerca de 20 millones de dólares para el rescate de 33 mineros en el norte del país, tenía que ser capaz de ver tragedia también en los 150 que podrían morir si es que nadie hacía nada. Con esa convicción, los políticos de entonces hablaron con el ministro del Interior y, este, con el presidente de la República quien, en el tradicional discurso anual del 21 de mayo, anunció la creación del programa Noche Digna para proteger la vida de los más pobres entre los pobres: las personas que viven en la calle. Casi dos millones de dólares se pusieron a disposición de la fundación chilena más grande de aquel entonces, el Hogar de Cristo, que a su vez creó una red de atención con otras organizaciones en todo el país para abrir albergues y organizar rutas de atención en calle que, durante ese invierno, atendieron a miles de personas. A esta primera exitosa experiencia siguió el compromiso de los gobiernos locales, la instalación de una red de centros permanentes en los años venideros y la implicación de otros ministerios, tras lo cual la cifra de muertos bajó a los menos de 10 por año de la actualidad, al menos a causa del frío. Chile había adquirido conciencia, capacidades y tecnología social para salvaguardar la vida de las personas que viven en la calle. Ir más allá de las cifras implicó tener conversaciones profundas con distintos sectores políticos, entender su posición, cuestionar

la inercia de la indiferencia y encender una alerta nacional cuando uno de los nuestros podía morir.

Durante los últimos años el mundo se ha vuelto más hostil para quienes viven en la calle. El desarrollo material alcanzado en países como Chile ha elevado los costos de vida, impagables para muchos sectores. Tener un lugar donde vivir en condiciones dignas y seguras es un privilegio para miles de familias en Latinoamérica. El costo de transporte, el valor de los suelos bien conectados y la especulación del mercado inmobiliario ha dejado a muchas personas en la calle. El surgimiento de actos criminales, manifestaciones de crueldad y violencia explícita contra las personas en situación de calle se han traducido en homicidios, golpizas y atentados contra la vida de quienes el Estado, por otro lado, intenta proteger con algunas políticas de mitigación.

En 1994, Kurt Cobain, vocalista de la banda de rock estadounidense Nirvana, en la carta que escribió antes de quitarse la vida señaló lo que podría ser el motivo principal del acto de Cristian: «Se me ha acabado la pasión, y recordad que es mejor quemarse que apagarse lentamente».

Ese día, en la puerta del cementerio general, cuatro personas asistieron al funeral de Cristian, incluidos tres residentes, que lo habían conocido durante esa última semana.

Luis

Lucho fue el presidente del Consejo de Residentes de Nuestra Casa, organizaba los campeonatos entre las hospederías del sector, fue el primer voluntario que volvió a la calle para acompañar a los que seguían ahí. Un día de enero, a primera hora, Lucho Osses, cuaderno en mano, pasaba lista en medio de la Vega Central y hacía subir a un bus a hombres, mujeres y niños que dormían en el sector. El destino era Cartagena. Mientras viajábamos, Lucho contaba chistes y les iba preguntando a todos si conocían el mar, en varios casos era la primera vez. Recuerdo haberlo visto emocionado apenas empezaron los piqueros, cuando salió y lo hicieron escalopa se fue a echarle bloqueador a los más viejos. Lucho vendía helados en las micros amarillas. Un día lo acompañé y me desafié a gritar los helados. No pude, no me atreví, me acuerdo de esas carcajadas que duraron varias horas. Todavía me acuerdo y me río. Pocos años después nos avisaron que murió porque él lo decidió. Aún lo echo de menos.

Fidel

«Ni Dios lo quiera, si me condenan, yo no voy a aguantar la cana, Kari. Nunca he estado en esa y no sé lo que voy a hacer. ¡Yo pesco un cinturón y me mato!» Casi me muero cuando Fidel me cuenta lo que le pasó, todo lo que pasó ese día.

En el centro histórico de Santiago de Chile es un domingo de fines del verano del año 2017. Aquel 19 de marzo, la antigua plaza Yungay reúne algunos transeúntes que buscan cachureos de la feria de las pulgas¹, feligreses de la Parroquia San Saturnino que salen de la misa de las doce, familias migrantes que acuden al comedor de la iglesia y personas en situación de calle que deambulan por el sector sentados en una banca solos o en grupo. Allí se encuentran los dos hombres por última vez.

Fidel, de 54 años, y Francisco, de 57, se conocen desde una mañana en la que, para salvarse, llegan al alba a la Vega Central a descargar sacos de papas de los camiones a esas horas. A uno lo llaman Fidel, como es su nombre, y al otro lo apodan *Pancho Malo*, el mismo seudónimo del líder de la Garra Blanca². Este hombre es mayor y se ganó su chapa por las sabidas peleas con garrotes y fierros con los que sobrevive en la calle.

Ese día les cambió la vida. Fidel tiene en el cuerpo varias cervezas y unos pitos de marihuana que solo consume cuando le alcanza la

plata y le escasea el ánimo. No ha sido un buen día. *Pancho Malo*, pasa la noche en la calle y despierta recién de una siesta en un rincón de aquella plaza. Cuando Fidel saluda a *Pancho* recibe un insulto por no tener cigarrillos para regalar, un empujón, una ceja partida y un tambaleo para ponerse de pie a duras penas. Sin decir palabra, se arregla los pantalones y enfila hacia la pieza que arrienda a dos cuadras para buscar entre sus cosas un cuchillo cocinero. Piensa que así defenderá su dignidad.

Seguido de cerca por sus amigos *Gato* y más atrás *el Chispa*, le gritan que se calme y que deje de dar jugo, pues no vale la pena pelear por leseras. A pesar de las advertencias, Fidel llega apuradísimo para hurgar entre sus cosas hasta que lo encuentra. Con la adrenalina a mil vuelve por la calle Libertad y desde la esquina grita para terminar con la pelea. Un *Pancho Malo* trastabillante camina hasta trezarse a golpes con Fidel que entre insultos y empujones es lanzado contra un poste, lo que lo deja en el cemento sin reacción alguna. Fue entonces que Fidel, no sabe ni porque, le pone varias estocadas en lo que ahora llama «la peor decisión de su vida». Visto el panorama arranca por la calle Sotomayor mientras los vecinos llaman a la ambulancia y a los Carabineros. Más tarde llega el furgón blanquiazul y maniatado se lo llevan cabeza gacha justo en el momento en que un canal de televisión le alumbró la cara para que todos sus amigos— incluida yo— lo veamos en directo ese 19 de marzo del 2017, sin poder creer que es Fidel el protagonista de la crónica roja que abre los noticieros.

Me sorprende de verlo así. El telediario lo muestra maniatado camino del auto policial.

Está algún tiempo guardado y cuando sale vamos a almorzar cerca de mi oficina. Me cuenta que ha ido varias veces a buscar a la abogada que le asignaron, pero que nunca logra verla, que se aburre de llamarla, de dejarle mensajes y de ir a la Corporación donde cumplen con sus horas de práctica los estudiantes de derecho recién egresados.

Aunque el servicio es gratuito, el problema es que, si en el proceso se cambia el abogado, la obligación es contar todo de nuevo. Otra vez qué fue lo que pasó, los recuerdos, qué estaba haciendo ese día,

con quién habló, qué fue lo que le dijo al juez y si tenía alguna relación con la víctima. Todo eso lo aburre. Para peor, justo cuando llegamos a esa parte me dice que no se acuerda de nada, que estaba arriba de la pelota, que se fue *en volá*, que nunca había hecho algo así en su vida.

«Las juntas, Kari, las juntas. Me he portado bien desde que me dejaron en libertad vigilada, mientras dure la investigación. Estoy yendo todos los días a esa iglesia que está en la Alameda, esa roja que está cerca de la Estación Central, la grande, bien bonita. Ahí hago el aseo, ordeno todo. He encerado yo solo ese piso muchas veces, hay que envirutillar³ y es un montón de pega, pero lo hago con gusto, porque eso me aleja de las malas juntas. Me dan comida ahí. Estoy arrendando una pieza con *el Gato*— continúa—. Tú sabes que él es mi hermano. Mi amigo me da ánimo y siempre me dice que vaya, que vaya, que no deje de ir a firmar, de ir a buscar a la abogada y de que si la cambian, que vaya y hable de nuevo con la que me toque, porque tengo posibilidades de que me rebajen harto la condena. Eso cree *el Gato*, por mi irreprochable conducta anterior, y porque del *Pancho Malo* ya nadie se acuerda, si por algo le decían así... Parece que no tiene familia o al menos lo que se puede llamar familia. Alguien que lo cuide a uno, que lo motive, que lo mantenga alejado del copete, de las drogas; alguien a quien llamar para que te auxilie, así como mi amigo, así como el Matías y tú son conmigo... alguien así parece que él no tenía... Por eso, ni Dios lo quiera, si me condenan, yo no voy a aguantar la cana, Kari. Nunca he estado en esa y no sé lo que voy a hacer. ¡Yo pesco un cinturón y me mato!»

Le escribo un correo a su abogada mientras almorzamos, un correo que jamás me contesta, a pesar de que a propósito le menciono que trabajo en el Estado y que necesito información de la causa de Fidel, quien la está tratando de ubicar. Nada. Nada a pesar de que imaginé que con ese correo la estudiante de turno iba a considerar que se trataba de alguien que no podía defenderse sin su ayuda, que necesita apoyo, que está solo, que tiene miedo, que espera una respuesta, una llamada, una información clara, pero nada.

Me mantengo conectada las semanas siguientes con los tres o cuatro amigos de Fidel. Somos los que le rezamos, a quienes nos importa qué pasa con su vida. Es uno de ellos, *el Chispa*, el que me llama para contarme que lo condenaron, que se lo llevaron: tres años y un día.

El Chispa dice que iba a ir a ver a Fidel, «no podemos dejarlo solo», que «comete errores en el juicio», que «no está bien asesorado», que «él se echa toda la culpa y que jamás habría acuchillado a alguien, menos en la plaza del Roto Chileno». Que «eso es culpa de la droga», que «es injusto». Que «ahora está en la cana, pero él podría haber sido el muerto». Tiene la mala suerte de que *Pancho Malo* cayó mal y se pega en el pavimento. Es lo que puede pasar cuando dos están bien pasados y empieza una pelea.

Durante los últimos tres años suena mi celular y al otro lado siempre una voz inconfundible, que se ríe apenas me saluda, trae a mi amigo de vuelta, generalmente para decir que está bien o intenta estarlo. Una vez para contarme que está viviendo en el pabellón de los evangélicos, donde tiene que pagar tres lucas semanales y que, por favor, lo ayude y le deposite cinco lucas a una cuenta de alguien que por el pase cobra dos lucas más. No solo pide plata. Me pregunta por mi salud, por mi Santiago y por nuestro amigo Matías. Yo le digo que se cuide, que lo quiero mucho y que se porte bien, que de eso depende que salga luego, que él es un buen hombre. Él asiente y se vuelve a reír. A los minutos yo le transfiero el dinero y trato de contactar con ese alguien, siempre uno distinto, para que le avise que ya tiene la plata.

Hace dos inviernos supe que hospitalizan a Fidel y parto a la Posta Central a preguntar por él. Me dicen que lo están operando de apendicitis, que no puedo verlo y que tampoco tienen información, eso es solo para la familia. En esos días conozco a su hermana por teléfono. Ella lo va a ver y le lleva artículos de aseo, ropa, un pollo asado, lo que puede.

Fidel tiene el pelo largo y canoso desde que lo conozco, aunque cada año un poquito más corto. Pese a que se deja los rulos para que un mechón le tape un ojo, destacan sus ojos azules, picarones,

con los que se ríe, siempre se ríe, con los que mira el horizonte y evidencian que tiene rabia, a ratos indiferencia, que no cree en nada.

Ya no me acuerdo cuando lo conocí. Sí. Fue cuando yo tenía 23 años y él casi 25 menos que ahora, cuando en esa casa de Huérfanos que llamamos «Nuestra» hacíamos realidad eso de que una sociedad debe ser como una mesa en la que todos tengan cabida. Esa mesa llega donada y aún se conserva. Debe medir como tres metros de largo y es tan ancha que cuando hay fiesta cabe todo: los regalos, los postres, las ensaladas, los floreros y los adornos. Cuando no hay fiesta, hay varios por cada lado, conversando, compartiendo la cena, riéndose, contándose el día, lo que caminaron para hacer las monedas para la noche, que llegaron cansados. En esa casa lo conocí.

Hace poco llega a verme al Ministerio. Lo abrazo con fuerza y como pasa siempre con los amigos: parece que lo hubiera visto ayer. Se actualizan los afectos a la velocidad de la luz. Me abraza y me entrega un cuadro de Janis Joplin envuelto en papel de regalo; lo abrazo de nuevo y siento que dejó media vida para comprármelo. Comemos completos y él paga. Cuando le pregunto que si está viendo a su familia me cuenta que sí, que a veces ve a su hermana y que siempre la llama por teléfono, que también hablaba con su sobrina, Karina.

—Porque hace diez años, cuando nació, yo quise que le pusieran Karina y ella se llama Karina; ella es mi Karina, mi sobrina linda se llama Karina.

A la vuelta pasamos por una construcción y me dijo que está bueno ahí, que el problema es que en todas partes le piden el papel de antecedentes y ahí jode. Sin entender la razón por la que a alguien que ya pagó su condena le hacen seguir pagando; que hace la mansa fila para tener el papel en una oficina y cuando sale la segunda hoja, que decía «Sin anotaciones», se quedó metido. No sabe cómo limpiar los papeles. No sabe cómo se va a ganar la vida. Aunque tiene una pensión de 80 lucas, no le alcanza para casi nada, una pena para él, sobre todo para él que es bueno *pa'* la pega, que siempre ha trabajado, que es responsable, que siempre anda con

plata y que se la gana honradamente, aunque luego se la tome y se la fume, pero se la gana en la legal.

Me enoja la paciencia que deben tener los excluidos del mundo. Se los considera pobres personas, no personas pobres. Me da rabia que un hombre joven, con sus manos buenas, quiera empezar por enésima vez desde cero y tenga que esperar, vivir esperando que la burocracia actúe a su favor, una espera que podría durar hasta que envejezca y no pueda mover ni una pata.

Buscamos sus antecedentes en internet con su clave única y le imprimo varias copias. Le sugiero que únicamente presente la segunda hoja y me dice que quién se va a dar cuenta, si son los ingenieros los que reciben los datos de los obreros que quieren trabajar y a ellos les basta con ver limpio el papel famoso. En una carpeta bien ordenada se va a probar suerte, a ver si le resulta entrar por la puerta chica, que siempre es mejor que quedarse esperando.

Mientras escribo esta historia le recuerdo y me alegro que esté hoy en una de las viviendas en las que el Estado recibe a personas como él, para apoyar, aunque sea tarde, extremadamente tarde, para las personas solas, mayores y que llevan mucho tiempo en la calle, que han tenido una vida en calle.

Tiene el teléfono malo, si no lo llamaría para escucharle a propósito, con gusto, sabiendo que no está bajo un nylon, que, durante la primera lluvia del año, mi querido Fidel esta vez no está en la calle.

[Notas]

- 1 Lugar donde se venden cachureos y cosas muy baratas, es como una venta de garaje donde muchas personas usan una calle para poner sus puestos y reunir dinero vendiendo cosas que ya no usan.
- 2 La Garra Blanca es una barra brava, formada por aficionados de Colo-Colo, que es el equipo de fútbol más popular en Chile. Es la hinchada chilena organizada más antigua aún vigente.
- 3 Frotar o fregar una superficie del piso con virutilla para extraer la suciedad, antes de pasar la cera para lustrar.

Lucho

Una risotada extraña en el pasillo de la Facultad. Un morral cruzado, una guitarra al hombro que te daba un abrazo al conocerte. Tenía amigos en varias universidades, estaba en las misiones del sur, en los trabajos voluntarios de Renca, en el mes de María, en las fiestas de Ingeniería, en las peñas de Trabajo Social, en las campañas de la FEUC, afuera de la biblioteca y merodeando en los casinos. Teníamos casi la misma edad, él había vivido en el SENAME y ahora vivía en la calle. Lucho Reyes cantaba hermoso desde chico en las micros, en el paseo Ahumada, en los paraderos; se subía el ánimo solo, cantando. Una vez le dijo a Rafael Araneda en el programa televisivo «Fama contra Fama» que él era «un autodidacta de la vida». Vivió esporádicamente en varios lugares, se puso a estudiar Técnico Social en un Instituto. A unas semanas de graduarse después de una riña en el Cerro San Cristóbal murió por un golpe en la cabeza.

Isabel

En la vereda que llega al final de la calle Santo Domingo, dos hombres se insultan alzando los brazos en señal de amenaza, se arremangan dispuestos a enfrentarse afuera de uno de los albergues de invierno. Casi todo está en penumbras, sólo la luz de un poste titilando deja ver la garúa y el brillo de un cuchillo cocinero que acaba de salir de uno de los bolsillos. La Isa, vestida como si estuviera en el Ártico, se adelanta para sostener firme la mirada.

—Pásame la cuchilla, aquí no se pelea.

—¡Este loco tiene la culpa, tía!

—¡Yo no tengo sobrinos tan grandes, compañero!, ¡pásame la cuchilla, te digo!, ¡para!

—¡Pero uno no puede dejar que cualquiera lo pase a llevar en la calle, *po!*

—Aquí no estamos en la calle, éntrense, ustedes saben que este es uno de los compromisos que hacemos cuándo queremos estar aquí. No se pelea, se respeta el lugar y los compañeros, la comunidad.

Aunque Isa los conoce hace tiempo, no logra separar la riña al primer intento. Su respiración se agita mientras se quita el gorro y los dos ponchos que lleva puestos, dejando claro que es ella quien pone el

cuerpo para cuidar a quienes tiene a su cargo. Un grito asustado logra que uno de ellos vuelva al albergue y termine lo que pudo haber terminado en tragedia.

Mientras tanto, María Isabel Pons Casimiro, de 75 años, paralizada testigo, busca la mirada de su hija menor para estar segura de que ha sobrevivido intacta al cuasi ajuste de cuentas que acaba de desarmar. «Es increíble, la Isa. Se mete ella por delante de todo y no le importa nada. Desde chica fue así, metida en todo, como *scout*, organizando todo, haciéndose responsable de todo».

María Isabel Lacalle Pons —*la Isa*, como le dicen sus amigos— creció a más de 25 kilómetros al oriente de ese lugar, en una ciudad segregada y latinoamericana donde se dedica a interponerse en este tipo de riñas y en otras, por cierto. Viene de una familia de cuatro hermanos, heredera de la vocación de Isabel, su madre trabajadora social, y de Antonio, su padre ingeniero miembro activo de las Comunidades para un Mundo Nuevo, un movimiento cristiano de avanzada que predica y practica la humanización de la sociedad desde los años ochenta en Chile.

Comenzó a trabajar en temas sociales, animada por su familia y por el Colegio Saint George, que a los 15 años le permitió vivir con una familia de la Parroquia Cristo Rey, en una población de Peñalolén. En esa experiencia tuvo tres hermanos hombres, una mamá que hacía pasteles vendiendo en la feria y un papá que repartía pan en un carretón. Era el año 1996 y *la Isa* no quería que la llamaran ni la ayudaran, ella quería vivir con respeto en ese lugar y echar una mano como pudiera: preparar los dulces, trabajar en la feria, salir al alba montada en el carretón, viajar por las calles de barro, llevar el canasto lleno de pan caliente y a primera hora tomar una micro para volver a su vida de niña acomodada. Cada tarde volvía a esa casa donde tuvo una pieza solo para ella, pues sus hermanos postizos se la cedieron, ahí fue cuando vio lo que era vivir con «dos pesos cincuenta». Quizás allí partió todo.

Es diciembre de 2023 y casi a las tres de la tarde *la Isa* lleva muchas horas despierta, a veces se desvela y duerme mal, «tan mal como se duerme en la calle», dice ella. Su voz grave se muestra empecinada

en contarme sus motivaciones y experiencia para trabajar con las personas que viven en la calle. Llega puntual, atiende a los detalles, cumple con sus compromisos. Quisiera que la cuidaran como ella cuida a los demás. *La Isa* acaba de cumplir 41 años y es tía de ocho sobrinos a los que adora profundamente. Tanto es así que mientras hablamos por videollamada puedo escuchar a niños jugando, la escena muestra la habitación luminosa de uno de ellos, llena de libros y juguetes.

Ella es juvenil, práctica y sencilla. Los colores básicos de su ropa son quizás una manera de sentirse igual al resto, de ser una más. Algo que heredó de una adolescencia participativa en su colegio, algo que le permitió forjar un carácter lleno de emociones, de ideas y de sueños que ha traído de la calle a su vida y viceversa.

Hace más de una década trabaja con hombres que han vivido en la calle. Con determinación organiza sus tiempos para quedarse a observar, reconoce haber ganado capacidades además de una nueva familia en la labor que desempeña como líder de la Corporación Nuestra Casa.

La Isa rompe prejuicios, cultiva la alegría como una instrucción militar, mira de frente a los problemas y esquiva la sensibilidad pues por alguna razón es quien se pone al frente sin miedos aparentes. En el año 99, fue la primera mujer en liderar el movimiento *scout* en su colegio, época que recuerda como de gran responsabilidad, compañerismo, cuidado de la naturaleza, disfrute, empatía y una especie de crianza de lo colectivo que la cautivaría para sus afanes futuros. Tanto fue así que al año siguiente ingresó a estudiar Trabajo Social en la Universidad Silva Henríquez, aunque su mamá había estudiado en la Universidad Católica y le hubiera gustado que siguiera su ejemplo. Bromeando, dice que *la Isa* es «contreras» y que seguramente lo hizo adrede. Habiéndose titulado, partió a Mozambique, donde una vez más su mamá viajó para acompañarla por algunos días mientras *la Isa* entregaba microcréditos para comprar harina, fomentaba la instalación de letrinas, aprendía a vivir sin agua potable y a concebir el tiempo como un reloj aletargado de prisas de las que se cuentan en el resto de Occidente.

Por azar, su apellido «Lacalle» le pareció un designio cuando en el año 2010 entró en la residencia de Nuestra Casa, una casona antigua en el centro de Santiago. Algo en su interior le dijo que allí se quedaría. Así fue. Desde hace doce años ha estado dedicando su vida a personas que quieren, intentan, fracasan y vuelven a intentar juntas, salir de la vida en calle. Algunas lo logran. Ella las conoce por sus nombres, por sus historias, por sus errores, por sus afectos, por sus sueños guardados, por sus hijos lejanos y por las miles de horas que se ha pasado en cuclillas, agachada y sentada en las veredas, escuchando.

—¿Por qué trabajas en esto, *Isa*?

Mientras se hace un moño domando una cabellera crespa y bien ordenada, sonrío a veces y mueve las manos que iluminan el momento, pues cuando habla de su trabajo se entusiasma. «En la calle yo me siento igual a otros, he crecido mucho aquí, me enseñaron a ser más empática. Creo que es el lugar donde mayor dolor y sufrimiento he visto, también donde más he disfrutado. Todos tenemos la necesidad de establecer un proyecto de vida y pucha que es difícil hacerlo solo, el miedo a vincularse, a que te abandonen, que te quedes aparte de la sociedad, eso, sin el apoyo del otro... es muy muy difícil. La soledad es un *loop* que te atrapa. Se acerca alguien, te proteges por miedo, sigues solo de nuevo y así, comparto que eso nos pasa a todos. Es algo que viene de muy atrás, uno entiende después de mucho mirar, que hay infancias dañadas, que el vínculo «mapaterno» es algo que te marca para siempre. Sentirse amado o amada sin importar las consecuencias, tener a alguien a tu lado a pesar de tus errores o altibajos, saber que siempre estará allí para ti; son de esas ausencias que no se pueden reemplazar con nada. No hay edad para vivir ese dolor.»

La Isa está entre el grupo de personas comprometidas con la causa, la de saber que la calle no es un lugar para vivir, ni para morir. Esta consigna ha congregado a un grupo de la generación que nació a fines de los años 70 y que decidió participar de una lucha armada diferente: terminar con la llamada «situación de calle». Amigos de

universidad, voluntariados varios, grupos de parroquias y misioneros de la nueva sociedad civil chilena postdictadura se juntaron para formar la Red Calle el año 2003.

A principios de ese año, el Hogar de Cristo reunió a distintas organizaciones sociales que trabajaban acompañando a las personas que dormían en la calle, con quienes se dedicaron a pedirle al gobierno acciones concretas para incluir a esta población en las reformas sociales que estaba liderando el presidente Lagos. Las negativas fueron varias, las razones también. Este grupo, que se hizo llamar Red Calle, redactó una carta reuniendo la indignación por la omisión de las personas en situación de calle en las políticas públicas y en el censo nacional.

En Chile se celebra cada año el Día de la Solidaridad en memoria del jesuita Alberto Hurtado, cuya muerte es conmemorada el 18 de agosto. La inspiración para su legado surgió durante un encuentro nocturno con una persona que mendigaba en el centro de la ciudad, lo que impulsó la fundación de una de las organizaciones benéficas más grandes del país. En honor a su vida y obra, el Presidente de la República y varios ministros visitan su tumba cada año, renovando el compromiso de erradicar la pobreza y la injusticia.

En la ceremonia del año 2003, el ministro del Interior, José Miguel Insulza¹, estaba en primera fila, escuchando atentamente al moderador que comenzaba a presentarlo. Mientras tanto, escarbaba en los bolsillos de sus pantalones, traje y abrigo, con una expresión de preocupación. Buscó la mirada de alguien de su equipo entre los asistentes e hizo una seña discreta. Habló brevemente al oído de un colaborador y revisó su carpeta hurgando entre los papeles, mientras el aplauso de la audiencia ya lo invitaba a tomar la palabra en representación del gobierno. Al levantarse de su silla, un papel doblado en cuatro cayó a sus pies. Rápidamente, lo recogió y subió al podio para agradecer la invitación del Hogar de Cristo, saludar a las autoridades presentes e iniciar su discurso. Con una mirada concentrada en sus notas, se puso los anteojos y comenzó sus palabras, señalando que, a pesar de los años, uno de los grupos más olvidados para la sociedad chilena seguía siendo el de las

personas que vivían en la calle. Insulza afirmó que el gobierno se comprometía a financiar el primer censo de personas sin hogar en el país, además de incluir a este grupo en el naciente sistema de protección social, conocido como «Chile Solidario»². Tan grande fue la algarabía, que los aplausos y vítores se hicieron saber en la portada del diario *La Segunda* de esa misma tarde.

Los testigos aún no tienen explicación para lo que pasó, ese día nadie supo si Insulza perdió el discurso que traía preparado o se confundió de papel. Esa tarde marcó un hito para que se abrieran las puertas del Estado y de los derechos sociales para quienes viven en la calle. Transitar este rumbo no ha sido fácil, son cientos las personas en todo Chile que hemos sido parte de este movimiento. *La Isa* no fue la primera ni será la última de sus líderes, pues la calle atrapa, consiente, curte, acompaña y transforma en medio de la miseria donde se aprende a ver maravilla en la corta distancia, allí donde parece haber solo un cartón y una frazada.

El mundo de la calle también es un pañuelo. Muchas personas como Eva Lara comienzan su trabajo cuando las oficinas están cerrando y terminan muchas veces de madrugada. Eva lleva años recorriendo las calles de Santiago en uno de los furgones del Hogar de Cristo. Se toma el tiempo para conocer a quienes están en las carpas y en los rucos, es capaz de volver una y otra vez porque está segura que las personas se levantan por el cariño de otro, de alguien que siendo testigo no se va, se queda.

Hace unos diez años, en las afueras de un concurrido hospital, Eva conoce a Sara, un intercambio semanal de saludos, cigarrillos y café la sacan de la oscuridad en la que viven las mujeres en la calle. Ellas tratan de pasar lo más inadvertidas posible porque hay tantos lobos que es poco probable no salir herida, perder la dicha, la dignidad, la salud o ser utilizadas como premio de fin de noche para alguna bandada de ebrios pajaritos que camino a su casa deciden jugar con alguien que no tiene más que un colchón.

Según un reciente estudio chileno, las mujeres que viven en la calle tienen más enfermedades, la mayoría son víctimas de violencia extrema, tienen hijos que no viven con ellas y las que permanecen

en la calle tienen tal deterioro de salud mental que existen muy pocas opciones de apoyo, ya que casi todos los programas sociales están pensados para la gran masa callejera masculina. Muchas de ellas viven la maternidad, se venden, se enamoran, contraen enfermedades, tienen su ciclo menstrual, se embarazan, dan a luz en los cajeros automáticos y algunas mueren en la calle.

Ese día —recuerda Eva— tras el tradicional saludo, café y cigarrillos, Sara inició el primer diálogo con ella: «Oiga tía, me gusta su perfume». La semana siguiente, mientras Eva preparaba las cosas para partir a su recorrido, se devolvió a ponerse un poco más de perfume. Cuando llegó a ver a Sara, ella reconoció el aroma. Un anzuelo bien puesto resultaría ser una puerta entreabierta.

—Yo te puedo convidar perfume. Te puedo llevar a un lugar donde hay ducha, agüita caliente, ropa limpia. Si tú quieres podemos ir juntas y después de la ducha te puedes echar un poco de mi perfume.

Sara titubea, se da unas vueltas y acepta. Una primera conversa podría ser un salvavidas, una llamada de auxilio. Sara había confiado en Eva y viceversa.

Es larga la historia, pero después de las duchas, Sara accedió al apoyo psicológico, a ir al médico y a tratar varios temas de salud. Pasaron meses hasta que Eva hizo un vínculo con la hermana de Sara. Con su trabajo, ella logró que Sara saliera de la calle y fuera cuidada por su propia familia. Después de algunos años, Eva y Sara mantienen ese vínculo cariñoso que las unió desde el inicio.

—¿Qué hay en la calle que te enamora Eva?

—Las historias, las historias son las que enamoran, yo creo. Las historias de los chiquillos y también las de nosotros con ellos.

—El trabajo de calle tiene de dulce y de agraz.

—Si uno mira bien de cerca, casi todo es sumar, casi todo es aprender, acompañar, querer, priorizar al ser humano por sobre tantas cosas que no vemos como sociedad.

—¿Qué tienen que ver los compañeros, en esto?

—Muchísimo, muchísimo. Tú sabes que durante la pandemia tuvimos una gran pérdida, se nos fue Claudio.

A comienzos de la pandemia, Claudio Leiva, de 47 años, uno de los históricos educadores de calle del Hogar de Cristo, lideraba varios servicios para personas en situación de calle. Si los equipos en calle son un salvavidas en el invierno, esos días pandémicos fueron auxilio extremo gracias a quienes, con mascarillas y trajes astronáuticos, repartieron comida, abrigo, mascarillas y alcohol gel para detener el virus, el miedo y las muertes. Lamentablemente, el coronavirus dejó a Claudio contagiado, hospitalizado, intubado y sin vida a finales de junio del año 2020.

La avenida que alberga la principal sede del Hogar de Cristo se quedó en silencio, pese a las decenas de personas que esperaban en sus costados. Enmascarados, tristes y portando globos de colores, todos esperaron juntos la llegada del cortejo fúnebre. De a poco, se fueron sumando más personas distanciadas a más de un metro de otras personas, abrazados con un gesto entre flores, música y desazón.

*Yo quiero seguir jugando a lo perdido
Yo quiero ser a la zurda más que diestro
Yo quiero hacer un congreso del unido
Yo quiero rezar a fondo un hijo nuestro
Dirán que pasó de moda la locura,
Dirán que la gente es mala y no merece
Más yo partiré soñando travesuras
Acaso multiplicar panes y peces.
Yo no sé lo que es el destino
Caminando fui lo que fui
Allá Dios, que será divino
Yo me muero como viví.*

La letra cantada de Silvio Rodríguez fue un homenaje merecido para Claudio, interpretado por alguien en la guitarra, mientras se acercaba la carroza delante de su familia, quienes fueron recibidos con varios celulares en alto, en señal de la presencia de otros muchos compañeros que siguieron el momento desde su telepresencia, a la usanza de aquellos días.

Quedarse es lo contrario a escaparse. Un contrapeso existencial necesario para encontrarle salida al laberinto de la calle. La presencia femenina es crucial entre quienes trabajan en estos equipos. Muchas veces, algunas de nosotras hemos sido la mujer más cercana de sus últimos años, una figura que repara el cariño de una madre añorada, de una pareja perdida o de una hija abandonada. La mayoría de los trabajadores en este rubro son mujeres en Chile. Quizás lo son también en otras partes del mundo. Una fuerza que enseña la manera de ser hogar allí donde van y se quedan.

Las mujeres de este conjunto de crónicas como Isabel, Betzabé, Eva, Tamara, Jessica, Nina, Romina, Marta Stella, Pamela, Giovanna, Millaray, Catalina, Francisca, Valentina, Magdalena, Liliana, Ivanica, María de los Angeles, Sandra, Michelle, Rocío y tantas otras hemos puesto gran parte de nuestras vidas al servicio de la transformación del mundo desde lo pequeño e infinito que puede parecer la vida que respira dentro de una carpa rota, de un ruco improvisado al costado de una autopista o en un rincón oscuro donde nadie ha visto lo que nosotras sí.

Al finalizar este libro pienso en las otras mujeres. En las madres de los miles de hombres que crecieron o llegaron a la calle. Esas mujeres que no pudieron, que no tuvieron, que no estuvieron. Quizás el problema de la situación de calle también sea una de las cicatrices de una sociedad que ha dejado por mucho tiempo a las mujeres como un grupo de segunda categoría. La matriz primaria de la vida es un útero con forma de casa, no de carpa. Es un refugio capaz de ensancharse en dimensiones impensadas para albergar una vida con todo lo necesario para que se alimente, crezca y se desarrolle. Con la misma lógica, nosotros, los que ya salimos de ese sagrado molde, deberíamos construir ciudades que simulen ese vientre eterno en el que vivir contenidos y cuidados para que esa sea la manera de desarrollar la humanidad. Este texto fue hecho con la esencia de este, uno de mis mayores anhelos.

[Notas]

- 1 José Miguel Insulza, político chileno de amplia trayectoria, se ha destacado por su astuta diplomacia y profundo compromiso con la justicia social. Nacido en Santiago en 1943, estudió derecho y ciencias políticas, lo que cimentó su pasión por el servicio público. Durante la dictadura de Pinochet, se exilió, pero su retorno marcó un renacimiento político. Como ministro en varios gobiernos democráticos y luego como secretario general de la Organización de Estados Americanos (OEA), Insulza ha sido una figura clave en la promoción de la democracia y los derechos humanos en América Latina. Su carrera, caracterizada por su firme liderazgo y visión progresista, refleja una vida dedicada a la construcción de sociedades más equitativas y justas.
- 2 «Chile Solidario» es un programa social implementado por el gobierno de Chile en 2002, durante la presidencia de Ricardo Lagos, con el objetivo de combatir la pobreza extrema y la exclusión social. Este sistema de protección social se ha ido mejorando a lo largo de los años, y busca ofrecer apoyo integral a las familias y personas en situación de vulnerabilidad a través de un conjunto de intervenciones coordinadas y sostenidas en el tiempo.

Personajes

Rosa Palma e Ignacio Loyola,
abril 2023



Katherine Lavín,
abril 2023



Fernanda Vásquez
y Magdalena Álvarez, marzo 2019



Isabel Lacalle y Gabriel Boric,
marzo 2019



Fidel Aguilera,
enero 2024



Jaime Astudillo y Fabián
Cossio, junio 2023



Patricio Angulo,
junio 2020



Luis Aguilar y Fidel Aguilera,
enero 2024



Luis Reyes,
junio 2022



Esteban Lecaros,
enero 2013



Entrevistas

- Adelina Espinoza, educadora social Hospedería de Mujeres Hogar de Cristo.
- Alex Valenzuela, jefe hospedería de hombres Hogar de Cristo.
- Betzabé Cáceres, trabajadora social ONG CIDETS.
- Clara Castillo y Gabriel Ortiz, personas en situación de calle.
- Edinson Camus, persona en situación de calle.
- Eva Lara, educadora social rutas calle Hogar de Cristo.
- Fermín García, educador Fundación Cristo Vive.
- Francisco Calvo, académico Universidad de Girona.
- Francisco Javier Román, director ejecutivo Fundación Gente de la Calle.
- Ignacio Eissmann, sociólogo y fundador Corporación Moviliza.
- Isabel Lacalle, directora ejecutiva Corporación Nuestra Casa
- Isabel Pons, mamá Isabel Lacalle.
- Jaime Astudillo y Fabián Cossio, personas en situación de calle.
- Javier Zulueta, presidente Corporación Nuestra Casa.
- Katherine Lavín, persona en situación de calle.
- Leonardo Piña, antropólogo y académico UAH.
- Luis Aguilar, persona en situación de calle.

- Magdalena Alvarez, jefa de división estudios Mejor Niñez.
- Marlene Guzmán, pareja Edinson Camus.
- Martín Nieto, exresidente Corporación Nuestra Casa.
- Ricardo Torres, responsable plan invierno metropolitano calle MIDESO.
- Rosa Palma e Ignacio Loyola, personas en situación de calle.
- Sebastián Zulueta, exdirector ejecutivo Corporación Nuestra Casa.
- Vale Sepúlveda, encargada niños calle MIDESO.
- Yerko Villanueva, jefe zonal Hogar de Cristo Los Lagos.
- Tamara Elgueta, trabajadora social programa Vivienda Primero.
- Tomás Batzenschlager, arquitecto UDP.

Bibliografía

- Araya, A. (1999). *Ociosos, vagabundos y malentretados*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Arranz, L., de Vicente, A., Muñoz, M., de la Fuente, M. (2009) Impaired immune function in a homeless population with stress-related disorders. *Neuroimmunomodulation* (16), 251-60. <https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/19365149/>
- Brown, R., Evans, J., Valle, K., Guzmán, D., Chen, Y., Kushel, M. (2022). Factors Associated With Mortality Among Homeless Older Adults in California: The HOPE HOME Study. *JAMA Intern Med.* (10), 1052-1060.
- Butler, J. (2009). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Ciudad de México: Paidós (1ª edición).
- Calvo-García, F., Giralto-Vázquez, C., Calvet-Roura, A., Carbonells-Sánchez, X. (2016). Riesgo de suicidio en población sin hogar. *Clínica y Salud* (27), 89-96.
- Calvo-García, F. (2023). The health of individuals experiencing homelessness: a 15-year retrospective cohort study. *Journal of Social Distress and Homelessness* (32), 189-199.
- Contreras, V., Weihert, U. (1988). *Sobrevivir en la calle: El comercio ambulante en Santiago*. Santiago de Chile: Editorial Cormorán (1ª edición).
- Cooperativa.cl (2021, 21 de abril). Mujer en situación de calle fue encontrada muerta en Valparaíso. *Cooperativa.cl*. <https://cooperativa.cl/noticias/pais/region-de-valparaiso/mujer-en-situacion-de-calle-fue-encontrada-muerta-en-valparaiso/2021-04-21/105633.html>
- El Mostrador (2022, 23 de octubre). Mujer, embarazo y calle: 'Nunca más volví al doctor'. *El Mostrador*. <https://www.elmostrador.cl/braga/2022/10/23/mujer-embarazo-y-calle-nunca-mas-volvi-al-doctor/>

- El Mostrador (2023, 8 de septiembre). Niños neopreneros en los años 80: entre la bolsa y la vida. *El Mostrador*. <https://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2023/09/08/ninos-neopreneros-en-los-anos-80-entre-la-bolsa-y-la-vida/>
- El Transeúnte (2023, agosto). *Desdelavareda.cl* (2): 14-15. <https://online.fliphtml5.com/kxrmg/niyx/index.html#p=11>
- Farha, L., ONU (2020). *Nota orientativa sobre COVID-19. Proteger a las personas en situación de sinhogarismo*. https://www.ohchr.org/sites/default/files/Documents/Issues/Housing/SR_housing_COVID-19_guidance_homeless_sp.pdf
- Fernández, N. (2019). *Mapocho*. Santiago de Chile: Alquimia Ediciones (1ª edición).
- Frei, R. (2019). La mirada y la calle: sobre el ser y sentirse mirado (en menos). (Ed.), *Las calles: Un estudio sobre Santiago de Chile* (pp.143-158). Santiago de Chile: LOM Ediciones. <https://www.nytimes.com/2016/04/07/opinion/so-little-to-ask-for-a-home.html>
- Fuenmayor, JF. (1967). *La muerte en la calle y otros cuentos*. Barranquilla: Editorial Universidad del Norte (1ª edición).
- Fundación Don Bosco. (2015). *Historias de calle*.
- Fundación Paréntesis. (2015). *Nada sobre nosotros sin nosotros: La Esquina, una experiencia de trabajo con adolescentes en contextos de pobreza y exclusión social*.
- Galindo, M. (2011, 20 de mayo). «Detenidos en Maullín dos peligrosos delincuentes osorninos». *Soy Puerto Montt*. <https://www.soychile.cl/Puerto-Montt/ Policial/2011/05/20/16116/Detenidos-en-Maullin-dos-peligrosos-delincentes-osorninos.aspx>
- Gendarmería de Chile (2019). *Boletín Estadístico N°126*. https://html.gendarmeria.gob.cl/doc/estadisticas/n126gene_caracteriz2019.pdf
- Gómez Morel, A. (2017). *El río* (edición revisada). Santiago de Chile: Tamar Editores.
- Guillermoprieto, A. (2020). *¿Será que soy feminista?*. Ciudad de México: Literatura Random House.
- Impacta (2019). *Estudio de factibilidad de la implementación de un Contrato de Impacto Social para la Superación de la Situación de Calle*.
- Kristof, N. (2016, 6 de abril). So Little to Ask For: A Home. *The New York Times*. <https://www.nytimes.com/2016/04/07/opinion/so-little-to-ask-for-a-home.html>
- Lavín, K. (2023). *Mi vivencia escondida en un mundo sin vida*.

Bibliografía

- Márquez, F., Toledo, P. (2010). *Vagabundos y andantes: Etnografías en Santiago, Valparaíso y Temuco*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Academia de Humanismo Cristiano.
- Ministerio de Desarrollo Social y Familia (2012). *En Chile todos contamos: Segundo Catastro Nacional de personas en situación de calle*. Santiago de Chile: Editorial Universidad Alberto Hurtado.
- Ministerio de Planificación (2005). *Habitando la calle: Catastro Nacional de Personas en Situación de Calle*.
- Montecino, S. (1991). *Madres y huachos*. Santiago de Chile: Editorial Cormorán (1ª edición).
- Naciones Unidas Asamblea General (2021, 5 de enero). *Resolución núm. 76/133: Políticas y programas inclusivos para abordar la falta de hogar, en particular después de la enfermedad por coronavirus (COVID-19)*. <https://undocs.org/es/A/RES/76/133>
- Ortiz, D. (2023). Formas de visualizar un cambio. *ARQ (Santiago) (113)*, 138-141. <https://dx.doi.org/10.4067/S0717-69962023000100138>
- Piña Cabrera, L. (2020). Muerte en situación de calle. Un ensayo sobre personas, pandemia y (des)protección. *Cuadernos Médico Sociales*, 60(2), 79-91. Recuperado de <https://cuadernosms.cl/index.php/cms/article/view/142>
- Salazar, G. (1990). *Ser niño huacho en la historia de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Quimantú.
- Sanhueza, G., Pérez, F. (2017). Cárceles concesionadas en Chile: evidencia empírica y perspectivas futuras a 10 años de su creación. *Política criminal (12)*, 1066-1084. <https://dx.doi.org/10.4067/S0718-33992017000201066>
- Thomas, B. (2012). Homelessness kills: An analysis of the mortality of homeless people in early twenty-first century England. *The University of Sheffield*. https://www.crisis.org.uk/media/236798/crisis_homelessness_kills2012.pdf
- Toledo Solar, C. (2017). *Útero: Habitar primigenio*. Universidad Finis Terrae.
- Torres Cautivo, X. (2020, 22 de febrero). «Jaime Astudillo vivió 29 años en la calle: ‘Siento que está llegando la hora de la igualdad’». *The Clinic*. <https://www.theclinic.cl/2020/02/22/jaime-astudillo-vivio-29-anos-en-la-calle-siento-que-esta-llegando-la-hora-de-la-igualdad/>
- Vöhringer, C. (2017). El consumo es un mal remedio, pero el único que tienen los más pobres. *Hogardecristo.cl*. <https://www.hogardecristo.cl/entrevistas/carlos-vohringer-psicologo-director-de-fundacion-parentesis-el-consumo-es-un-mal-remedio-pero-es-el-unico-que-tienen-lo-mas-pobres/>
- Woolf, V. (1938). *Tres guineas*. Penguin Classics.

